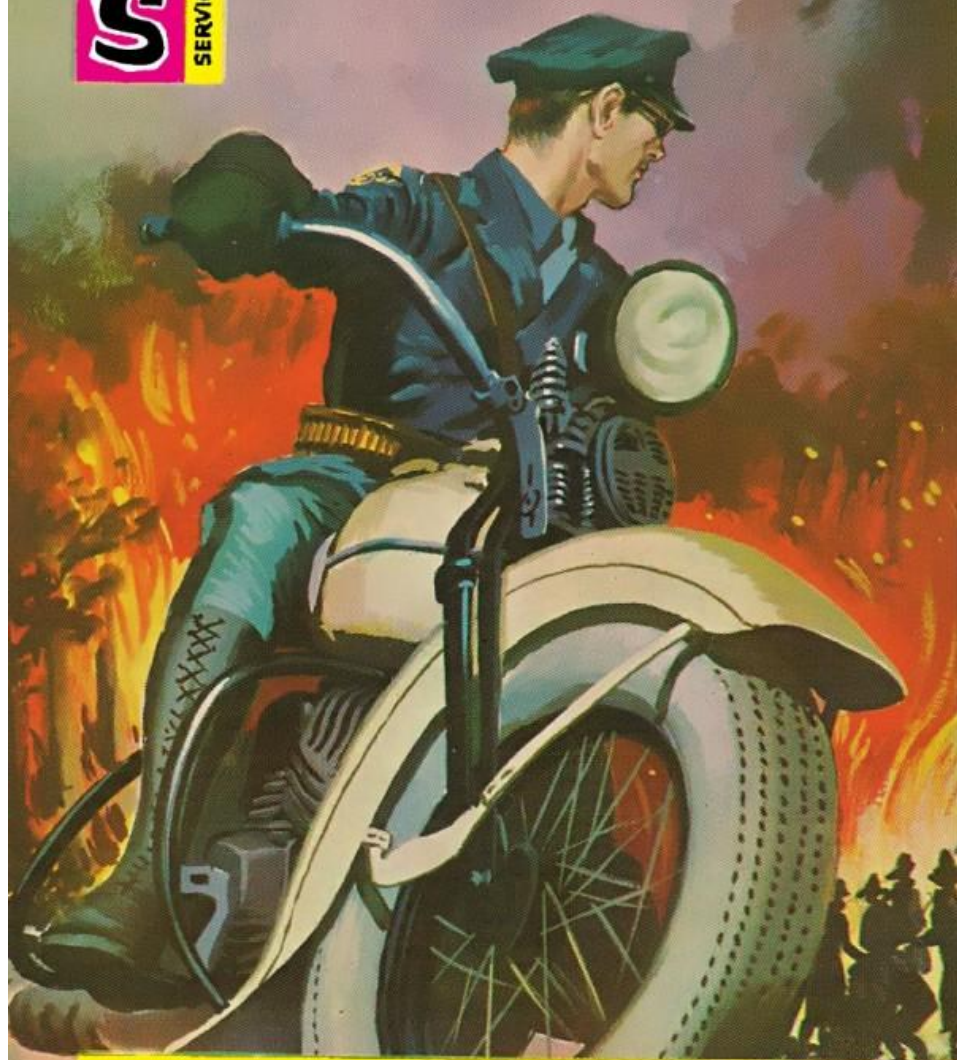




**S**  
**S**  
SERVICIO SECRETO

**B**  
**B**



# **EL CIELO SE TIÑO DE SANGRE**

**george h. white**

EL CIELO SE TIÑÓ DE SANGRE

DEPÓSITO LEGAL B 19.151-1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

PRIMERA EDICIÓN: SETIEMBRE 1963

© GEORGE H. WHITE - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.  
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 2737/63

GEORGE H. WHITE

## **EL CIELO SE TIÑÓ DE SANGRE**

Col. SERVICIO SECRETO n.º 684

Publicación semanal

Aparece los MIÉRCOLES



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA - BUENOS AIRES – BOGOTÁ**

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

766. Cazador en el Oeste. — 773. Todos eran hombres. —  
782. Un hombre llamado John.

En Colección SERVICIO SECRETO:

652. Ratas de muelle. — 658. Sangre en el asfalto. — 666.  
Piratería.

En Colección BÚFALO:

432. Oro en las cumbres. — 440. Apta para pistoleros. —  
448. Cuerda para un culpable.

En Colección CALIFORNIA:

358. Tierra de amigos.

En Colección SALVAJE TEXAS:

248. Pólvora y sangre. — 344. Ha llegado un revólver.

En Colección KANSAS:

274. Forajido.

En Colección COLORADO:

74. Ciudad del oro. — 161. Atardecer sangriento. 290. La  
ruta de Kansas.

En Colección ASES DEL OESTE:

71. Hijo del desierto. — 130. El pastor del Colorado.

En Colección BRAVO OESTE:

48. ¡Vete, forastero! — 77. De buena ley.

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

# EL CIELO SE TIÑÓ de SANGRE

por  
**GEORGE H. WHITE**



## CAPÍTULO PRIMERO

El 31 de agosto, viernes, fue sin duda el día más caluroso de aquel verano de 1962, en los Estados Unidos.

Para los habitantes del joven Estado de Arizona la jornada sería recordada por mucho tiempo como la más insoportable de todo el año. Mas para los vecinos de la pequeña ciudad de Emporia, la fecha sería inolvidable por este y algunos conceptos más.

Durante tres días consecutivos había estado soplando desde Poniente el abrasador viento del desierto. Este arrastraba consigo enormes nubes de polvo que, en suspensión en la atmósfera a la puesta del sol, se teñían de rojo a semejanza del fulgor de un incendio gigantesco, bañando de irreales tonos púrpura y naranja las fachadas de los edificios, los cristales de las ventanas y los rostros de los agobiados transeúntes a la hora de cerrar tiendas y oficinas.

Durante aquel terrible día de calor, muchos de los turistas que viajaban por la ruta federal 380, desde el parque nacional Gran Cañón del Colorado, se vieron detenidos por el estallido de los neumáticos o la humareda que escapaba de los recalentados motores.

En las Pine Mountains, el frote incesante de dos ramas agitadas

por el viento, provocó una chispa que cayó sobre el manto de resacas agujas de pino y prendió en la maleza, estallando un voraz incendio que se extendió rápidamente por el bosque.

Esto debió ocurrir quizá a las dos o las tres de la tarde, pero hasta las cuatro y cuarenta minutos no fue descubierto por Al Rusford, desde la atalaya de los guardabosques del monte Musden. Inmediatamente, Rusford echó mano del teléfono rojo de su casilla y comunicó con la policía de Emporia, Holbrook y los parques de bomberos de Prescott y Flagstaff.

Mientras tanto, en Emporia, el joven «sheriff» Guy Fletcher iba conduciendo su auto policial por Madison Avenue, donde las bochas procedentes del desierto rodaban como pelotas y la arena se arremolinaba en las aceras crujiendo bajo los pies de los sudorosos transeúntes.

En la esquina de la Calle Tercera, alguien había dejado correr el agua de una boca de incendios. Como quiera que Emporia se abastecía exclusivamente de Timberland Creek y el agua no sobraba en la ciudad, el «sheriff» detuvo su automóvil junto a la boca de incendios. Tres chiquillos en bañador, armados de latas vacías de conservas, jugaban a arrojar agua unos a otros.

Cuando vieron detenerse el auto policial, los chiquillos se dieron a la fuga abandonando las viejas y oxidadas latas.

—¡Como os pille malgastando el agua vais a dormir en la prisión, granujas! —gritó Guy dando una pequeña carrera para animar a los chicos a emprender una fuga más rápida.

Mientras cerraba la llave de la boca de incendios, pasaron dos transeúntes que saludaron:

—¡Hola, Guy!

—Buenas tardes, señor Gifford.

—Buenas y calurosas.

—¡Vaya, y que lo diga!

—Voy corriendo a meterme en bañador ante el aire acondicionado.

—Cuidado con los resfriados, señor Gifford.

El hombre se alejó resoplando con la chaqueta de hilo plegada al brazo y una gran mancha de sudor en la espalda que empapaba la camisa.

Guy Fletcher siguió manipulando en la llave.

—Buenas tardes, «sheriff» —saludó una voz femenina.

—Adiós.

Un rápido taconeó pasó junto a Guy. Este vio entonces un par de esbeltas y lindas pantorrillas desnudas asomando por una falda corta que se alejaba con rapidez. Levantó los ojos hasta abarcar toda la graciosa figura de mujer.

—¡Señorita Hassler!

La voz salió involuntariamente de los labios de Guy, en un impulso irreprímible.

La muchacha se detuvo y se volvió a mirarle sonriendo. Era más bien alta, delgada y no debería tener más de veintidós o veintitrés años. Sus grandes y maravillosos ojos azules contemplaban a Guy interrogantes y el policía sintió que enrojecía a su pesar.

Se acercó a la muchacha. La belleza y la exquisitez de la figura de Blanca Hassler eran tan famosas en Emporia como la estatua de la Libertad del puerto de Nueva York; algo que todos admiraban y respetaban por sus proporciones fuera de lo común. Incluso en aquella tarde tan calurosa, capaz de dejar en mal lugar la belleza más fotogénica, Blanca Hassler aparecía tan fresca y hermosa como una flor fragante recién abierta al rocío de la mañana.

Guy, que en realidad no tenía nada que decir a la bella, tartamudeó confundido antes de decidirse por la primera vulgaridad que se le ocurrió:

—Vaya un día de calor, ¿eh?

—Ya lo creo. Mi coche debe estar achicharrándose allí al sol. Voy a rescatarlo antes que se funda en un charco y vuelvo hacia las montañas. El calor es algo más soportable allá.

—¿Se marcha ya? No sabía que estuviera en la ciudad.

—Vine a traer a papá. De paso aproveché para hacer unas pequeñas compras.

—¡Oh, sí! Lo había olvidado. Hoy es viernes de fin de mes. Su padre tenía que venir a sacar el dinero del banco, y yo nombré a tres de mis hombres para darle escolta. ¿Cómo está el viejo Hassler?

—Bien. Gracias en su nombre.

Las respuestas de la chica eran más bien que concisas, secas y como forzadas. Guy Fletcher hizo una mueca. Era un hombre de unos treinta años, alto y apuesto, a quien sentaba muy bien el uniforme. Tenía los cabellos negros, los ojos verdes y la tez tostada

por el sol.

—¿Cómo siguen sus hermanos? —preguntó Guy por alargar un poco más la conversación—. No recuerdo haberles visto por la ciudad estos últimos sábados.

—Papá les impuso un castigo después del último sábado en que usted les arrestó.

—¿De veras? No sabe cuánto lo siento. Es lamentable que unos chicos tan simpáticos tengan que ser castigados, pero sin duda se merecen un correctivo.

—¿Usted cree? —repuso Blanca con reticencia levantando una de sus arqueadas cejas.

—Bueno, quizá no estemos del todo de acuerdo en esto. Ellos son sus hermanos y, naturalmente...

—¿Sabe usted siquiera los motivos de la pelea? —interrogó la muchacha incomodada—. Aquellos estúpidos vaqueros se habían permitido unas cuantas bromas de mal gusto a costa mía. Fred y Harry estaban allí, lo escucharon y tuvieron que defender mi buen nombre.

—Eso es absurdo —protestó Guy—. No es posible que nadie pueda poner en duda su reputación de usted. Una muchacha que vive en un campamento minero a quince millas de la población más cercana, que apenas se deja ver y ha renunciado a conquistar el título de «Miss Arizona» por no exhibirse en público...

—Usted tal vez piensa que soy una mojigata.

—¡Oh, no es eso! —protestó Guy, aunque sin demasiada convicción.

—Eso fue lo que dijeron aquellos vaqueros. Eso y algunas cosas más.

—Sin embargo, esa no era suficiente razón para que sus hermanos le rompieran la mandíbula a uno y le abrieran la cabeza a otro, ¿no le parece?

—Si usted no cree que mis hermanos tuvieran la razón, por lo menos los vaqueros llevaron la peor parte en la pelea, lo cual es bastante satisfactorio para mí. Buenas tardes, «sheriff» —contestó la chica secamente.

Se alejó con rápido taconeo, ondulando graciosamente las caderas, la espléndida cabellera cobriza centelleando al sol como una llama. Guy estaba pensando que pese a todo era rabiosamente

bonita, cuando fue arrancado de su extática admiración por el radioteléfono de su coche:

—¡Atención, QRS llama a coche patrulla 04! ¡Aquí QRS, conteste 04!»

Guy se metió en el recalentado coche y levantó el aparato telefónico.

—Aquí coche patrulla Cero Cuatro. Hable «QRS».

—¿Es usted, «sheriff»?

—Sí, miss Jackson.

—El Servicio Forestal del Estado informa que se ha declarado un incendio en el bosque al noroeste del pico Musden. Al Rusford nos ruega que acudamos allá con cuantos hombres podamos reclutar.

—Voy inmediatamente al cuartel —contestó Guy—. Corto.

Dejó el aparato telefónico en el soporte, cerró la portezuela y empuñó el volante. Mientras ponía el auto en marcha se dijo que era un fastidio ejercer el cargo de «sheriff» en una población pequeña como Emporia, donde las ocupaciones del jefe de policía no acababan jamás y comprendían deberes tan extraños como arbitrar una disputa entre dos vecinas, poner paz en los matrimonios mal avenidos, dar cachetes a los chicos que dejaban correr el agua de las bocas de riego, andar a tortazos con los mineros y los vaqueros borrachos, ayudar a buscar una ternera extraviada o acudir a sofocar un incendio forestal.

Eran las cinco de la tarde. Los comercios y las oficinas de la Avenida Madison estaban cerrando. En el cruce con la Calle Sexta, las luces de los semáforos regulaban el tráfico. Al brillar la luz roja y detener su automóvil, Guy coincidió en el cruce con dos vaqueros que iban montados en sus caballos y el microbús del «Doble Equis Bar», uno de los «dude ranch» de los varios establecidos en el desierto para solaz de los turistas.

La luz del semáforo cambió a verde. Guy aceleró para rebasar a los jinetes, cruzó la Calle Sexta y pasó ante la sucursal del «Phoenix Central Bank».

La camioneta blindada de la policía continuaba aparcada ante el banco. El conductor, Leslie Steward, se encontraba de pie en la acera. Los dos agentes armados de rifles, James Sieber y Bill Prison, esperaban junto a la puerta al cajero de la Compañía Cooper Dating y el dinero para el pago de la nómina del mes.

Steward saludó con un ademán al auto policial que pasaba sin detenerse. Guy dobló la esquina de la Calle Octava y pisó los frenos ante el Cuartel de Policía.

La lucha para combatir un incendio forestal exigía siempre la movilización de gran número de hombres y un alto concepto del deber cívico en los habitantes de las poblaciones rurales afectadas. Este concepto del deber existía en Emporia, pero había de activarse cada vez que ocurría un hecho que reclamaba la cooperación de toda la ciudad.

El sargento Hooker se encontraba en el cuartel y ya había empezado a tomar sus medidas al caso, enviando al cabo Behan a los muelles del mineral de la estación con orden de requisar un par de los grandes camiones de la «Cooper Dating Company».

Entrando en su despacho y descolgando el teléfono, Guy Fletcher empezó a telefonar a sus amigos:

«Hola, Jim. Siento tener que causarte esta molestia, supongo que acabarás de llegar a casa. Se ha declarado un incendio en el bosque, cinco millas al noroeste de Musden Mountain. ¿Puedes venir a ayudar? Gracias, ponte unas ropas viejas, ya sabes lo que es esto. Nos veremos luego.»

Después de llamar a cuantas personas conocía, rogándoles que a su vez avisaran a otros amigos, Guy Fletcher telefoneó también a la mina «La Encantada» de la «Cooper Dating Company» solicitando hablar con el ingeniero jefe.

Primero dio disculpas por la requisa de dos camiones de la flota de la Compañía y luego preguntó si podrían colaborar en los trabajos de extinción del incendio algunos mineros.

Con idéntico propósito telefoneó a la administración de la «Polacca Mining Co» y la «Uranium Discoverer Co», ubicadas asimismo en la rica comarca minera de Emporia, recibiendo de todas partes la promesa de cooperar en la extinción del incendio en los bosques.

En el entretanto se recibió una nueva llamada del Servicio Forestal. El fuerte viento reinante y las excepcionales condiciones de sequedad debidas a los últimos calores estaban haciendo que el fuego se extendiera con mucha rapidez. Al Rusford, amigo personal de Guy, apremiaba a este para que le enviara cuanto antes el mayor número posible de hombres.

—Ya estoy haciendo cuanto puedo, Al. Solo me falta salir a la calle gritando a la gente para que acuda a unirse a nosotros.

—Pues hazlo, Guy. Es urgente, el fuego está tomando demasiado incremento. Nos reuniremos en el kilómetro ochenta de la carretera de Prescott.

—¿Hay paso más allá por esa carretera?

—No. El fuego ha alcanzado la carretera a la altura de Crystal Creek. Es casi seguro que haya algunos árboles tumbados en mitad del camino.

—De acuerdo, no tardaremos más de una hora en llegar.

Poco después, Guy Fletcher iba guiando el auto policial con una sola mano por Madison Avenue, circulando despacio mientras con la otra mano aplicaba a sus labios el micrófono, conectado a un amplificador y un altavoz instalado en el techo de la cabina.

«Atención. Atención a todos los vecinos de Emporia. Se ha declarado un incendio de las Pine Mountains. El Servicio forestal del Estado hace un llamamiento a nuestra ciudad para que acudamos a colaborar en la extinción del fuego. Todas las personas adultas que deseen ayudar, deberán dirigirse por la carretera de Prescott hasta el kilómetro ochenta, donde tendrá lugar la concentración. Los que no posean medios propios pueden utilizar los camiones de la Compañía Dating; que van a recorrer las calles tomando voluntarios. Repito...»

Eran las 5.20 p.m. El sol caía rápidamente hacia el ocaso.

En este momento, la asmática camioneta blindada de la policía alcanzaba el último repecho de la larga y retorcida cuesta que desde Emporia, en el fondo del valle, conducía a Mule Pass, a 11.260 pies de altitud.

Echando humo por el radiador, la camioneta avanzó un poco más desahogadamente por las curvas que desembocaban en lo alto del puerto, cruzándose allí con uno de los mastodónticos camiones de la «Cooper Dating Company», que cargados de mineral de cobre pasaban regularmente cada veinte minutos, haciendo el mismo duro camino hasta los muelles de la estación de Emporia.

El peso de los gigantescos camiones, en aquel diario tráfico desde la mina al ferrocarril y del ferrocarril a la mina, había maltratado el firme de la carretera, que aparecía ondulado en la mitad que los vehículos pisaban cuando marchaban cargados hacia

Emporia. Pero por la banda que rodaba la camioneta, el camino estaba en buen estado.

Después de Mule Pass, la carretera descendía describiendo curvas un trecho. Luego continuaban las curvas, pero el camino se mantenía a un nivel uniforme. Más adelante, la camioneta llegó a una bifurcación donde se veía un gran cartel indicador:

«A Hole Copper. Camino particular. Prohibido el paso. Copper Dating Co. Phoenix.»

La camioneta se internó por este camino.

—¡Vaya un día de calor! —exclamó Leslie Steward, abandonando con una mano el volante para sacar su pañuelo, en un trecho en que la carretera no ofrecía ningún peligro—. Con este viento de Poniente no me extrañaría que se produjera algún incendio en los bosques.

Steward ignoraba que el fuego estaba ardiendo en las Pine Mountains desde las primeras horas de la tarde.

Mientras el conductor se enjugaba el sudor del cuello con el pañuelo, a su lado Frederick Hassler registraba con ojos vigilantes la espesura del bosque a uno y otro lado del camino. El policía rezongó mientras volvía a empuñar el volante con ambas manos:

—¿Por qué va tan callado, señor Hassler? ¿Teme que puedan asaltarnos, o es que vuelve a fastidiarle esa condenada úlcera de estómago?

Hassler, delgado y de aspecto enfermizo, se pasó una mano por la brillante calva. Sobre las rodillas llevaba la plegada americana y el sombrero. De pronto, Hassler vio algo que le hizo pegar un respingo:

—¡Cuidado, allí!

Las pupilas del conductor se dilataron al apreciar de primera vista el repentino peligro que se les echaba encima. Un largo sedán de color gris acababa de irrumpir como una centella por un angosto sendero forestal a la derecha del camino.

En vez de torcer a derecha o izquierda, el auto frenó en mitad de la carretera con escalofriante chirrido de llantas. El aerodinámico capó del sedán casi se clavó en el asfalto, evidenciando la eficacia de los frenos.

Cogido de improviso, Steward retiró el pie del acelerador y pisó a fondo el pedal del freno cuando la camioneta estaba apenas una

docena de metros del auto que había quedado atravesado en la carretera. Las llantas de la camioneta arrancaron a su vez un gemido del asfalto, mientras Steward veía algo que le aterró.

Dos hombres asomaron por la larga ventanilla sin pilares del sedán. Los dos hombres empuñaban sendas «metralletas»...

La camioneta casi se había detenido a cinco metros del sedán cuando tabletearon las ametralladoras. Las balas acribillaron el cristal parabrisas del auto blindado, arrojando una lluvia de crista pulverizado contra los crispados rostros de Steward y Hassler.

Con un balazo en mitad de la frente, el policía cayó de bruces sobre el volante. Las balas alcanzaron también a Hassler en el pecho y la garganta. El aterrado cajero cayó ya muerto contra la portezuela.

Mientras los dos ocupantes de la cabina caían destrozados por las balas, la camioneta siguió adelante por el impulso que llevaba y embistió de lado al sedán hundiendo la portezuela izquierda. Dentro de la camioneta, los guardias James Sieber y Bill Prison fueron sacados de sus asientos por el brusco frenazo del vehículo.

Todavía tableteaban las ametralladoras, cuando Sieber se incorporó echando mano a su «metralleta» y atisbó por la enrejada ventanilla que daba a la cabina del conductor.

—¡Un asalto! —gritó Sieber.

Del sedán saltaban a la carretera por la portezuela de la derecha dos hombres en mangas de camisa. El conductor del auto también saltó afuera y se agazapó detrás de la llama delantera empuñando un revólver.

Uno de los asaltantes corrió hacia la camioneta mientras el otro iba a atrincherarse tras los altos pinos que crecían junto al camino.

El que había salido del auto en primer lugar arrojó entre las ruedas traseras de la camioneta un cilindro de buen tamaño del que inmediatamente brotó una nube de humo azul. El hombre corrió hacia los árboles.

Una potente explosión bajo el eje trasero de la camioneta alzó a esta a varios pies de altura y la dejó caer de nuevo sobre sus muelles rotos y sus destrozadas llantas. Las llamas envolvieron a la camioneta, que quedó ladeada mientras un neumático salía redando a modo de un aro abandonado.

La puerta trasera de la camioneta se abrió, saltando los dos

policías al camino.

Desde un lado de la carretera tableteó de nuevo la ametralladora. Prison, alcanzado de lleno por la ráfaga, giró sobre sí mismo y cayó de espaldas sobre el asfalto.

James Sieber cayó sobre una rodilla e intentó inútilmente encañonar su arma.

La segunda «metralleta» crepitó desde los árboles y Sieber se deslizó de bruces al asfalto echando bocanadas de sangre.

Luego se hizo un silencio repentino. Desde la protección de los árboles, los dos asesinos quedaron vigilando la camioneta con sus armas preparadas por si salía alguien más. En vista de que nadie se movía, los dos hombres salieron a la carretera y corrieron hacia la destrozada camioneta que ardía entre espesas nubes de humo.

Uno de los atracadores saltó dentro del auto. Poco después volvía a reaparecer llevando un saco de lona.

El sedán había empezado a maniobrar, retrocediendo de nuevo hacia el sendero por donde había salido para dar marcha adelante y doblar bruscamente a la izquierda en la carretera.

Los dos asesinos corrieron hacia el sedán, saltaron a este y cerraron las portezuelas.

El auto se puso en marcha y el rumor de su motor se fue perdiendo en la distancia hasta que todo quedó de nuevo tranquilo. Las llamas crepitaban al devorar la camioneta, y el abrasador viento del desierto agitaba las ramas de los pinos.

El sol, desde el ocaso, lanzaba oblicuamente sus rayos y estos, al reflejarse en las partículas de polvo en suspensión, incendiaban el espacio tiñendo el cielo de sangre.

## CAPÍTULO II

En el empalme de Hole Copper con la principal de Prescott, un gigantesco «dumping» cargado de mineral de cobre se hallaba detenido. El conductor, saliendo a la carretera, hizo desesperadas señas con los brazos para que se detuviera el auto policial.

Guy Fletcher, sentado junto al cabo Behan, tocó en el brazo de este.

—Pare, Behan. Veamos qué quiere ese.

El conductor del camión se acercó a la ventanilla del lado del «sheriff» y metió la cabeza por donde estaba hablando excitadamente:

—¡Ha ocurrido algo terrible, «sheriff»! El coche blindado parece que fue asaltado... Hassler y los policías están muertos, acribillados a balazos.

—¿Cómo dice usted? —rugió Guy pegando un brinco en el asiento.

—El coche está destrozado... ardiendo. Y el cajero Hassler y los agentes, muertos —repitió el conductor.

—¡Cristo! ¿Dónde ha ocurrido? ¿Dónde está la camioneta? —exclamó Guy empuñando la manija de la portezuela para abrir.

—Sigan adelante... como a dos millas de aquí, en la carretera de Hole Copper. El fuego de la camioneta se ha propagado al bosque y están ardiendo un par de árboles... El auto de los bomberos pasó por este lugar hace unos minutos y lo despaché para allá. Supongo que habré hecho bien...

Guy no contestó siquiera al camionero.

—Eche por Hole Copper, cabo. Dese prisa.

Mientras Behan volteaba el manubrio y hacía arrancar el coche, Guy no podía apenas dar crédito a lo que acababa de oír. En el asiento trasero, Ralph Marshall y Charles MacComas, dos vecinos de Emporia armados de palas y en traje de faena, que eran los pasajeros de Guy, dieron salida a su estupor haciéndose preguntas que nadie todavía podía responder.

¿Hassler y los policías, todos muertos? ¿Un asalto? ¿Quiénes

podieron ser los atracadores? Nunca había ocurrido una cosa semejante en aquella región desde que los indios apaches asaltaban las diligencias para pasar a cuchillo a todos sus viajeros. ¿Quiénes eran los policías?

Guy citó sus nombres. A continuación se estremeció. Aquella misma tarde, él había designado a los tres hombres de la escolta ignorando que la fatalidad descargaba en él la responsabilidad de elegir a los que iban camino de la muerte.

Todavía se resistía a creerlo. El camionero podía estar equivocado. Sería demasiado horrible que les hubiesen asesinado a todos.

El auto policial marchaba a gran velocidad arrancando chirridos a las llantas en las curvas. El sol acababa de ponerse momentos antes. El espacio, las nubes, el capó del auto y el rostro del cabo Behan aparecían teñidos de un fantástico fulgor purpúreo.

Ahora, Guy pudo ver una negra humareda que se levantaba sobre el bosque a corta distancia. Un minuto después, al trasponer una curva, los ocupantes del coche policial podían ver una animada escena que tenía lugar en la carretera. La camioneta blindada humeaba, convertida en un montón de negros hierros retorcidos. Algunos pinos ardían y el rojo camión autobomba del servicio de extinción de Emporia arrojaba potentes chorros de agua contra los árboles.

Más allá de la camioneta se veían dos «dumpings» de la «Cooper Dating Company» detenidos uno detrás de otro. Bomberos y mineros con sus casquetes de acero se movían por allí desplegando gran actividad.

Cuando Guy saltaba del automóvil, el conductor de uno de los «dumping» sofocaba totalmente las llamas de la incendiada camioneta rociando a esta con el chorro espumeante de un extintor de mano de los que suelen llevarse con el equipo de los grandes camiones.

El viento había caído, pero la atmósfera seca y caldeada parecía irrespirable.

Los cuatro cadáveres habían sido retirados lejos del fuego y colocados en una sola línea a un lado de la carretera, cubiertos con la misma manta.

El jefe de los bomberos de Emporia salió al encuentro de Guy y

saludó tocándose la visera de su casco.

—Íbamos camino de Pine Mountains, pero nos dijeron que había estallado otro incendio aquí y acudimos a sofocarlo antes que tomara mayor incremento. El viento ha cesado, por fortuna. Y creo que hemos llegado a tiempo.

Guy se acercó a los cadáveres. Levantó una punta de la manta, echó una rápida mirada y volvió a dejarla caer reprimiendo un súbito acceso de náuseas.

Se volvió hacia el silencioso grupo de hombres que habían acudido a rodearle.

—¿Quién encontró los cadáveres?

Un hombre que llevaba el uniforme gris de los camioneros de la Dating Company contestó:

—Uno de nuestros conductores, Kingman, fue el primero en descubrir los cadáveres cuando pasaba por aquí con su camión. Yo llegué después, cuando todavía Kingman estaba aquí. Nos habían enviado a Pine Mountains con un contingente a ayudar en la extinción del incendio...

—¿Cuál era la posición de los cadáveres cuando usted los vio por primera vez? —cortó Guy secamente.

El hombre explicó cómo habían encontrado a los cadáveres; Hassler y el conductor todavía en la cabina, uno contra la portezuela y el otro caído sobre el volante. Los dos policías tendidos sobre el asfalto, uno de bruces y el otro de espaldas con las «metralletas» junto a ellos.

—Sacamos al cajero y al conductor de la cabina, y también retiramos a los agentes. Las ramas en llamas que se desprendían de los árboles estaban cayendo sobre ellos —acabó diciendo el conductor.

Asintiendo con mudo movimiento de cabeza, Guy se alejó seguido del cabo Behan para examinar la camioneta. Era obvio que esta había quedado destrozada por la explosión de alguna bomba o carga de dinamita colocada debajo del puente trasero.

Dando la vuelta por delante de la camioneta observó la docena de agujeros que las balas abrieron en el cristal parabrisas.

—Debieron dispararles con una ametralladora —observó el cabo.

Guy asintió:

—Les tiraron de frente. El asesino o los asesinos tuvieron que estar en mitad de la carretera... probablemente sobre un auto que se atravesó en el camino en el momento preciso —miró a su alrededor y señaló la trocha abierta en el bosque inmediato—. De allí debieron salir. Sería interesante comprobar si quedaron huellas de neumáticos.

En la trocha tenía lugar sin embargo lo más duro de la lucha entre los bomberos y el fuego que tendía a propagarse al resto del bosque. El suelo estaba cubierto de agua, de barro y de ramas incendiadas desprendidas de los árboles.

Si alguna huella quedó del automóvil agresor, probablemente habría quedado destruida. Mas no era aquel el momento de meterse entre el fuego para comprobarlo, de todos modos.

Guy Fletcher fijó entonces su atención en la barra paragolpes de la camioneta. Esta, así como la placa de la matrícula, habían quedado dobladas después de recibir algún golpe. Guy se puso de cuclillas para examinar minuciosamente el suelo, apartando con las manos tizones y cenizas de las ramas de pino que allí ardieron y formaron barro con el agua del autobomba.

La búsqueda fue al fin recompensada con el hallazgo de una pequeña costra de dos centímetros cuadrados y bordes irregulares que Guy levantó y mostró en la palma de la mano.

—¿Qué es eso? —preguntó el cabo Behan.

—Un desconchado de pintura de la que debió saltar cuando nuestra camioneta embistió al automóvil de los asesinos. Esto al menos indica que el vehículo asaltante sufrió alguna abolladura.

Guy se alejó hacia la cuneta por donde corría el agua formando un pequeño y sucio arroyuelo. Nuevamente de cuclillas sumergió el fragmento de pintura en el agua oscura y lo frotó con los dedos pulgar e índice. Se incorporó después, y con su propio pañuelo secó la diminuta película de laca, que ahora aparecía de color gris claro.

—Aquí tenemos una pista —dijo al cabo Behan, que se inclinaba para examinar de cerca el insignificante fragmento de pintura seca que acababa de recobrar su color—. El coche de los asesinos es de color gris claro o combinado de gris con otro color. Con tiempo, los técnicos del laboratorio podrían decirnos cuál es la composición de la pintura, y por ella sabríamos a qué marca y modelo pertenece esta partícula.

Guy cerró la mano aprisionando la minúscula costra de pintura.

—Sin embargo no podemos esperar tanto tiempo —dijo a continuación—. El coche de los asesinos no puede encontrarse demasiado lejos pero cada hora que pase se alejará cien kilómetros del lugar del crimen e irá haciéndose más amplia la zona en que habrá que buscarlo. Debo cursar órdenes urgentemente para que se cierren todas las carreteras del Estado y registren los autos grises que presenten una abolladura.

Guy se alejó a grandes zancadas para regresar al automóvil policial.

Un minuto después estaba comunicando por radioteléfono con la emisora de la policía de Emporia.

Después de hablar unos minutos con el sargento Hooker y ordenarle el envío rápido de una alerta general a toda la policía del Estado, Guy Fletcher abrió el estuche de los guantes sacando un mapa de carreteras de Arizona. Tras breve inspección del mapa, Guy saltó del coche y se dirigió al grupo de mineros que rodeaba los cadáveres de las víctimas.

—Necesito tres hombres jóvenes, preferiblemente que sean solteros y hayan tenido alguna experiencia en el manejo de la «metralleta», para que presten juramento como «deputys» eventuales y colaboren con la policía en la persecución y captura de los asesinos.

Los hombres guardaron silencio y, después de mirarse entre sí, dos de ellos avanzaron un paso y levantaron la mano.

—¿Cómo se llaman ustedes? —preguntó el «sheriff».

—John Warren —dijo uno.

Y el otro:

—James Addison.

—¿Hicieron el servicio militar?

—Sí, en Corea.

—Si necesita un tercero tal vez pueda servir yo —dijo entonces un hombre de unos cuarenta años alzando la mano—. No soy tan joven como ellos, pero soy soltero y formé con los comandos en los desembarcos de África y Cerdeña.

—¿Su nombre?

—Oliver Hobbs.

—Vengan los tres aquí y levanten la mano derecha. Les voy a

tomar juramento.

Los mineros prestaron juramento. Guy les señaló las dos metralletas de los policías muertos.

—Cojan esas armas.

Luego se inclinó y levantó de nuevo la manta para quitarlas pistolas a los agentes. Entregó un revólver a cada uno de los tres mineros.

—Vamos a recorrer la carretera de Prescott en busca de los asesinos —les dijo—. Casi con toda seguridad, los asaltantes huyeron por esa ruta. Tal vez vuelvan atrás al encontrar la carretera interceptada por el fuego, o tal vez tomen hacia el sur para volver al este por la carretera del parque nacional de Coconino y luego al norte hasta encontrar la carretera de Flagstaff. También pueden seguir al sur para torcer al este más abajo y atravesar Montezuma Castle hasta la ruta federal 66, o continuar por Roosevelt Dam. Yo les digo una cosa, y es que los tipos que hicieron esto se metieron en un mal paso. Tenemos pocas carreteras en Arizona, y la mayoría de ellas sor de montaña. A menos que los asesinos sean buenos conocedores del terreno, tienen muy escasas probabilidades de escapar.

Guy Fletcher se interrumpió mirando como sus «deputys» se endosaban los cinturones con las pistolas.

—Y ahora vamos, no hay tiempo que perder —concluyó dirigiéndose hacia el coche.

Antes de ocupar el asiento del conductor, Guy levantó el contiguo y sacó una «metralleta» y un puñado de cargadores que entregó al cabo Behan.

Los mineros-comisarios ocuparon el amplio asiento posterior, Guy tomó el volante y el cabo Behan se sentó a su lado con la ametralladora sobre las rodillas. El coche retrocedió hasta encontrar un lugar donde Guy pudo maniobrar para dar la vuelta.

Luego enfiló el auto hacia la carretera de Prescott acelerando mientras el cambio automático seleccionaba las velocidades.

Al llegar a la bifurcación, Guy dobló a la izquierda bruscamente para tomar la carretera general. A la media milla escasa dieron alcance a uno de los grandes «dumpings» de la «Copper Dating Co.» que marchaba hacia el lugar del incendio cargado de hombres armados de hachas y de palas. Guy hizo funcionar la sirena para

conseguir paso.

Más adelante dieron alcance y dejaron atrás a dos automóviles también cargados de vecinos de Emporia en traje de faena.

Estaba anocheciendo. La oscuridad podía ser un factor que ayudara a los asesinos fugitivos, o servir por el contrario para entorpecer su marcha. Todo dependía de si conocían el terreno, y Guy estaba por afirmar que los asesinos eran nuevos en la región.

Esta clase de asaltos con ametrallamiento y asesinato en masa eran cosa nueva en el ambiente rural de Arizona. Sin embargo el ametrallamiento debía estar previsto en los planes de los atracadores. Estos confiaban en la falta de testigos, la oscuridad de la noche y la soledad de las carreteras de montaña para ponerse a salvo antes que la policía empezara a reunir y clasificar informaciones.

Una abolladura en la carrocería de su auto y la caída de un delgado fragmento de pintura, constituían un pequeño incidente que seguramente no estaba previsto en los planes de los asesinos. Ahora la policía tenía una pista. El auto ya no era «un auto» entre cientos de autos, sino un vehículo determinado que llevaba en sí mismo la señal delatora del delito; una abolladura en la parte metálica pintada de gris claro.

Corriendo a velocidad desenfrenada, remontando las cuestas a todo gas y ciñéndose a las numerosas curvas de la carretera, los tripulantes del auto policial no tardaron en divisar el fulgor del incendio en el cielo que se apagaba.

A medida que oscurecía, este resplandor cobraba mayor fuerza y parecía iluminar los bosques y las montañas de los alrededores como una gigantesca hoguera. El auto dobló una curva desde la cual ya se podía ver toda la ladera de un monte ardiendo en millares de pinos. Un poste indicador a la derecha de la carretera señalaba hacia un desvío situado a la izquierda.

Mientras dudaba si debía tomar aquel desvío, el rápido auto pasó de largo y Guy volvió a pisar a fondo el acelerador.

Poco después veían tres o cuatro automóviles detenidos en la carretera, uno de ellos un «jeep».

El «jeep» estaba pintado de chillón rojo, lo que le denunciaba como perteneciente al parque de los guardas forestales del Estado. Guy pisó los frenos. Un guardabosques con polainas, uniforme

verde y sombrero de alas anchas se acercó al auto policial.

Era el cabo Al Rusford.

—Hola, Guy —saludo Rusford apoyándose en la portezuela—. Eres el primero en llegar. Como podrás ver, el incendio va tomando proporciones cada vez mayores, hemos avisado también al parque de bomberos de Phoenix...

Guy saltó a la carretera y miró hacia los coches estacionados. Además del «jeeps, estos eran un «wagon» o «rubias color verde claro; una camioneta «Ford» de caja metálica descubierta y un coche europeo pequeño de color gris metálico.

Solamente la camioneta estaba pintada de gris claro.

—¿De quién es la camioneta? —preguntó Guy.

—Del viejo Maxwell —repuso Rusford—. Vio el incendio desde su granja y acudió a ayudar con sus dos hijos.

Guy echó a andar hacia la camioneta, seguido del cabo Behan, que empuñaba la «metralleta». Un grupo de personas, entre ellas dos mujeres, charlaban comentando. A unas cien yardas ardía el bosque, del que algunos grandes árboles habían caído sobre la carretera obstruyéndola. El fuego avanzaba lentamente por ambos lados del camino, de tal modo que los autos pronto se verían obligados a retroceder.

—¡Hola, «sheriff»! —saludó el viejo Maxwell.

Guy estaba dando la vuelta a la camioneta, examinando cuidadosamente el estado de la plancha.

—¡Eh! ¿Qué mira usted? —exclamó el viejo Maxwell acercándose.

Guy ya había completado la vuelta a la camioneta sin encontrar ninguna abolladura ni arañazo.

—¿Es nueva la camioneta, señor Maxwell? —preguntó acercándose al grupo.

—¿Por qué lo pregunta? Usted me ha visto con ella más de diez veces desde que la compré esta primavera pasada.

—Es cierto, lo había olvidado. ¿Llevan ustedes mucho rato aquí?

La pregunta iba dirigida al grupo en general. Fue Maxwell quien contestó:

—Nosotros llegamos hace quince minutos, poco antes que el guarda forestal.

—¿Y ustedes?

El dueño del auto europeo contestó:

—Llevamos aquí aproximadamente media hora.

—¿No vieron llegar un auto de color gris mientras estaban aquí?

Una de las mujeres contestó por el hombre:

—En efecto, un coche gris claro llegó cuando nosotros llevábamos unos diez minutos aquí. Pero no se acercó. Estaba todavía a cien yardas cuando se detuvo, dio la vuelta y volvió atrás.

—Es exactamente lo que me figuraba —dijo Guy brevemente—. Muchas gracias.

Al Rusford salió al paso del «sheriff» cuando este regresaba a toda prisa hacia el automóvil.

—¿Ocurre algo, Guy?

—Sí, Al. Siento no poder ayudarte en la extinción del incendio. Otras cosas han ocurrido. Asaltaron el coche que llevaba el dinero para el pago de la nómina de la mina «Encantada» y mataron al cajero y a los tres policías de la escolta. Estamos persiguiendo a los asesinos.

Al Rusford quedó tan sorprendido y tan terriblemente impresionado que no acertó a pronunciar palabra. Mientras tanto, Guy Fletcher llegaba hasta su automóvil y empuñaba de nuevo el volante informando a los «deputys» que se sentaban detrás:

—Vamos por buen camino. Los atracadores estuvieron aquí, encontraron la carretera cortada por el fuego y volvieron atrás.

—¿Los encontraremos? —preguntó Warren.

—Aunque tengamos que recorrer todo el Estado de Arizona tras ellos —fue la seca respuesta del «sheriff».

### CAPÍTULO III

Volviendo atrás por la carretera, el auto policial se encontró de nuevo con los turismos que llegaban desde Emporia a colaborar en los trabajos de extinción de incendios.

En la bifurcación que conducía a Campo Verde y Mormon Lake por el sur, Guy Fletcher se paró para detener a uno de los autos. Los ocupantes del coche eran vecinos de Emporia y, por lo tanto, conocidos de Guy.

—¿Vienen ustedes directamente desde Emporia? ¿Se han cruzado por casualidad con un auto de color gris claro?

La respuesta fue negativa. Ninguno de los ocupantes del atestado coche recordaba haberse cruzado con ningún auto desde que salieron de Emporia.

—Gracias, eso es todo.

Guy volvió a su automóvil, lo puso en marcha y tomó decididamente por la bifurcación hacia Campo Verde y Mormon Lake. Esta era la única carretera entre Crystal Creek y Emporia, y la única que los fugitivos pudieron tomar.

Las quince millas de carretera siguientes estaban en pésimo estado de conservación. El piso de grava, descarnado por las lluvias torrenciales, ofrecía escasa adherencia a las llantas y, en algunos puntos, presentaba grandes baches que hacían gemir lastimeramente a los muelles.

Una nube de polvo seguía al coche.

La noche cayó mientras recorrían el tortuoso camino entre bosques de pinos. A la derecha, por encima de los árboles, podían ver el resplandor del incendio que destruía rápidamente muchas millas cuadradas de bosque.

Casi inesperadamente surgió ante los faros del automóvil policial un cartel de señalización fluorescente. A la derecha, la flecha señalaba hacia Campo Verde. A la izquierda hacia Mormon Lake.

Guy tomó sin vacilaciones por el ramal de la derecha. La carretera era más ancha y volvía a estar asfaltada.

—Iremos primero hasta Campo Verde. Vale la pena perder unos

minutos y preguntar allí.

Rodando a gran velocidad por la carretera asfaltada no tardaron en ver las luces de una pequeña población; Campo Verde. A la entrada de la población, desierta y tranquila, con casas antiguas que recordaban los gloriosos tiempos del legendario Oeste, brillaban las luces de neón de una moderna estación de gasolina.

La hora era todavía temprana y un hombre de mono blanco salió apresuradamente de la casilla al sonar insistentemente el claxon.

—¿Lleva usted mucho tiempo sin moverse de esa casilla? —preguntó Guy.

—Seguro. Mi trabajo consiste en esperar aquí a que pase algún coche y se detenga a tomar gasolina o hinchar los neumáticos —contestó el hombre.

—¿Ha pasado algún auto por aquí en los últimos sesenta minutos?

—Sí, uno pasó, pero no se detuvo. ¿Ocurre algo, «sheriff»?

—¿Cómo era el auto? ¿Lo vio usted?

—Este es un negocio muerto, «sheriff». Poca gente se detiene aquí, y uno siempre mira esperanzado al primer coche que pasa. Sí, lo vi bien. Era un «Mercury» gris claro. Pasó como una centella y siguió adelante cruzando el pueblo.

—Gracias por su informe —dijo Guy. Y puso el coche en marcha.

Cruzaron la tranquila ciudad a marcha moderada. A la salida de Campo Verde la carretera desembocaba en otra pista donde encontraron a un policía local que les hizo señas de detenerse.

El comisario metió la cabeza por la ventanilla del auto.

—Hola, «sheriff» —dijo el comisario—. ¿Van hacia Clarkdale? No se puede pasar por esa carrilera. Se ha producido un incendio en el bosque que ha dejado interceptado el camino.

—Ha visto usted un «Mercury» de color gris claro que debió pasar por aquí hace aproximadamente media hora? —preguntó Guy.

—¡Oh, sí, seguro! Pasó como una centella por aquí sin detenerse a pesar de las señas que le hice y se metió en la carretera en dirección a Clarkdale.

—¿Pues no asegura usted que esa carretera está interceptada?

—Sí, lo está. Diez minutos después volvió a pasar el auto de regreso y tomó la dirección de Roosevelt Dam, por allí.

—Perdieron un cuarto de hora en comprobar que no había paso por Clarkdale hasta la carretera general de Prescott —murmuró Guy pensativamente—. Muchas gracias, comisario. Hemos acertado al venir por aquí.

Al poner nuevamente el auto en marcha, Guy ordenó a Behan:

—Conecte la radio. Estamos demasiado lejos de Emporia para el alcance de nuestra emisora, pero escucharemos lo que dicen.

La emisora de la policía de Emporia estaba muda por el momento. Guy apretó otro de los botones del receptor, sintonizando la onda de la emisora de la policía de Prescott.

Le cupo la satisfacción de saber que la policía de Prescott estaba desplegando sus fuerzas, enviando a los coches patrulla a cubrir todos los empalmes de Carretera, con orden de detener y registrar todos los automóviles de color gris, y especialmente los que presentaran alguna abolladura en la carrocería.

Cincuenta millas más adelante y una hora más tarde, Guy frenaba de nuevo ante otra bifurcación de caminos. Ningún patrullero había llegado todavía al cruce. Guy tuvo que decidir ahora entre seguir adelante hasta la presa Roosevelt o tomar el desvío a la izquierda que les llevaría a Winslow y al empalme con la general número 66.

Era difícil adivinar cuál de las dos direcciones habrían tomado los atracadores.

Mientras estaban detenidos allí se vieron visitados por la suerte en forma de un camión rojo de bomberos que venía con grandes prisas e hizo sonar su sirena al divisar los faros del coche policial.

Guy echó mano de la señal fluorescente de detención, empujó la portezuela y saltó a la carretera plantándose ante el camión.

El conductor del auto-bomba vio la señal fluorescente de la policía y detuvo el camión. Un oficial sacó la cabeza por la ventanilla.

—¿Qué ocurre, «sheriff»?

—Soy el «sheriff» de Emporia y andamos a la caza de unos salteadores que mataron a tres policías y a otro hombre para robar un dinero. ¿Se han cruzado ustedes con algún vehículo entre Winslow y este punto?

—Sí, nos cruzamos con un par de automóviles por lo menos. Uno nos lo encontramos a unas dos millas de Winslow. El otro

debió ser a unas cuarenta millas de este lugar. ¿Fue así, Robert?

—Sí, teniente —corroboró el conductor del camión.

—Bien, no les entretengo más. El bosque está ardiendo a más y mejor más arriba de Campo Verde.

—Para allá vamos. Nos alegraría que encontraran a esos tipos. Adiós, «sheriff» —saludó el oficial de bomberos.

Guy regresó a su automóvil mientras el auto-bomba arrancaba tomando el camino de llampo Verde.

—Ese incendio le costará al Estado muchos miles de dólares, mas para nosotros ha sido providencial —comentó Guy al dejar de nuevo la señal fluorescente en la cabina—. Los bomberos se cruzaron con un par de automóviles. Tenemos buenas razones para suponer que uno de ellos era el que andamos buscando.

Guy puso el auto en marcha. Mientras aceleraban, el cabo Behan observó:

—Si los patrulleros de Winslow recibieron el alerta, los atracadores serán detenidos al intentar alcanzar la sesenta y seis.

—Ellos no se dejarán coger tan fácilmente. No olvidemos que han cometido un cuádruple asesinato. Sabiéndose perdidos si son atrapados, esos hombres se defenderán hasta el último aliento mientras les quede un cartucho.

—Y además están armados de ametralladoras —observó uno de los «deputys» circunstanciales desde el asiento de atrás—. Sí, yo también creo que darán mucha guerra antes de dejarse coger.

Los tripulantes del auto policial guardaron silencio durante unos minutos.

—¿Saben lo que pienso? —dijo Guy al cabo de un rato—. Si esos tunantes encuentran el paso interceptado a la entrada de Winslow, volverán atrás sobre esta ruta en busca de otro camino secundario.

—Eso quiere decir que nos los tropezaremos de frente —dijo el cabo Behan.

—Sí. Esta es una posibilidad que debemos prever. Por lo tanto, así veamos unos faros de coche que vienen hacia nosotros, pararemos y nos apostaremos a un lado del camino dejando el coche atravesado en la carretera.

De nuevo los hombres guardaron silencio. En todos ellos despertaba el instinto del cazador latente en el hombre como herencia de los lejanos ascendientes que vivieron en la prehistoria.

Y a la emoción de la caza se unía la preocupación del peligro.

A poco vieron otro cartel indicador de una carretera que arrancaba a la izquierda en dirección a Mormon Lake. Siguieron adelante recibiendo en el rostro el soplo del cálido aire del desierto.

Junto al camino, a la luz de los faros, surgía de vez en cuando la gigantesca forma de un saguaro semejando un erguido centinela. La carretera era bastante llana y ofrecía largos tramos rectos. El auto, en su veloz carrera, arrancaba un largo gemido del recalentado asfalto.

Cuarenta millas más adelante y media hora más tarde avistaron la luz de unos focos de automóvil barriendo el horizonte.

—Un auto —dijo concisamente el cabo Behan

Guy guardó silencio. Los focos del auto que venía en dirección contraria aparecían y desaparecían alternativamente mientras seguían acercándose con rapidez.

Finalmente, Guy retiró el pie del acelerador y dijo:

—Cojan sus armas, vamos a parar.

El auto fue perdiendo velocidad paulatinamente. Guy dobló bruscamente a la izquierda y aplicó los frenos.

El coche quedó atravesado en mitad de la carretera.

Se apearon todos. Guy lo hizo en último lugar dejando asegurado el freno de mano y encendida la luz roja destellante del techo de la cabina.

—Deme su metralleta, Behan —dijo Guy al cabo—. Usted se quedará junto al auto para traerlo si hace falta. Calculo que si ese auto es el de nuestros amigos, ellos se detendrán mucho antes de llegar a este punto para virar y volver atrás apenas vean la luz roja destellante. Nosotros nos situaremos más adelante, aproximadamente donde ellos se detendrán para dar media vuelta.

—¿Y si no se detuvieran... si intentaran pasar de todos modos saliendo de la carretera?

—En ese caso les dispararemos por detrás procurando darles en las llantas. Póngase usted a cubierto detrás del coche.

—Sí, señor.

Guy se alejó seguido de los tres «deputys», viendo en la lejanía los focos del automóvil que se acercaba.

Después de alejarse como cincuenta metros del coche patrulla, el auto que se acercaba estaba ya bastante próximo para decidir al

«sheriff» a buscar un lugar apropiado para su defensa. Este lugar resultó estar a la derecha, detrás de unas rocas que afloraban del desierto junto a la misma cuneta.

Loe cuatro hombres se apostaron detrás de la peña con sus ametralla oras preparadas.

—Bueno, ahí llega el auto a toda velocidad —murmuró Guy—. Si son ellos se detendrán. Que nadie dispare sin una orden mía, ¿entendido?

Los hombres guardaron silencio viendo aproximarse velozmente al automóvil. Cuando este se encontraba cerca pudo escucharse claramente el característico chirrido de las llantas al ser aplicados los frenos con alguna brusquedad.

—¡Han visto la luz roja! —exclamó Addison—. ¡Van a detenerse!

—Deben ser ellos —rezongó Guy mientras crispaba sus manos sobre la «metrallata»—. Su sobresalto les denuncia.

Arrastrándose más bien que rodando sobre sus neumáticos, el auto dio algunos bandazos y se detuvo a unos veinte metros de la roca donde el «sheriff» y sus comisarios se encontraban escondidos.

Guy había calculado mal la distancia a que se pararía el auto de los asesinos. Este dio marcha atrás mientras rugía el sobreacelerado motor. La potente luz de los focos deslumbraba a Guy impidiéndole distinguir la máquina que estaba tras ellos.

El auto torció a la izquierda reculando y los focos se apartaron de los lastimados ojos de Guy.

—¡Es un coche gris! ¡Son ellos! —gritó Warren excitadamente.

Guy se puso en pie de un salto, aferró fuertemente la «metrallata» y disparó una ráfaga alta de aviso. Quería asegurarse bien de que, en efecto, se trataba del coche de los asesinos y no de ningún otro.

La respuesta llegó en forma de una descarga de ametralladora que obligó a Guy a agazaparse tras la roca mientras las balas pegaban en la peña y rebotaban con endiablado aullido.

El auto volvía a dar marcha adelante para doblar y dar la vuelta.

—¡Disparen! —gritó Guy—. ¡Fuego sobre ellos!

Las tres ametralladoras y el revólver que empuñaba Oliver Hobbs dispararon simultáneamente contra el coche gris atravesado en la carretera.

Al cesar la descarga se escuchó el tintineo de los cristales que

caían al asfalto. El auto se había detenido y parado el motor.

De una de las ventanillas brotó de nuevo el pestañeo color naranja de un arma automática. Guy tiró de Hobbs obligándole a refugiarse tras la roca mientras las balas aullaban a su alrededor.

La ametralladora dejó de disparar. Se oyó el ronquido del motor eléctrico de puesta en marcha. Guy asomó de nuevo. Entonces advirtió que uno de los faros había sido apagado, probablemente destrozado por las balas.

El conductor del auto gris insistía en sus intentos de poner el motor en marcha.

Esta vez Guy apoyó la culata en el hombro y tomó cuidadosa puntería. Apretó el gatillo. Su arma tableteó agudamente. Guy movió el cañón a derecha e izquierda barriendo a balazos el coche hasta que se le agotó el cargador.

Se agazapó enseguida. Y en efecto, la descarga de respuesta no se hizo esperar. Las balas rebotaron de nuevo en la peña mientras Guy sacaba el cargador vacío y lo remplazaba por otro nuevo.

Las ametralladoras dejaron de disparar. El auto apagó sus faros. Siguió un silencio de un minuto. Después se volvió a oír el ronquido de puesta en marcha.

—Voy a acercarme a ese auto —dijo Guy a sus «deputys»—. Ustedes quédense aquí.

—Creí que habíamos venido a ayudar —rezongó Hobbs.

—No quiero arriesgar sus vidas inútilmente.

—¿No arriesga usted la suya, pues? —preguntó Warren.

—Yo soy un policía. Me pagan para correr esta clase de riesgos. Quédense aquí cubriéndome —contestó Guy con aspereza.

Se puso en pie y echó a correr fuera de la carretera hacia el auto gris. Este se destacaba como una gran mancha pálida en la oscuridad de la noche. El que maniobraba con el arranque consiguió poner el motor en marcha.

Guy se encontraba a unos veinte metros del auto cuando de pronto barrió la carretera un chorro de luz.

Era el cabo Behan, que había encendido el faro pirata del auto policial enfocándolo sobre los bandidos. Nunca el cabo Echan pudo ser más inoportuno, porque el foco descubrió también a Guy, que avanzaba a paso gimnástico hacia el coche.

Guy se dejó caer de bruces, yendo a hacerlo sobre un pequeño

cacto que le llenó la cara de pinchos.

Lanzando una maldición, Guy se apretó más contra el cacto mientras la descarga de la ametralladora levantaba surtidores de polvo ante su rostro.

Fue un verdadero milagro que no le alcanzara ninguna bala.



*Fue un verdadero milagro que no te alcanzara*

Behan, que había enfocado el faro a tientas para encenderlo después desde el estribo opuesto, debió comprender su error y apagó enseguida.

Los comisarios no se atrevieron a disparar contra el auto por

temor a herir a Guy, que se encontraba muy cerca de la trayectoria de las balas. Pero Guy estaba muy cerca del auto e hizo fuego contra la trasera de este cuando los bandidos se ponían en marcha.

El «Mercury» consiguió escapar en la oscuridad pese a todo.

Guy se puso en pie echando maldiciones, salió a la carretera y llamó estentóreamente:

—¡Behan, traiga acá ese maldito auto!

Mientras el cabo ponía el auto en marcha y maniobraba, Guy empuñó la linterna eléctrica que colgaba de su cinturón y se acercó al sitio donde había estado detenido el automóvil de los bandidos.

Un bulto yacía en mitad de la carretera. Era un hombre.

Guy apretó el paso llegando junto al individuo. Este vestía camisa blanca y corbata, pantalones negros y llevaba cinturón. Estaba tendido boca arriba, los brazos abiertos, y un hilillo de sangre le manaba de la comisura de los labios.

Todavía estaba Guy inclinado sobre el cadáver cuando llegaron sus tres ayudantes eventuales.

—¡Caramba, así que no salieron tan bien librados después de todo! —exclamó el cáustico Oliver Hobbs—. Yo ya empezaba a pensar que ese condenado auto estaba blindado, o nuestras balas eran de mantequilla.

—¿Está muerto? —preguntó Addison.

—Sí. Échenle a un lado de la carretera, le recogeremos más tarde —contestó Guy poniéndose en pie.

Warren y Addison dejaban el cadáver en la cuneta cuando bañó la carretera la potente luz de los faros del auto policial que se acercaba.

Hobbs dijo señalando al asfalto:

—Mire, «sheriff». Aquí hay una mancha de aceite.

Guy arrojó la luz de su linterna sobre la mancha.

—Ese coche va perdiendo el lubricante. No podrán llegar muy lejos.

El cabo Behan llegó en este momento guiando el auto policial. Los «deputys» se metieron apresuradamente en el compartimiento posterior mientras Guy se dejaba caer en el asiento junto al cabo.

—Usted conducirá ahora. Vamos a seguirles —dijo Guy.

El coche arrancó y al alcanzar poco después las sesenta millas por hora volvió a escucharse el gemido de las llantas sobre el

asfalto.

—¿Así que les cobramos una pieza? —dijo el cabo Behan—. ¿Cuántos más habrá en el automóvil?

—No más de dos o tres.

—¿Por dónde echarán ahora?

—Eso es algo que ellos tendrán que decidir. No hay ninguna carretera entre este punto y Winslow. Si se ven perdidos tomarán por la primera brecha que encuentren y se internarán en el desierto hasta donde puedan llegar. Entonces se volverán tan peligrosos como fieras acosadas.

Se hizo el silencio en la cabina. Behan señaló con la cabeza adelante.

—Bueno, no parece que corren mucho ahora. Les vamos dando alcance.

En efecto, ya eran visibles las grandes luces rojas zagueras del auto fugitivo, el cual había vuelto a encender su foco. Guy pensó que acaso los bandidos reducían la marcha para buscar una trocha por donde escabullirse.

Al ganar terreno al coche fugitivo pudieron ver que esta iba zigzagueando.

—Miren como colea —dijo el cabo Behan—. Lleva las llantas destrozadas.

Bruscamente el auto perseguido dobló a la izquierda, abandonó la carretera y se lanzó pegando brincos por una angosta brecha a través del desierto.

—Ya les tenemos en la ratonera —dijo Cuy entre dientes—. Ahora todo depende de lo lejos que puedan llegar. Sígalos, Behan.

Behan volteó el manubrio a la izquierda. Con un chirrido escalofriante, el auto policial abandonó la carretera, pegó un brinco terrible al saltar sobre la cuneta y entró dando tumbos en la trocha. El polvo levantado por el coche predecesor les envolvió en una nube formando a modo de una niebla amarillenta ante los faros.

—Apague los faros, Behan, No vayamos a meternos de cabeza en la boca del lobo —recomendó Guy.

Al apagar los focos y cesar el deslumbramiento producido por la nube de polvo, pudieron ver mejor a lo lejos, aunque deficientemente a corta distancia.

Delante marchaban las luces zagueras del coche perseguido.

El camino, de suelo de tierra, estaba cruzado frecuentemente por zanjás que las lluvias habían abierto en el suelo desierto. Un «jeep» habría podido marchar por allí, pero los grandes autos eran demasiado largos y excesivamente anchos.

De pronto se apagaron las luces rojas de la trasera del coche fugitivo.

—¡Alto! —ordenó Guy tocando el brazo de Behan.

El cabo pisó los frenos bruscamente.

—Apague las luces de situación.

Apenas había apagado Behan las luces cuando crepitó una ametralladora.

—¡Agáchense!

Una lluvia de cristal pulverizado cayó sobre la nuca de Guy, agazapado tras el panel de instrumentos. La descarga había abierto media docena de agujeros en el parabrisas.

—Cabo, usted y Hobbs quédense cuidando del coche. Warren y Addison vendrán conmigo. Vamos, amigos.

Guy empujó la portezuela y saltó a tierra, corriendo a agazaparse. Por el lado opuesto se apearon Warren y Addison. Las noches estrelladas siempre parecían más claras en el aire diáfano del desierto. Muy pronto, acostumbrando sus ojos a la oscuridad, pudo ver Guy Fletcher la mancha blanca del auto gris al fondo.

Después de un minuto de silencio, Guy abandonó el resguardo del cacto y empezó a avanzar lentamente. En la mano izquierda empuñaba la linterna. Con la derecha aferraba la «metralleta», sujetándola fuertemente con el codo contra su costado.

Al acercarse más al coche fugitivo pudo ver que este había quedado atascado al caer las ruedas de atrás en una torrentera. La exagerada popa de la máquina tocaba en el suelo y las desinfladas llantas no alcanzaban al fondo de la zanja.

De pronto restalló el agudo crepitar de una ametralladora a la izquierda. Guy se detuvo junto a un saguaro, aunque el arma no tiraba contra él, sino contra los dos «deputys» que avanzaban por el otro lado. Las ametralladoras de los mineros contestaron al mismo tiempo, escuchándose entre los disparos el ruido metálico de las balas al perforar la carrocería del auto.

Cesaron de disparar las ametralladoras. Después se hizo el silencio.

Guy avanzó de nuevo. Recelaba que alguno de los «gangsters» pudiera estar aguardando tendido en la zanja, pero llegó al borde de esta y nada ocurrió.

Un leve ruido se escuchó a la derecha y como a veinte pasos del lugar donde estaba Guy. Este creyó comprender entonces. Uno de los bandidos trataba de escabullirse arrastrándose por el lecho de la torrentera. Su propósito, si era un hombre inteligente, pudiera ser el de volver a la carretera y esperar el paso de algún automóvil solitario para apoderarse de él.

«Bueno, no escaparás», rezongó Guy para sí.

Mientras echaba a andar agazapado por la torrentera escuchó detrás la voz de John Warren:

—¡«Sheriff», aquí hay un tipo muerto!

Guy no contestó por no delatar su presencia al hombre que huía. Si este había escuchado también la noticia de que otro de sus compañeros estaba muerto debería desalentarle. Guy siguió deslizándose por el lecho de la torrentera, mas, aunque procuraba no hacer ruido, el crujido de las piedras le delató.

De pronto sonó un disparo y una bala pasó a través de la copa del sombrero de Guy. Este se echó de bruces al suelo adelantando el cañón de la «metralleta», pero no disparó.

—Oiga, amigo —dijo en voz que era clara sin ser excesivamente alta—. Ríndase, no tiene la menor probabilidad de escapar.

No obtuvo respuesta. Repentinamente vio una sombra que saltaba en pie y brincaba fuera de la zanja.

Guy no llegó a disparar. La sombra solo estuvo un segundo al alcance de su arma, y ahora no quería malgastar las municiones. La persecución podía ser más larga de lo que creyó en un principio. Saltó a su vez en pie y oteó en derredor.

El asesino había desaparecido. Aquí y allá se recortaban contra el fondo estrellado del cielo las siluetas de los saguaros. Estos a veces parecían personas, y una persona inmovilizada podía parecer un saguaro en determinadas condiciones. Maldiciendo por lo bajo echó, a andar con rapidez.

Las cholas, erizadas de agudos pinchos, le rozaban las polainas de cuero. Se detuvo a escuchar. Alguien corría delante de él. Guy echó a correr también en dirección a la carretera.

De pronto vio la silueta del hombre que huía entre dos altos

saguaros.

Disparó una corta ráfaga y siguió corriendo un trecho. Luego se detuvo de nuevo. Cerca de allí escuchó la agitada respiración de un hombre.

Avanzó unos pasos más con sigilo. Empuñó la linterna eléctrica y la enfocó de golpe sobre el fugitivo. Este yacía tendido sobre un costado y parpadeó deslumbrado. Lanzó una maldición y encañonó a Guy con su revólver.

Guy tuvo que disparar en su propia defensa. El asesino soltó la pistola y rodó por el polvo.

—Tú lo quisiste —murmuró Guy como en disculpa propia.

Avanzó hasta el hombre y se inclinó sobre él sin dejar de alumbrarle con la linterna. La víctima, como antes el hombre que encontraron muerto en la carretera, vestía en mangas de camisa y no llevaba sombrero. A su lado estaba la «metralleta» descargada.

Después de comprobar que el hombre estaba muerto, Guy exploró los alrededores detenidamente con la linterna. Esperaba que el atracador llevara consigo el saco del dinero robado, pero no lo encontró.

Regresó en línea recta donde había quedado el auto policial.

El cabo Behan le enfocó su linterna eléctrica al acercarse.

—¡Ah, es usted! ¿Capturó a alguno?

—Lo capturé muerto —repuso Guy lacónicamente—. Encienda los faros, creo que ya no hay peligro alguno.

—¿Rescató el dinero? —preguntó Behan mientras iba a encender los faros.

—No. Debe de estar en el automóvil. Vamos a buscarlo.

Se dirigieron bajo la luz de los potentes focos al automóvil fugitivo. Allí, Guy examinó al hombre muerto por los mineros. También este estaba en mangas de camisa. Junto a él, en el polvo, estaba su sombrero.

Guy echó el haz de la linterna dentro del automóvil registrando los asientos. Tampoco allí estaba el saco del dinero.

—Registremos bien —gruñó Guy—. Puede que se deshicieran del saco y escondieran los billetes en alguna parte.

El coche fue minuciosamente registrado. Sacaron los asientos, levantaron las alfombrillas, abrieron el baúl y desparramaron todas las herramientas. También registraron los bolsillos de las tres

americanas que encontraron sobre los asientos.

—¡Esta sí que es buena! —exclamó el cabo Behan—. ¿Dónde demonios esconderían estos tipos el dinero?

—Busquemos por los alrededores —dijo Guy—. Vamos a recorrer el camino que siguió el último individuo al escapar, buscando a ambos lados.

Una hora después se reunían en torno al hombre muerto sin haber hallado rastros del saco. El cabo Behan empezaba a mirar con desconfianza a Warren y Addison, que habían permanecido junto al coche de los atracadores bastante tiempo mientras Guy perseguía al último fugitivo.

—¿Por qué no registramos en un radio de cincuenta metros alrededor del coche? —sugirió el cabo, aunque sin manifestar abiertamente sus sospechas.

Guy también había pensado en los mineros-comisarios, aunque desechando inmediatamente la idea. No obstante, aceptó la sugerencia de Behan y registraron un amplio espacio alrededor del automóvil.

—¿Saben lo que les digo? —exclamó Oliver Hobbs después de este nuevo e infructuoso registro—. Lo que yo pienso es que hubo un cuarto hombre, un tipo más listo que los demás que se largó con el saco del dinero mientras sus compañeros atraían sobre sí nuestra atención disparando contra nosotros.

—Solo hemos encontrado tres americanas en el auto —gruñó Guy.

—Eso no demuestra nada. El cuarto hombre pudo llevarse su chaqueta y su sombrero —insistió Hobbs.

—Mi idea es que se deshicieron del dinero ocultándolo en alguna parte, cuando tuvieron evidencia de que su auto sería detenido más pronto o más tarde y registrado —dijo Guy—. Vamos a seguir hasta Winslow. Volveremos con una camioneta para recoger los cadáveres y con más gente para registrar a ambos lados de la carretera.

## CAPÍTULO IV

Eran pasadas las diez de la mañana del sábado cuando el «sheriff» Guy Fletcher detuvo su automóvil ante el cuartel de la policía, en Emporia.

Casi inmediatamente, el auto policial y la ambulancia que se detenía detrás fueron rodeados de un grupo de curiosos que inquirían noticias anhelantemente. Por la Calle Octava, desde la Avenida Madison, bajaba apresuradamente un grupo de gente.

Sobre la acera, ante el cuartel, Guy relevó a los mineros de su juramento.

—Muchas gracias por sus servicios, amigos. Quedan en libertad para volver a sus ocupaciones habituales.

—Le ayudamos con mucho gusto, «sheriff» —dijo Oliver Hobbs.

Los mineros quedaron en la calle, donde inmediatamente fueron asaltados por la curiosidad de la gente que quería conocer detalles sobre la persecución y captura de los asesinos.

Guy entró en el Cuartel. Parecía cansado, su uniforme estaba arrugado y en el curtido rostro se advertía la sombra de la barba de muchas horas.

—Hola, Guy. ¿Ya de vuelta? —era el sargento Hooker que asomaba por la puerta de su despacho—. Aquí están los hijos de Hassler.

Guy alteró el rumbo de sus paseos para dirigirse al despacho de Hooke.

A diferencia de Fletcher, cuyo cargo de «sheriff» era electivo, el sargento Hooker pertenecía a la plantilla del cuerpo de Policía de la ciudad y, aunque subordinado al «sheriff», tenía definidas sus propias obligaciones, que eran las correspondientes al empleo de «marshal» o alguacil mayor.

En la ciudad, Hooker mandaba apenas sin restricciones en lo que atañía al orden público, correspondiendo al «sheriff» los asuntos que caían fuera de la jurisdicción municipal hasta los límites del condado.

Prudentemente, todos los «sheriffs» atendían a los consejos de

Hooker, que era un hombre eficiente y buen conocedor de su oficio.

Al entrar Guy en el despacho, dos jóvenes de buena estatura y de unos veintitrés y veinticinco años respectivamente, se pusieron nerviosamente en pie. Aun vestidos con sus trajes domingueros, se les notaba bruscos y toscos en sus movimientos.

En efecto, Frederick Hassler, que era un hombre culto y educado, no había conseguido hacer de sus hijos otra cosa que un par de buenos mineros.

Blanca Hassler continuó en su sillón. Tenía los ojos enrojecidos, y su bello rostro, sin afeites, parecía más pálido que de costumbre. Pero no dejaba de estar guapa por ello, lo cual era cosa de admirar en una mujer que había pasado la noche en blanco llorando junto al cadáver de su padre.

—Siento mucho lo de su padre de ustedes —dijo Guy tendiendo la mano hacia Fred Hassler.

El mayor de los Hassler hizo como que no veía el amistoso ademán de Guy. Nunca se habían llevado bien los hermanos Hassler y la policía.

—Veamos qué ha hecho usted para capturar a los asesinos de mi padre, «sheriff» —dijo el muchacho con brusquedad—. Se le escaparon de las manos. ¿Ya tiene preparado su pretexto?

—Ningún pretexto —repuso Guy ácidamente—. Si quieren ver a los asesinos de su padre, allí están en la calle.

Fred y Harry Hassler cruzaron una mirada de incredulidad. Luego tomaron la puerta y salieron sin decir palabra.

—¿Es cierto eso, Guy? —interrogó el sargento Hooker cuando la puerta se cerraba tras los muchachos—. ¿Has capturado a los bandidos?

—Sí, muertos —Guy volvióse hacia Blanca Hassler—. Si eso puede servirle de algún alivio, señorita Hassler, sepa que los tres asesinos de su padre han muerto. ¿Satisface eso sus anhelos de venganza?

La señorita Hassler se puso en pie.

—No, nada puede satisfacerme. La muerte de esos hombres no devolverá la vida a mi pobre padre.

—No, eso es evidente. Sin embargo, algunos hombres sienten aminorado su dolor al saber que la persona querida ha sido vengada.

—Yo no soy de esas personas —repuso la muchacha.

Y cruzó por delante de Guy abandonando el despacho.

Hooker fue a cerrar la puerta que la señorita Hassler había dejado abierta y regresó al centro del despacho.

—Bueno, Guy. Un buen trabajo el tuyo. Los asesinos, castigados, y el dinero, recuperado antes de haber transcurrido veinticuatro horas desde el asalto. Te felicito.

—No lo hagas todavía. No hemos encontrado el dinero.

—¿Cómo?

—Tres de los ocupantes del auto fugitivo ofrecieron una resistencia tan tenaz, que tuvimos que matarlos para apresarles. Cuando registramos el coche no encontramos ni rastro del dinero.

—Has dicho tres de los ocupantes del auto. ¿Es que había alguno más?

—Eso es lo que no sabemos, Hooker. El dinero no estaba en el auto. O ellos lo escondieron en alguna parte, o hubo un cuarto hombre que se escapó con la pasta. Pasamos toda la noche registrando cada pulgada de terreno a ambos lados de la carretera en un tramo de cuarenta millas. No pudimos dar con el dinero.

—¿Quiénes eran los individuos, Guy? ¿Recogiste su documentación? ¿Había entre ellos algún conocido?

—No, y eso es lo curioso. Yo casi esperaba encontrarme con alguna cara conocida... Jamás había visto a esos hombres hasta anoche.

Guy dejó caer sobre la mesa tres carteras con su correspondiente tarjeta de identificación. Hooker tomó los documentos y los fue examinando uno por uno, así como los retratos adheridos a ellos.

—George Ward... residente en Seattle, Estado de Washington... Víctor Udall, residente en San Francisco de California... Earle Edmund... residente en Los Ángeles, California.

Hooker levantó su sorprendido rostro.

—Sí que es curioso. Ninguno de estos tipos es de por aquí.

—Sin embargo tuvieron que estar muy bien enterados de la fecha, hora y lugar por donde pasaría el dinero de la nómina de «La Encantada».

—Quieres decir que alguien de aquí les tuvo que informar...

—Sí. O de lo contrario les habríamos visto en sus idas y venidas mientras anotaban detalles para preparar el golpe.

Hooker se mesó pensativamente la barbilla. Repentinamente alargó la mano hacia el teléfono y dijo ante el micro:

—¿Señorita Jackson? Póngame con el «Phoenix Central Bank».

—¿Piensas tal vez en Ben Cameron? —preguntó Guy mientras Hooker esperaba línea.

—No tengo nada contra ese muchacho —repuso Hooker—. Pero por alguna parte hay que empezar.

En este momento contestaron desde el extremo opuesto de la línea. Aun cuando estaba fuera de la vista de su interlocutor, el magro rostro de Hooker adoptó una expresión amable.

—¿Es usted mismo señor Brighth? Buenos días, yo...

Hooker se interrumpió para escuchar atentamente.

—En efecto —contestó—. Los atracadores fueron capturados... pero muertos. No, el dinero no ha aparecido todavía... ¿Eran cincuenta mil y un pico, no es eso?... Cincuenta y siete mil, sí... Precisamente por esto le llamo. Una pregunta nada más, señor Brighth. ¿Está ahí su cajero, el joven Cameron? ¿No?

Hooker escuchó, murmurando después:

—No ha acudido al trabajo... ¿No han llamado ustedes a su casa? ¡Ah, no tiene teléfono! Lo comprendo ... Sí, ya sé que su madre está impedida. Está bien, míster Brighth, eso era todo. ¿Cómo?

Escuchó de nuevo Hooker y asintió:

—Por supuesto, señor Brighth. Le tendremos informado de la marcha de las investigaciones. Naturalmente, el banco no se perjudica con la desaparición de ese dinero... Sí, eso exactamente había pensado yo. Muy bien, señor Bright... Adiós.

Hooker dejó el teléfono sobre la horquilla y se volvió a mirar a Guy.

—Ben Cameron no acudió hoy al trabajo —dijo con entonación grave.

—Tengo entendido que eso ocurre con alguna frecuencia. Es un calvario el de ese pobre muchacho, con su madre impedida en cama y él solo para atenderla —dijo Guy.

—Bueno, me veré obligado a ir a su casa a hacerle unas cuantas preguntas —Hooker tomó su gorra de la percha. Miró a Guy—. Naturalmente, vamos juntos en la resolución de este caso, ¿no es así?

—De acuerdo, Jim —repuso Guy poniéndose en pie—. Mientras

tú empiezas a mover los peones en esta partida, yo voy a mi casa a almorzar, tomar un baño y afeitarme. Un descanso hasta la hora del almuerzo no me vendría mal. ¡Caramba! Hemos andado lo menos veinte millas buscando ese condenado dinero.

—Vete a descansar. Ya te llamaré a tu casa con lo que haya.

En la calle seguía congregado el público ante la pequeña puerta correspondiente al depósito de cadáveres. Guy y Hooker salieron juntos, ocupando uno de los automóviles policiales aparcados junto a la acera.

—Te dejaré en tu casa —había dicho Hooker. Y ya en el coche, mientras doblaban por la calle Este para salir a la avenida Madison por la calle Séptima, Hooker dijo—: Enviaremos las fotografías y huellas dactilares de esos tipos a Los Ángeles, San Francisco y Seattle por si constan sus fichas en los archivos de la policía.

Guy ocupaba en la avenida Madison un pequeño departamento de alquiler de dos habitaciones, cocina y cuarto de baño. Aunque había traído allí algunos artefactos y muebles para su comodidad, Guy no consideraba sin embargo aquel departamento como una verdadera casa.

Su casa, el auténtico hogar, era un pequeño rancho que sus padres poseían ocho millas al sur de Emporia, donde Guy había nacido y se había criado, siendo el menor de una numerosa familia de cuatro hermanas y tres hermanos. Un rancho tan pequeño para tantos hijos, había creado problemas entre los miembros de la familia.

Esta había sido una de las razones que impulsaron a Guy a presentar su candidatura para el cargo de «sheriff». Antes había tenido una estación de gasolina, negocio en el que marchó bastante bien hasta que la Compañía Dating decidió suministrar a su propia flota de camiones, con lo cual Guy perdió a su principal cliente.

En su departamento, que Guy consideraba tan solo como un refugio en los días desapacibles y un lugar donde retirarse a dormir, se desembarazó de las polvorientas botas y del uniforme, poniéndose cómodo dentro de un pijama y unas zapatillas.

Mientras se duchaba puso a hervir el agua para el café. Cuando estaba tomando una combinación de desayuno-almuerzo sonó el timbre de la puerta.

Guy fue a abrir, encontrándose ante Jim Hooker, que entró

abanicándose con la gorra y se dejó caer en el sofá ante el sistema de aire acondicionado del tipo de ventana.

—Por lo visto, Cameron contestó rápidamente a todas tus preguntas —observó Guy mientras cerraba la puerta y volvía a la mesa donde estaba su desayuno-almuerzo—. ¿Debemos descartarle de la lista de los sospechosos?

—¿Qué dices? —gruñó Hooker—. Cameron ha desaparecido.

Guy quedó paralizado, en el aire el cuchillo con el cual iba a aplicar una capa de mantequilla a la rebanada de pan tostado.

—¿Desaparecido?

—Sí. Y de esta forma toma más consistencia tu presunción de que hubo un cuarto hombre que se largó con el dinero.

—No puedo creerlo de Cameron. Él adoraba a su madre, se sacrificaba por ella y habría sido capaz de cualquier cosa por proporcionarle todos los cuidados y comodidades que la pobre mujer necesita...

—Tú mismo lo dices, Guy. Sería capaz de cualquier cosa, incluso de robar cincuenta y siete mil dólares —repuso Hooker secamente.

—¡Pero eso es absurdo, Jim! Robando y huyendo, lo único que Cameron iba a conseguir es causarle un dolor a su madre. Además de esto, al darse a la fuga, Cameron abandona a su madre. No tiene sentido que ese muchacho robara el dinero para ayudar a su madre en su enfermedad, y que se vea obligado a huir perseguido por la justicia.

—La fuga solo significa que las cosas no salieron como Cameron esperaba. Y ahora, ¿quieres atender a lo sucedido?

—Está bien, adelante.

—Cameron salió del banco a las cinco, como de costumbre. Fue a casa, le dijo a su madre que iba a hacer un encargo a «La Encantada» y fue a pedirle un caballo prestado a su vecino Guy Branding. Este le prestó el caballo, el propio Cameron le puso la silla al animal y salió al parecer hacia «Hole Copper». No se le ha vuelto a ver desde entonces.

—¿Qué es lo que supones?

—Cameron no tiene coche, ni bicicleta, ni siquiera teléfono. La enfermedad de su madre parece ser que no le permitió ahorrar ni un centavo en todos los años que lleva aquí. Cameron estaba de acuerdo con los bandidos. Les facilitó todos los detalles precisos

para que el atraco resultara un éxito. Luego Cameron tenía que reunirse con ellos. Tenía que recoger su parte del botín, ¿entiendes esto? Y para acudir al lugar de la cita tuvo que buscar un medio de locomoción.

—Un medio de locomoción, como por ejemplo un caballo? —interrogó Guy incrédulamente—. ¿Por qué no tomar el auto de un amigo, o alquilarlo para una sola hora?

—Al parecer olvidas que hay un atajo a través de las montañas que reduce en diez millas la distancia que hay por carretera hasta la mina. Ese sendero solo es practicable para caballos. ¡Y resulta que Cameron lo había estado frecuentando bastante en las últimas semanas!

—¿Quieres explicar mejor eso? —gruñó Guy, sintiendo que empezaban a vacilar sus convicciones.

—Cinco veces en el término de un mes había pedido Cameron a su vecino que le prestara un caballo. A Branding, que tiene dos caballos y nunca monta los dos al mismo tiempo, no le importaba prestarle sus animales a Cameron. Por el contrario, pensaba que era bueno para sus caballos que salieran a pasear sintiendo el peco de un jinete... y también pensaba que el pobre muchacho merecía un rato de solaz entre el tiempo que le absorbía su trabajo en el banco y el cuidado de su madre enferma, saliendo a pasear a caballo. Además de esto, los frecuentes paseos de Cameron hasta «La Encantada» tenían un carácter simpático... un carácter sentimental. Cameron al parecer estaba enamorado de Blanca Hassler. Era a la chica a quien iba a ver a la mina.

—¿Iba a verla en realidad, o ese era solamente un pretexto? »

—Si lo que Cameron pretendía era prepararse una coartada, lo más probable es que fuera verdad lo de la chica.

Guy guardó silencio un par de minutos mientras reflexionaba.

—Si Cameron preparó una coartada, entonces es que no estaba en sus planes escapar con los atracadores. En realidad, habiendo salido del banco después que nuestra camioneta, Cameron no pudo encontrarse en el lugar del asalto ni llegar a tiempo de verse con sus cómplices.

—Si huyó con ellos, entonces necesariamente tuvieron que verse. Bastaría con que Cameron se diese prisa en trepar por el sendero y que sus amigos le esperasen unos minutos escondidos con

el automóvil en alguna trocha forestal.

—No está comprobado que Cameron estuviera con ellos, Hooker.

—De acuerdo, tú mismo dijiste...

—Yo lo dije. Sin embargo pudo ocurrir que los atracadores fueran solamente tres y optaran por esconder el dinero en alguna parte a la espera de una oportunidad de volver a recogerlo luego. Nadie les conocía ni existían testigos de su delito. El dinero era lo único que podía comprometerles si les registraban.

—También habría sido comprometido que les detuvieran con un arsenal de ametralladoras y pistolas, y sin embargo no se deshicieron de las armas —opuso Hooker.

—Un par de ametralladoras y unas pistolas pueden tirarse en cualquier parte ante la inminencia de una situación comprometida, Jim. En cambio nadie tira cincuenta y siete mil dólares en billetes por la ventanilla de un coche en marcha, sin saber dónde irá a parar ese dinero. Esa es la única diferencia.

—Está bien, admitamos que Cameron no iba en el auto con ellos. ¿Dónde se ha escondido, en tal caso? ¿Por qué huyó?

—¿Cómo quieres que lo sepa? ¿Hemos examinado siquiera la posibilidad de que Cameron sufriera un accidente? Cameron ha desaparecido. ¿Qué se hizo del caballo? ¿Regresó a su cuadra?

—No, el caballo no regresó.

—¡No regresó! —exclamó Guy—. Entonces haremos bien en buscar a Cameron y al caballo en el fondo de algún barranco. Lo más seguro es que se despeñaran juntos.

## CAPÍTULO V

El lema general de conversación en Emporia, a las doce del mediodía del sábado, giraba alrededor del incendio forestal y las muertes de Hassler y los tres policías de la escolta.

Respecto al incendio forestal, los últimos grupos que regresaron al amanecer traían noticias directas acopiadas de la propia observación. En cambio, se sabía muy poco del asalto a la camioneta de la policía, la muerte de todos sus ocupantes y la desaparición de 57.000 dólares de la «Copper Dating Co».

Marchando por la calzada a lo largo de la acera, llevando su caballo de las riendas, el «sheriff» Guy Fletcher respondía solo con cabezazos y vagos ademanes a las preguntas que se le hacían desde los corrillos de la avenida Madison.

Ante la sucursal del «Phoenix Bank» el reloj de pulsera de Guy señalaba las doce y ocho minutos. El banco solía cerrar los sábados media hora después del mediodía para dar tiempo de cobrar los cheques a los empleados de las tiendas y oficinas que cerraban a las doce.

Guy continuó a pie avenida Madison arriba. Pasó ante la estación de gasolina que antes le había pertenecido, dejó atrás las últimas casas de la calle y siguió en dirección a la estación del ferrocarril. Antes de llegar a las vías, sin embargo, torció a la izquierda, por una calle asfaltada, bordeada de árboles, en la cual alternaban los solares sin edificar con algunas casitas rodeadas de seto y jardín, todas con su correspondiente garaje anexo y su antena de televisión, sus niños y sus perros.

A las doce y dieciocho minutos, Guy ataba las riendas de su caballo a un árbol de la calle, empujaba la puertecilla de la cerca de madera y avanzaba hasta el hotelito que Ben Cameron habitaba en compañía de su madre impedida.

Después de la llamada de Guy al timbre se escuchó un chasquido acompañado del zumbido de un avisador y la puerta se entreabrió. Guy empujó y entró en un pequeño vestíbulo.

—Adelante, guardia. Aquí a la izquierda —dijo una voz chillona.

Guy vio una puerta abierta a la izquierda, y en la pared del fondo de la habitación, un espejo que reflejaba su imagen.

—¿Señora Cameron?

—¡Aquí, aquí! —dijo la voz impaciente de la mujer.

Guy cruzó la puerta descubriéndose. La señora Cameron se encontraba en cama recostada contra una pila de cojines. En el suelo zumbaba un ventilador. Era una anciana de cabellos blancos, delgada y de afilada nariz. Por la posición de la cama era evidente que la inválida podía ver la puerta de la calle a través del espejo de la pared.

En un rincón de la habitación, junto a la ventana, Guy vio un sillón de ruedas.

—¿Cómo está usted, señora Cameron? —preguntó Guy amablemente.

—No le conozco. ¿Usted quién es? —inquirió a su vez la inválida, clavando sus escrutadores ojos en la cara de Guy.

—Soy Fletcher, el «sheriff» de esta ciudad.

—¡Dios mío! ¿Trae usted noticias de mi hijo? Debe haberle ocurrido algún accidente... Sí, tiene que haberle ocurrido un accidente. De lo contrario ya habría vuelto a casa.

La mujer sacó un pañuelo de la manga de su camisón y se echó a llorar.

—Tranquilícese, señora Cameron. Estamos buscando a su hijo.

—¡Ha muerto, estoy segura! Yo bien le decía cuán peligroso era montar esos caballos —sollozó la mujer, apretando el pañuelo contra su nariz.

—Usted le había advertido de lo peligroso de montar a caballo, señora Cameron. Necesariamente debía sentirse intranquila cada vez que él salía montando a caballo. ¿No era así?

—¡Oh, sí! Solo que para evitarme preocupaciones, él solía engañarme diciendo que iba en el auto de algún amigo. Luego, yo me enteraba por la señora Branding y le regañaba.

—¿Y ayer, señora Cameron? ¿Sabía usted que su hijo iba a Hole Copper utilizando un caballo del señor Branding?

—No le pregunté, yo prefería ignorarlo. Me dijo solamente que iba a la mina a cumplir un encargo del banco y que posiblemente volvería tarde. Me sirvió la comida apenas llegó y enseguida se marchó.

—¿Por qué le dijo él que iba a cumplir un encargo del banco? ¿Cree que era un pretexto para ocultarle la verdadera intención de sus frecuentes visitas al campamento minero? ¿Sabía usted a lo que iba él allí?

—Sí, Sabía que andaba tras esa chica, y no lo aprobaba.

—¿Por qué razón?

—Me habían hablado de esa chica... y no demasiado bien. Tengo entendido que es muy guapa. Las mujeres demasiado hermosas casi siempre suelen ser engreídas. Y en la mayoría de los casos, todo lo que aportan al matrimonio es su belleza. Además de esto, tenía entendido que Ben no les caía en gracia a los hermanos de ella. El padre parece que es una buena persona. Pero los hermanos habían amenazado a Ben... consideraban que él era muy poca cosa para su hermana. ¡Mi pobre hijo, tan bueno, tan abnegado y tan trabajador!...

La señora Cameron volvió a sollozar.

Guy esperó hasta que la mujer se tranquilizó. Preguntó:

—¿Así que Ben vino a casa después que salió de la oficina y le sirvió la comida? ¿Tardó mucho en marcharse?

—No. Tenía prisa y se fue enseguida.

—¿Cuánto tiempo transcurrió entre su llegada a casa y el momento en que volvió a marcharse? ¿Diez minutos? ¿Quince quizá?

—Aproximadamente eso. ¿Por qué lo pregunta?

Guy no contestó a esto. Se despidió de la señora Cameron y salió de la casa cerrando la puerta.

Cuando atravesaba el descuidado jardín se encontró con la señora Branding que llegaba. Por lo que Guy vendría a saber después, la señora Cameron dependía en las horas que su hijo estaba fuera de la conmisericordia simpatía de sus vecinas.

Una docena de personas pasaban a distintas horas por la casa de los Cameron para preguntar a la inválida si necesitaba alguna cosa. Le recogían los objetos caídos al suelo, le arreglaban las ropas de la cama y las almohadas, le preparaban una taza de café, le alcanzaban un libro o se sentaban a charlar un rato con ella.

Algunas almas compasivas le traían cajas de bombones. Las amas de casa se acordaban de la señora Cameron si sacaban del horno unos pasteles, o una tarta de manzana o un guiso especial. Y

hasta los cazadores, al regresar de sus excursiones cinegéticas los fines de semana, le traían el presente de alguna perdiz o un faisán.

—Hola, señora Branding —saludó Guy cortésmente—. Precisamente iba hacia su casa. ¿Está su marido allí?

—No, «sheriff». Branding salió después que estuvo a visitarnos el sargento Hooker. La idea de que Cameron pudiera haber sufrido un accidente no se nos ocurrió hasta después que hablamos con el sargento. Entonces Branding ensilló la yegua y salió para recorrer el sendero en busca de Ben Cameron.

Branding era un nombre de unos cincuenta años. Minero durante muchos años, había empezado a cobrar su pensión de retiro a los cuarenta y cinco, después de contraer la silicosis. Branding, que era un apasionado del Oeste, escribía novelas de «cow-boys» de tipo popular, que vendía bien y le ayudaban a pasar un retiro tranquilo y feliz. Tenía dos caballos de silla y gustaba de frecuentar los bares donde se reunían los vaqueros de la comarca.

—Dígame una cosa, señora Branding, Habiéndose llevado Cameron uno de sus caballos a las cinco y media de la tarde de ayer, ¿no extrañaron su tardanza en volver hasta esta mañana a las once?

—Acabábamos de descubrir que el caballo no había vuelto a la cuadra, cuando llegó el sargento. Ayer tarde, después que Cameron se llevó el caballo, corrió la voz de haberse producido un incendio forestal en las Pine Mountains. Branding pensó que nuestro deber cívico nos obligaba a ayudar en la extinción del incendio. Así que tomamos una pala y un hacha, sacamos el automóvil y nos fuimos para las Pine Mountains. Fuimos de los últimos en regresar. No llevábamos ni diez minutos en casa cuando vino a visitarnos el sargento Hooker.

—Y entonces descubrieron que el caballo no estaba en la cuadra.

—Sí, exactamente así fue como ocurrió.

—Gracias, señora Branding, eso era todo.

Guy se tocó el ala del sombrero con los dedos y salió a la calle. Montó a caballo, y saludando de nuevo a la señora Branding, que le contemplaba desde la puerta de la casa, puso su montura al trote en dirección a la carretera.

Dando la vuelta por detrás de los muelles de mineral de la estación, donde los grandes «dumpings» de la compañía Dating

vertían el mineral de cobre, Guy abandonó el final del camino asfaltado tomando por una senda polvorienta y poco frecuentada en dirección a las montañas que se elevaban imponentes a corta distancia.

El camino que Guy recorría ahora era el más corto entre Hole Copper y Emporia. En tiempos pasados, antes de producirse la revolución industrial de los Estados Unidos, este sendero era utilizado por largas recuas de mulas que desde la mina, a través de «Mule Pass», transportaban el mineral de cobre a la estación del ferrocarril.

Después de las reatas de mulas, un sistema de vagonetas que se deslizaban a lo largo de un cable de acero sostenido por fuertes torres remplazó al primitivo transporte a lomos de caballerías. El viejo sendero siguió utilizándose por los mineros que bajaban a pie hasta Emporia, para emborracharse en el «saloon» los sábados por las noches.

Más tarde vino la mecanización del transporte, la transformación de los viejos caminos en autopistas, el desarrollo de la industria en todos sus ámbitos. El mercado solicitaba en mayor cantidad el mineral de cobre y el sistema de vagonetas funiculares; aunque representaba un adelanto con respecto a las reatas de mulas, se declaró anticuado e insuficiente.

Los camiones remplazaron al funicular, más mineros llegaron a la región y Emporia inició un veloz crecimiento.

En la actualidad, los mastodónticos «dumpings» de la flota de camiones de la «Copper Dating Co» cargaban de una sola vez veinte toneladas de mineral, bajaban las retorcidas cuestas desde «Mule Pass» e iban a vaciar su carga de una trompada en las tolvas del muelle del ferrocarril. Los mineros todavía bajaban a la ciudad en los fines de semana, pero ya no utilizaban el viejo camino de mulas.

Ahora, cada uno tenía su propio automóvil. La mayoría vivían en la ciudad y hacían cada día las dieciséis millas desde Emporia a las minas para ganar un fabuloso jornal.

Trepando por el empinado sendero, Guy Fletcher iba dejando atrás y abajo la estación con su continuo movimiento de trenes arrastrando vagones de mineral. Los primitivos habitantes de Emporia habían despoblado de árboles los montes más cercanos, y la erosión había clavado su dentellada en la ladera de la montaña

arrastrando tierras y cascotes hacia el fondo del valle.

El sendero no era peligroso en general, excepto en una parte intermedia de él. Esto ocurría cuando la senda, excavada en la roca de la montaña, serpenteaba bordeando un largo y profundo barranco.

Por arriba de este tramo de la senda, jóvenes pinos habían rellenado el hueco que dejaron otros árboles más antiguos talados por los habitantes del valle. Aquí, de trecho en trecho y siempre que las condiciones del terreno lo habían permitido, existían a modo de unas plazoletas donde las recuas ascendentes se apartaban para dejar paso a las que descendían por el angosto camino.

Cuando Guy entraba en la parte más angosta y peligrosa de la vieja senda, pudo ver una bandada de buitres planeando por encima del barranco.

Guy interpretó la presencia de estos bichos como señal de mal agüero.

Muchos años hacía que no venía por este olvidado sendero, mas ahora que podía comprobar su mal estado no hubiera extrañado encontrar a Cameron destrozado en el fondo del barranco. Casi lo esperaba.

El sendero se retorció siguiendo el contorno de la ladera de la montaña. En algunas partes el irregular borde del camino se había hundido, haciendo aún más angosto el paso. En otras, las piedras y la tierra arrastradas por la lluvia habían provocado a modo de pequeños aludes que hacían comprometido el tránsito por la senda.

Al trasponer una de las curvas del camino, Guy vio enfrente a un hombre que estaba de pie en la senda mirando hacia abajo con unos prismáticos.

Era Branding. Cerca de él estaba su caballo atado al tronco de un joven pino, en un entrante del camino.

Branding apartó los prismáticos al escuchar el ruido de las herraduras contra la peña, miró a Cuy y le hizo desesperadas señas. Antes que Guy hubiera llegado donde estaba el escritor, este gritó señalando al fondo del barranco:

—¡Está ahí abajo, «sheriff»!

Guy detuvo su caballo junto al de Branding, lo ató al mismo árbol y se acercó al borde del barranco.

—¿Qué es lo que ha visto? ¿Es Cameron? —preguntó.

—No, al muchacho no he logrado verlo. Pero el caballo está allí abajo. Tome los prismáticos.

Guy tomó los binóculos y se acercó al borde del barranco. El escritor le señaló con el brazo. Guy asestó los prismáticos en aquella dirección. Entonces vio el cadáver del caballo sobre las rocas del fondo. Exploró con la vista los alrededores, pero no pudo hallar rastros de Cameron.

—Yo he pensado que pudo caer entre aquellos zarzales de allí abajo —dijo Branding—. El precipicio no está aquí cortado completamente a pico. Cameron pudo rebotar en la pared de roca y salir lanzado a mayor distancia que el caballo.

Guy miró abajo hacia el abombado saliente de la pared de roca y convino con Branding en que esto era posible.

—Voy a buscar un lugar accesible por donde bajar al barranco.

—Bueno, yo le acompaño —dijo Branding dirigiéndose también hacia su caballo.

Montaron y volvieron atrás por el camino que habían recorrido para llegar hasta allí. Una milla más abajo dejaron los caballos para descender hasta el fondo del barranco. Por este, saltando entre las rocas y abriéndose paso entre zarzales y matorrales, avanzaron penosamente en mitad de un calor bochornoso hasta el lugar donde cayó el caballo.

Eran las tres de la tarde.

Aunque era autor de numerosas novelas en donde los pieles rojas escalpaban a sus víctimas y daban tortura a sus prisioneros, y en donde los disparos del «Colt» del héroe provocaban una hecatombe de muertos, Branding rehusó acercarse a los zarzales donde suponían estaba el cadáver de Cameron.

—Esto es demasiado fuerte para mí. No podría resistirlo —dijo el minero-escritor.

Armado de un largo palo, Guy empezó a remover la maleza con esa vaga aprensión de quien espera descubrir de un momento a otro algo desagradable. Pero por más que buscó no pudo encontrar ni rastros del supuesto cadáver.

Siguió buscando en otros zarzales más alejados, aunque pensaba que era imposible que Cameron hubiese ido a caer tan lejos del caballo.

—«Sheriff», ¿quiere venir aquí? —le llamó Branding.

Guy se acercó donde Branding estaba junto al cadáver del caballo.

—Vea esto. A «Chum» lo mataron de un balazo en la cabeza.

—¿Cómo dice? —exclamó Guy sorprendido.

Se inclinó mirando donde Branding le señalaba con el dedo. El caballo debió caer de espaldas y tenía el espinazo roto, además de buen número de contusiones, pero el agujero de la bala era perfectamente visible en mitad de la blanca mancha que el animal tenía en la frente.

—¡Muerto de un disparo! —murmuró Guy, atónito.

Se alejó hasta la sombra del paredón y se dejó caer sentado en una roca sacándose el sombrero. Branding le siguió hasta allí. Parecía nervioso y disgustado.

—¿Qué piensa usted de todo esto, «sheriff»?

—Pienso que el sargento Hooker tenía razón después de todo. Cameron debió estar de acuerdo con los tipos que asaltaron la camioneta. Le tomó a usted prestado el caballo, y luego se desembarazó del animal pegándole un tiro en la cabeza y arrojándolo por el barranco.

—¿Pero por qué tenía que matar a mi caballo? —gimió Branding desesperado—. Él quería al animal. Por lo menos lo demostraba.

—No sé qué responderle a eso, Branding. Tal vez Cameron pensó que así nos distraería más tiempo mientras le buscábamos por el fondo del barranco. Si el caballo hubiera regresado solo a la cuadra, entonces habríamos asociado muy pronto su desaparición con el robo del dinero. Tuvo que ser eso, no hay otra explicación posible.

Branding, abatido, guardó silencio. Luego exclamó en súbito arranque de furia:

—¡Hacerme eso a mí! ¡Y yo que le tenía por tan buen muchacho!

—Vámonos, Branding —dijo Guy poniéndose en pie—. Tenemos que regresar.

## CAPÍTULO VI

Después de pasear nerviosamente arriba y abajo de la oficina, Guy Fletcher se detuvo ante el sargento Hooker y exclamó:

—¡Pues a pesar de todo no lo veo claro, Jim! Suponiendo que Cameron hubiese dejado volver al caballo a la cuadra...

—El caballo hubiese regresado demasiado pronto, y Cameron necesitaba unas horas de tiempo para salir del Estado y escapar con el dinero. Piensa que Cameron no tenía idea de que hubiese estallado un incendio forestal ni que los Branding fuesen a acudir a sofocar el fuego. El muchacho pensó que si dejaba volver al caballo, los Branding se alarmarían y empezaría demasiado pronto su búsqueda. En cambio, precipitando el caballo al barranco, Cameron se aseguraba un margen bastante amplio de tiempo. Hasta después de la medianoche, los Branding no habrían comenzado a sentirse intranquilos. Entre las dudas, avisar a la policía y comenzar la búsqueda, probablemente habría amanecido antes que descubriéramos al caballo en el fondo del barranco.

Guy Fletcher abrió los brazos en ademán de impotencia.

—Está bien, me rindo ante las evidencias. Cameron preparó su plan como dices. ¿De qué medios se valió para escapar y salir del Estado? La camioneta fue asaltada alrededor de las cinco y media. Cameron salió de la oficina a las cinco. Invirtió diez minutos en llegar a su casa; quince para entrar, servirle la comida a su madre y decirle que iba a Hole Copper con un encargo. Gastó por lo menos otros diez minutos en saludar a los Branding, ensillar el caballo, sacarlo de la cuadra y ponerse en marcha. Empleó entre media hora y treinta y cinco minutos en alcanzar el sendero en el punto por el cual precipitó al caballo en el barranco. Eran en ese momento las seis y diez minutos de la tarde. A la misma hora, varios testigos veían al auto gris retroceder y dar la vuelta en el kilómetro ochenta de la carretera de Prescott. Por consiguiente, Cameron no pudo escapar en el mismo auto que los bandidos...

—Escaparía en otro auto tal vez.

—¿Con cuál? —protestó Guy—. Eso supondría el empleo de dos

autos distintos para la ejecución del asalto. Uno que huyó por la carrera hacia Prescott, y otro que se puso en marcha una hora más tarde en dirección a Flagstaff.

—Bien, ¿y por qué no? —repuso Hooker—. Una cosa sabemos como cierta; Cameron huyó. Luego si escapó, tuvo que tener una razón para hacerlo. La razón era que estaba comprometido por su complicidad en el asalto.

—Eso es lo que tú dices. ¿Quieres saber mi opinión? Cameron obró tontamente dándose a la fuga. El atraco había resultado bien según sus planes. Y a menos que cogiéramos a los bandidos y les hiciéramos declarar, él no corría ningún peligro. Pudo haberse quedado tranquilamente en casa desempeñando su papel de hijo cariñoso y abnegado, cuidando de su madre enferma mientras nosotros nos rompíamos los cascos tratando de encontrar a los culpables. Si no temía que se descubriera su participación en el asalto, entonces no debió huir.

—Pero huyó. Cameron era un cobarde en el fondo. Temía que sus cómplices fueran al fin atrapados y se curó en salud poniendo pies en polvorosa. Además, olvidas una cosa importante. Cameron tenía que recoger su parte correspondiente del botín. Apuesto a que convino con sus amigos en que estos dejarían parte del dinero en algún lugar determinado. Tal vez con el dinero le esperara uno de los cómplices en otro auto, escondido en alguna trocha forestal cerca del camino. Pero aun si no existió ese segundo auto, Cameron pudo encontrar algún otro medio de huir.

—En un tren de mineral tal vez.

—Sí. ¿Por qué no? Tu teoría es que Cameron mató al caballo de un tiro cuando ascendía por el sendero. ¿Por qué en ese momento? También pudo utilizar el caballo para ascender hasta la carretera, coger el dinero del escondite y volver por la senda. En el camino de regreso se desembarazó del caballo precipitándolo al barranco. Luego siguió a pie hasta la estación. Para entonces ya había anochecido. Se escondió en un vagón de mineral y viajó durante toda la noche en tren poniéndose a salvo fuera del Estado.

Guy guardó silencio reflexionando. Finalmente exhaló un suspiro y exclamó:

—Eso es lo que le pasa a uno por meterse a discutir contigo. Siempre encuentras mil modos distintos de rebatir una opinión.

—¿Es que en tu opinión Cameron no participó en el atraco?

—Sobre ese punto ya me convenciste —murmuró Guy mortificado en su fuero interno—. Evidentemente, Cameron tuvo parte en el asunto.

—Llevar dinero robado de un Estado a otro es un delito penado por las leyes federales —observó Hooker de pronto—. Podemos atrapar a Cameron dondequiera que este haya huido. Voy a enviar su descripción a la Oficina Federal de Investigación.

—Buena suerte —rezongó Guy, tomando su sombrero—. Por mi parte acabo de recordar que llevo dos días sin dormir. Voy a comer cualquier cosa y me acuesto. Me siento incapaz de coordinar una sola idea.

Guy lo hizo como se proponía. Comió cualquier cosa en el restaurante de Hemen y se retiró temprano a dormir.

A la mañana siguiente, domingo se sentía descansado y con la cabeza despejada. Se bañó, se afeitó y se puso su uniforme más nuevo. Luego se dio lustre a las polainas y salió.

Emporia, en una mañana de domingo, parecía una ciudad aletargada bajo el metálico cielo y el amarillo sol de Arizona. En Madison Avenue, las tiendas y oficinas mostraban sus puertas cerradas. La inmensa mayoría de los vecinos habían salido la noche anterior o aquella mañana temprano con sus familias, bien para pescar en los arroyos de montaña, cazar o buscar un alivio al caluroso domingo en las frescas aguas de Mormon Lake, o los lagos artificiales formados por las aguas represadas de Roosevelt Dam y Pleasant Dam.

En la ciudad, solamente los «saloons» y boleras registraban un movimiento regular, a cargo de los jóvenes vaqueros llegados la tarde anterior de los ranchos de la comarca.

Al salir de su departamento, Guy Fletcher se encaminó directamente al Cuartel de Policía, comprando por el camino las ediciones extraordinarias del domingo de los periódicos de Phoenix y Prescott. Los periodistas no habían llegado a tiempo de informar en las ediciones de la mañana del sábado, pero todas las del domingo traían en grandes caracteres, en primera plana, llamativos titulares sobre el asalto a la camioneta blindada y el robo de 57.000 dólares de la nómina de la «Copper Dating Co».

En segundo plano en interés, otros titulares decían:

«Los asesinos, perseguidos por el joven y tenaz «sheriff» de Emporia, fueron muertos a las pocas horas de cometido el crimen.»

Un retrato del propio Guy aparecía en la primera plana, atractivo y sonriente en su uniforme de policía rural.

En el vestíbulo, detrás del mostrador de recepción, el cabo Behan saludó alegremente sacudiendo aquel periódico.

—Hoy es usted el hombre del día en todo el país, «sheriff». Enhorabuena. Ha salido muy favorecido en este retrato. También en el relato de la captura me citan a mí.

—¿Sí? Enhorabuena —gruñó Guy, empujando la puerta de su oficina.

En el despacho abrió las ventanas, dispuso las persianas de forma que atenuaran la fuerte luz del sol y se puso cómodo para leer con interés la información de los periódicos. A todo el mundo le gusta que le citen los periódicos, sobre todo cuando es para alabar el trabajo y las aptitudes de uno.

Guy se encontraba todavía leyendo, las piernas sobre la mesa, cuando se abrió la puerta y entró el sargento Hooker. El sargento traía entre manos unas hojas de papel.

—¿Te contemplas en tu propio retrato, Fletcher? —gruñó Hooker, parándose ante la mesa—. Seguramente estás demasiado emocionado para sentir interés por la continuación de la historia.

—¿Qué historia? ¡Oh, bueno! Te refieres sin duda a las investigaciones que llevamos a cabo.

—Que estoy llevando a cabo, Guy —rebatió Hooker. Y dejó caer sobre la mesa las hojas de papel.

Guy no tuvo que preguntar para comprender que Hooker se sentía irritado. Humano al fin, Hooker no podía despojarse de su vanidad humana. Los periódicos daban mucha importancia a la emocionante persecución de los atracadores, pero solo dedicaban unas líneas al resto del caso. Hooker tenía motivos en cierto modo para sentirse postergado.

—¿Qué es esto? —preguntó Guy tomando los papeles.

—Lo recibimos por telegrama a últimas horas de ayer tarde. Son los informes de la policía sobre tus tres víctimas: George Ward, Victor Udall y Earle Edmund. Como podrás ver, los tres tenían antecedentes penales... Hay un hecho curioso, por cierto, y es que los tres son indistintamente conocidos en Seattle, San Francisco y

Los Ángeles.

—Quieres decir que todos los tres habían operado en esas ciudades. ¿Juntos?

—No. O al menos nunca se les cogió juntos. Sin embargo es evidente que se conocían. Los tres estuvieron en la misma fecha en un batallón de castigo en Seúl, Corea. ¿Te dice esto algo?

—Nada, excepto que eran viejos compinches desde la guerra de Corea y parece que se reunían a veces para recordar tiempos pasados. Se visitaban unos a otros y aprovechaban el tiempo realizando algunas fechorías en la ciudad del amigo.

—Los elogios que los periódicos publican de ti te han puesto de muy buen humor esta mañana. O tal vez no sepas que Cameron estuvo también en Corea.

—¡Oh, sí! Cameron fue soldado en Corea. ¿Supones que Cameron conoció a Ward, a Udall y a Edmund en el batallón de castigo?

—En ese batallón o en otra unidad, da lo mismo. Estoy seguro de que la historia de Cameron se cruza en Corea con la de alguno de estos nombres: Earle Edmund, o Victor Udall o George Ward. Pediré informes de todos ellos al Pentágono, rogando nos especifiquen la unidad donde prestaron servicio en cada fecha.

—Es una gran idea. Seguramente a mí no se me habría ocurrido.

—¿Te estás burlando de mí, Fletcher? —gruñó Hooker mirándole amenazador.

—No. ¡Dios mío! Te encuentro muy susceptible esta mañana, Jim. Y no es porque los periódicos elogian mi labor, claro. Tú eres un policía entero, un hombre de auténtica valía en quien no pueden hacer mella el despecho, la envidia ni todas esas pequeñas miserias humanas.

—¡Escucha, Fletcher! —rugió Hooker, descargando un puñetazo sobre la mesa—. Quedamos en que trabajaríamos juntos en este asunto. ¿No fue así? Juntos quiere decir compartir las ideas de cada uno, el triunfo si lo hay, o el fracaso si fracasamos. Si no va a ser así, mejor que lo digas ahora y que cada uno disfrute de sus propios éxitos y pague las consecuencias de sus errores.

—¿Pero a qué viene eso, Jim? —protestó Guy, haciéndose el inocente—. De veras que no te comprendo.

El acento ligeramente irónico de Guy, verdadero o imaginado,

pareció enfurecer todavía más al sargento.

—Demasiado me comprendes, Fletcher. Pero ya que insistes en estar en la luna, vamos a hacer una cosa. Cada uno hará sus propias averiguaciones y sus deducciones, y al final será la gloria para quien la haya merecido. ¡Y que tengas mucha suerte! —rugió.

—¡Jim! —llamó Guy.

Pero el enfurecido Hooker no quiso escucharle y salió pegando un portazo.

Guy se encogió de hombros. No tenía por rencoroso a Hooker y esperaba que a este le pasaría pronto el enfado. Mas si insistía en que cada uno llevara su parte, tanto peor para él. Hooker era indudablemente un buen policía; paciente, minucioso y tenaz. Su único defecto era quizá su falta de imaginación.

Hooker había demostrado su eficiencia aplicando a los casos en que intervino la teoría de que cada crimen o delito era repetición de otros que ya se habían cometido con anterioridad en otro lugar distinto.

Creía que con poca variación las experiencias obtenidas por otros en la resolución de un caso podían aplicarse a otro caso de características parecidas y dar el resultado apetecible, infaliblemente y sin pérdida de tiempo.

Esto equivalía a asegurar que, a iguales circunstancias, todos los delincuentes reaccionaban de la misma forma.

Guy Fletcher, por el contrario, creía que cada hombre o mujer era distinto en sí del resto de los hombres y mujeres del mundo. Concretamente, en el caso de la camioneta asaltada, pensaba que existían indicios que demostraban que se puso en juego una extraordinaria imaginación.

Imaginativo a su vez, Guy rechazaba por principio el camino trillado del que tanto gustaba Hooker y se daba a pensar en las más absurdas fantasías. Hooker, que era profundamente observador y conocía su carácter, casi le había desafiado a resolver el caso sin su ayuda. Sin embargo, Guy estaba seguro de que Hooker estaba equivocado en algo sustancial: en Ben Cameron.

A Hooker le bastaba la desaparición de Cameron para afirmarse en sus sospechas de que Cameron era culpable. Esto era lo que Guy llamaría echar por el camino fácil. Lo difícil era encontrar una razón por la que, pareciendo culpable, Cameron resultara en

realidad inocente. Era aquí donde había que poner a prueba la imaginación de cada uno, y Guy gustaba de esta clase de jeroglíficos de solución difícil y enrevesada.

Abandonando ahora su asiento, Guy se puso a pasear por la oficina examinando cada aspecto de la compleja cuestión. Descubrió que, casi desde el primer instante, Jim Hooker no había hecho otra cosa que rebatir sus argumentos para imponerle los suyos propios.

Había sido idea de Hooker la complicidad de Cameron en el asunto. De Hooker fue la idea de que Cameron utilizó el caballo para ir en busca del dinero escondido por los atracadores. Rebatíó la teoría sobre la hora en que Cameron precipitó al caballo por el barranco, y la retrasó hasta el momento en que Cameron descendía por el sendero, de regreso, después de tomar su parte del botín, para coger un tren y escapar. Hooker lo había acomodado todo a su personal y simplista teoría sobre el crimen. ¿No podía estar aquí el error?

Guy se detuvo ante el gran mapa del condado, que ocupaba buena parte del muro ante la ventana. La ciudad, la estación del ferrocarril y la vía férrea, las carreteras principales, los caminos, las trochas y senderos, las minas y los ranchos de los alrededores, cotas de nivel, bosques, montañas, arroyos y barrancos... todo estaba minuciosamente detallado en el mapa.

Era un plano tan completo que, con un simple compás y ateniéndose a la escala a que estaba levantado, se podían calcular detalles tan preciosos como el tiempo que Ben Cameron invirtió en recorrer el sendero hasta «Mule Pass» y volver a bajar para lanzar su caballo al barranco y continuar a pie hasta la estación.

Tomando un compás, papel y lápiz de su mesa, Guy se acercó al mapa para realizar este cálculo, midiendo cada yarda del sendero con el compás.

Al llegar la punta del compás al lugar donde Cameron mató al caballo, Guy descubrió muy cerca una anotación recientemente añadida al mapa con tinta que no era la de la impresión original.

En efecto, muchas de estas anotaciones se habían efectuado a mano sobre el mapa, al abrirse nuevos caminos y construirse nuevos ranchos de recreo. La anotación que Guy descubrió correspondía a una mina de uranio, «La Vulcano», cuya denuncia había suscitado bastante expectación un año atrás.

La mina estaba solamente doscientos metros en línea recta del sendero, aunque estaba situado a bastante más altura. Este fue un descubrimiento sorprendente, porque sin la ayuda del mapa Guy habría jurado que la mina de uranio quedaba una milla más lejos del viejo camino de mulas.

Lo que inducía a error era el hecho de que para llegar a la mina por el sendero había que ascender por este hasta la carretera de Prescott, continuar por la carretera un buen trecho, tomar el nuevo camino y marchar por este un par de millas hasta la mina. Todo esto, sin duda, había desorientado a Guy la única vez que estuvo en «La Vulcano», recién denunciada la prospección.

El denunciante había sido un tal Stephen López, un mestizo de Emporia que siempre andaba por las tabernas mezclado con gente sospechosa y al cual se le había probado, por lo menos dos veces, que había robado ganado.

Los hábitos de López parecían haber cambiado desde que descubrió la mina de uranio. Ahora trabajaba de firme, obtenía beneficios y se notaba en él cierto rápido ascenso hacia la prosperidad.

Guy pensó que, ya que «La Vulcano» estaba tan cerca del sendero, era más que probable que López, o alguno de sus trabajadores, hubiesen escuchado el disparo de Cameron al matar el caballo. Esto podría poner fin a las dudas de Guy sobre si Cameron mató al caballo cuando ascendía por el sendero, o cuando descendía de nuevo camino de la estación.

Diez minutos más tarde, Guy Fletcher iba conduciendo uno de los autos de la policía por la carretera que ascendía, describiendo cerradas curvas, hacia «Mule Pass».

Al llegar a lo alto del puerto encontró el camino abierto recientemente. Los camiones que sacaban el mineral de la mina habían formado una espesa capa de polvo. El camino descendía retorciéndose entre grandes peñascos y algún que otro pino piñonero. Poco después Guy divisaba la mina.

La mina era una excavación a cielo abierto. Una pala cargadora mecánica, un compresor, martillos neumáticos y alguna otra herramienta estaba esparcida por allí. También se veía una camioneta moderna al pie de un alto pino, junto a una tosca cabaña de troncos.

Al sonido del claxon de Guy, un hombre alto, fornido y sin más ropa que unos pantalones cortos, salió de la cabaña y quedóse mirando al automóvil.

—Hola, Stephen —saludó Guy al apearse del coche—. Muy quieto está esto.



—Hola, Stephen. Muy quieto está esto...

—No trabajamos los domingos —repuso el mestizo secamente.

—Bueno, el «sheriff» tampoco trabaja los domingos, a menos que le den trabajo los que no trabajan —Guy se detuvo, a examinar su propio juego de palabras. Se echó a reír—: Esta no va contigo,

López. Por lo que veo, trabajas los festivos también.

—El compresor se descompuso ayer y he aprovechado la mañana para repararlo.

—¿No bajas a la ciudad a echar una cerveza con los amigos?

—Hace mucho calor allá abajo. Tal vez esta tarde.

—Muy bien, Stephen. No voy a entretenerte mucho, solo quiero hacerte una pregunta. Esta mina queda muy cerca de la vieja senda de mulas. No me había dado cuenta hasta, que lo vi en un mapa.

—Sí, la senda queda allá abajo —señaló López, extendiendo su musculoso brazo—. ¿Por qué?

—Te supongo enterado de todo lo que se refiere al asalto de la camioneta, que tuvo lugar el viernes por la tarde. Estamos investigando los movimientos de Cameron, el cajero del banco a quien suponemos complicado. Dime, Stephen. Esa misma tarde, y sobre las seis y media, ¿no escuchaste ningún disparo aquí cerca, en el sendero?

—¿El viernes por la tarde, a las seis y media? —López se quedó pensando—. Sí, ahora que usted lo dice. Oí el disparo. Los muchachos hacía un rato que se marcharon. Estaba anocheciendo.

—¿Entonces oíste el tiro? ¿Seguro, Stephen?

—Sí, seguro... Me chocó porque era demasiado tarde para que alguien fuese cazando por ahí.

—Gracias, eso era todo —dijo Guy dirigiéndose hacia su automóvil.

—¿No quiere entrar a tomar un «whisky», «sheriff»?

—No, te lo agradezco. Buenos días, Stephen.

Guy volvió a su automóvil, maniobró en la explanada donde lo hacían los camiones y se despidió de López con un último ademán.

Mientras recorría el polvoriento y accidentado camino hasta la carretera, pensaba que iba a dar materia a Hooker para romperse la cabeza buscando una explicación al hecho.

Ben Cameron había matado al caballo cuando ascendía por el sendero, hacia la mitad de este. Esto, según la teoría de Hooker, era un absurdo. Al desembarazarse así del caballo, Cameron tuvo que continuar a pie hasta el lugar donde posiblemente sus cómplices le habían dejado su parte del dinero. Luego, siempre andando, volvería a bajar hasta la estación. ¿Por qué no utilizó el caballo para recorrer el resto de la senda y volver atrás parte del camino?

## CAPÍTULO VII

Al salir del bosque y doblar una curva apareció, a los ojos de Guy, la impresionante depresión de «Hole Copper». Oficialmente registrada con el nombre de «La Encantada», la mina era más conocida en la región por «Hole Copper», con cuya denominación figuraba en los nuevos mapas.

Desde 1398, las recuas de mulas primero, las vagonetas suspendidas de un cable después, y finalmente, los grandes camiones de volteo, habían estado sacando un año y otro miles de toneladas de mineral de cobre hasta practicar un enorme agujero a cielo abierto. Esto era «Hole Copper», un gigantesco cráter artificial, de paredes rojas, en cuyo fondo brillaban las aguas de un lago.

En el borde de la sima estaba el campamento; una torre de ladrillo con la planta eléctrica, un amplio y moderno pabellón para las oficinas, dos grandes depósitos de acero para el «fuel-oil» y las barracas de madera de los mineros.

El campamento parecía semidesierto y tranquilo. En el jardincillo que rodeaba una de las casas de madera de los ingenieros, un hombre de torso desnudo, en «short» y sombrero de paja, manejaba una manguera regando un retazo de césped. Un grupo de niños gritaban jugando un partido de béisbol en una explanada a cierta distancia. En una hamaca de malla, entre dos pinos piñoneros, una joven ama de casa, en traje de baño, leía un libro y escuchaba una radio de transistores que estaba sobre una mesa junto con una botella de «whisky», un vaso y un sifón.

Enfilando su automóvil por una de las calles sombreadas de pinos, Guy fue a detenerse ante un barracón. Al ruido de la portezuela del coche al cerrarse, se abrió la contrapuerta de tela mosquitera y asomó una muchacha que vestía «short» y una camisa masculina anudada delante.

Era Blanca Hassler. Sus esbeltas y bien torneadas piernas casi arrebataron el aliento a Guy, lo cual era fácil en la atmósfera pesada y caliginosa del campamento.

—¡Ah, es usted! —murmuró la chica. Y se apartó para ceder el

paso al joven «sheriff».

Guy entró en la casa y echó su sombrero sobre la mesa.

—Temo haberla defraudado —dijo Guy, volviéndose hacia la muchacha que le observaba—. ¿Esperaba usted a alguna otra persona?

—Solo a mis hermanos.

—¿No están ellos aquí? —la mirada de Guy, como obsesionada, no podía apartarse de las bonitas piernas de la chica.

Ella siguió hablando mientras iba hacia una de las habitaciones, metía la mano en busca de una percha y sacaba una falda abierta, que ajustó a sus caderas y abotonó ante la mirada decepcionada de Guy.

—Fred y Harry fueron a la ciudad a arreglar algunos asuntos concernientes al entierro de papá y la lápida que vamos a colocar sobre su tumba.

—Siento no haber podido asistir ayer al entierro.

—Está usted disculpado.

El acento de la muchacha era más bien seco y Guy no pudo dejar de advertirlo. Le intrigaba el antagonismo de ella. Guy creía haberse comportado correctamente en cada una de las raras ocasiones que hablaron.

—¿Puedo sentarme?

Blanca le señaló una mecedora.

—¿Quiere tomar algo? ¿Un «whisky» con soda quizá?

—Bueno, si es con hielo.

Mientras la chica entraba en la diminuta cocina, Guy miraba complacido alrededor. Las persianas y la tela mosquitera de las ventanas atenuaban la cruda luz del exterior sin entorpecer la entrada del aire. Se estaba bien allí. El barracón de los Hassler no era diferente de los demás, pero en él se respiraba un auténtico aire de hogar. Los muebles, aunque antiguos, eran sólidos y llenaban las exigencias de la comodidad. Todo estaba limpio y en orden.

Blanca Hassler regresó con un vaso lleno de cubitos de hielo, otro vaso más pequeño y una botella sobre una bandeja.

—Gracias, estoy achicharrado de calor. Este condenado asunto podía haber esperado un poco hasta el otoño o el invierno...

Guy se interrumpió. Miró a la joven y comprendió que había incurrido en una falta de delicadeza. Se corrigió:

—Bueno, lo mejor hubiera sido que no empezara nunca.

En el embarazado silencio que siguió se escuchó solo el tintineo de los cubitos de hielo al caer en el vaso de Guy. Este vertió un dedo de «whisky» en el vaso pequeño y se retrepó en la mecedora para esperar a que el hielo se diluyera. Miró abiertamente a la chica.

—¿Por qué no me pregunta si hemos cogido a Cameron? —preguntó de sopetón.

El bello rostro de Blanca Hassler no expresó lo que Guy esperaba.

—¿Le han cogido? —preguntó.

—No.

La chica guardó silencio mirando al suelo. De pronto, levantando la barbilla y clavando en el rostro de Guy sus bellas pupilas, exclamó:

—¡Cameron no robó el dinero!

—¡Ah! ¿No? ¿Cómo lo sabe? —interrogó Guy.

—No lo sé. Quiero decir que no puedo creer que él estuviera en complicidad con los bandidos.

—¿Eran ustedes novios?

—¡Oh, no!

—Sin embargo, se veían con frecuencia. Cameron estuvo a verla al menos una vez por semana en todo este pasado mes.

—Bueno, sí —murmuró la muchacha—. Pero yo no se lo pedí.

—Cameron le había hablado a su madre acerca de usted. La señora Cameron sabía que su hijo estaba enamorado. También sabía que sus hermanos de usted habían amenazado a su hijo y le habían aconsejado que desistiera de hacerse toda ilusión respecto a usted.

—Fue una estúpida y estéril intromisión de mis hermanos en un asunto que no les competía. Cameron venía a verme, salíamos a pasear juntos y hablábamos, pero nunca me dijo que me quisiera ni que deseaba que yo fuera su novia.

—Supongo que se notaría, aunque nada le dijera. ¿O quiere hacerme creer que usted no se daba cuenta de que estaba enamorado?

—Sí, yo me daba cuenta. Sabía que más pronto o más tarde él se declararía, y que cuando lo hiciera tendría que desilusionarle.

—¿Porque no era un novio al gusto de sus hermanos?

—Oh, espere! ¿Qué se figura usted? ¿Cree que si me hubiera gustado a mí me hubiera importado que no les gustara a ellos?

—No es la primera vez que sus hermanos le espantan a un novio, por lo que he oído decir.

—Eso solo demuestra que el presunto novio no me interesaba a mí. Usted ya conoce a mis hermanos...

—¡Oh, sí!

—No son malos muchachos, aunque se excedan en su rudeza algunas veces. Yo soy para ellos la niña de sus ojos, ¿comprende? No hay en esa actitud suya ninguna mala intención, sino solamente un esforzado y pueril deseo de conseguir lo mejor para mí. Respecto a Cameron, yo no le quería. Era un hombre culto simpático, y me inspiraba compasión por su timidez y por la resignación con que aceptaba su papel de hijo abnegado. Después que Fred y Harry le despidieron brutalmente, yo me sentí obligada a reparar la falta de ellos en lo posible. Cameron era un hombre lleno de complejos. Se creía el ser mas desdichado del mundo, alguien a quien todos despreciaban y trataban como a un perro. Yo tenía que hacerle comprender que si le rechazaba no se debía a que me pareciese ni pobre ni indigno, sino simplemente a que no le amaba, aunque le apreciaba como amigo.

—¿Pero usted no le había dicho todavía eso el viernes, cuando asaltaron la camioneta y asesinaron a su padre de usted?

—No, naturalmente que no.

Guy Fletcher se puso en pie estirando sus 1,90 de estatura.

—Me alegro mucho de saberlo —aseguró—. A mí también me caía simpático ese Cameron por todo lo que estaba haciendo por su madre enferma. Después de saber que Harry y Fred le maltrataren se me había ocurrido que en determinada depresión de ánimo, un hombre como Cameron podía preparar una venganza cruel, a base de hacer que asesinaran al viejo Hassler y robar el dinero de la nómina que este llevaba a la mira. Así, no solo los Hassler habrían sido castigados, sino que el propio Cameron, es decir, el hombre despreciado por pobre e insignificante, se alzaría con una pequeña fortuna, logrando dos objetivos de un solo golpe.

—¡Oh, no debe pensar eso de Cameron! —exclamó Blanca Hassler con calor—. Él no habría sido capaz de hacer una cosa así. Además, él y papá eran muy amigos. Mi padre no habría visto con

malos ojos que yo me casara con Cameron, y no se ocultaba de demostrarlo.

—Su padre era una buena persona, señorita Hassler.

—Sí, lo era —murmuró la chica. Y volvió la cabeza para ocultar dos lágrimas que temblaban en el extremo de sus largas y rizadas pestañas.

—En fin, no la entretengo más —dijo Guy alcanzando su sombrero y dirigiéndose a la puerta.

—¿No toma su «whisky»?

Guy se volvió a mirarla sonriendo.

—No, se lo agradezco de todos modos. Voy a conducir un automóvil por un camino peligroso. Buenos días, miss Hassler.

Ella estuvo mirándole desde la puerta del barracón mientras Guy tomaba el volante y ponía el auto en marcha.

Al arrancar el auto, y después mientras conducía trepando por la tortuosa carretera hacia «Mule Pass», Guy Fletcher ponía a trabajar su cerebro buscando la consecuencia a la instructiva conversación que acababa de sostener con Blanca Hassler.

Con enojosa frecuencia, la imagen de la muchacha, su bella figura y sus hermosos y limpios ojos, se atravesaban en el curso de sus reflexiones entorpeciendo el libre uso de sus facultades deductivas.

Blanca Hassler era una guapa chica y Guy sentía que como hombre no podía sustraerse a los mismos encantos que a tantos habían trastornado. La belleza de la muchacha era realmente fabulosa, algo digno de un hombre con suficientes millones para comprar y retener tal portento de mujer.

Pero lo más asombroso de todo, a juicio de Guy, era que aquella preciosa criatura guardase en su pecho un corazón capaz de sentir compasión y simpatía por un hombre como Cameron, incluso cuando la opinión pública se volvía unánimemente contra él.

—Sí, es una buena muchacha —se dijo Guy en voz alta mientras mantenía sus ojos vigilantes en la carretera.

Peco después, Guy salía a la carretera de Prescott, seguía subiendo y pasaba el puerto de «Mule Pass». Cuando el coche se enfilaba hacia las largas y peligrosas curvas que conducían hacia Emporia, al fondo del valle, Guy retuvo la marcha y empezó a buscar con los ojos hasta encontrar a mano izquierda una angosta

trocha.

Dobló bruscamente metiendo el coche en la trocha y echó el freno de mano.

Al saltar a tierra, Guy sacó las llaves de la cerradura de contacto, subió los cristales y cerró con llave. Luego echó a andar por la trocha adelante, hasta que abandonó esta y siguió a campo traviesa entre los jóvenes pinos plantados por el servicio de repoblación forestal.

Guy Fletcher estaba dispuesto a darse una caminata de varias horas, destrozando sus botas y las plantas de sus pies, solo para aclarar una torturante duda.

Había decidido ni más ni menos que volver al barranco donde Ben Cameron precipitó al caballo, e iba a principiar esta nueva y fatigosa exploración por donde comenzaba el barranco.

Si Guy hubiese estado seguro de encontrar lo que buscaba, entonces probablemente habría buscado a más gente o recabado la ayuda de la policía. En vez de esto optó por llevar a cabo la exploración solo y por su cuenta y riesgo.

El barranco comenzaba en una torrentera y esta se ensanchaba y ahondaba con rapidez para formar un «cañón» de elevadas paredes cortadas a pico.

Era mediodía y el sol de Arizona caía a plomo sobre aquella profunda grieta encajonada entre montañas. Ni un soplo de viento acudía a mitigar el espantoso calor de horno que irradiaba de las paredes de roca y el fondo pedregoso del torrente.

Mucho antes de llegar abajo, Guy ya estaba empapado de sudor.

La verdadera exploración no comenzó sin embargo hasta que al levantar la cabeza pudo ver el antiguo sendero suspendido en el borde del barranco. Guy se había provisto de un largo palo con el cual iba apartando los matorrales y las tupidas zarzas a todo lo largo del fondo del barranco, lo mismo si quedaban cerca o lejos del paredón por arriba del cual se deslizaba el sendero.

En una ocasión, una serpiente de cascabel surgió de entre los zarzales y se empinó balanceándose ante Guy, mientras con su cola producía aquel sonido característico que le daba nombre. Cuy saltó atrás y sacó su revólver.

Un certero balazo en la cabeza dejó tendida a la víbora sin vida.

Casi dos horas llevaba Guy en su infructuosa búsqueda,

progresando lentamente por el fondo del cañón, cuando descubrió algo que le hizo detenerse bruscamente.

Al pie de la pared de roca, las aguas torrenciales habían horadado una curva larga y baja en forma de nicho, la cual estaba tapada en parte por tres rocas de regular tamaño. Se echaba de ver enseguida que las rocas no estaban allí por casualidad.

Guy se acercó a la cueva, retiró una de las piedras y miró al interior.

Aunque estaba preparado para ello, no pudo evitar un respingo de sobresalto. Cierta olor a descomposición flotaba en la pesada y caldeada atmósfera del «cañón».

Lo que había dentro era sin duda el cadáver de Ben Cameron.

Guy se apartó de aquel lugar, se sentó a la sombra del paredón y fumó un cigarrillo mientras reflexionaba.

No estuvo mucho rato descansando. Antes que el cigarrillo se hubiera consumido hasta la mitad, arrojó el resto y se puso de nuevo en pie para emprender el regreso por donde había venido.

Dos horas invirtió en escalar el talud de rocas sueltas hasta la cima y regresar al lugar donde había dejado su automóvil. Eran las cuatro y treinta minutos de la tarde. El sol había recalentado la plancha del automóvil, convirtiendo el interior de este en un verdadero horno.

Poniendo el motor en marcha salió reculando por la trocha hasta la carretera, situando la trasera en dirección a Emporia y el capó enfilandó a «Mule Pass».

Remontando de nuevo la cuesta hasta el puerto, tomó la carretera de Hole Copper y pasó por el lugar donde dos días atrás fue asaltada la camioneta. Unos minutos después entraba en, el campamento y detenía el auto ante el barracón de los Hassler.

Antes de apearse abrió el estuche de los guantes y sacó un par de brillantes esposas que se echó en el bolsillo de atrás.

Saltó a tierra y entró en el barracón.

Fred Hassler dormitaba en la mecedora que Guy había ocupado en su visita de aquella mañana al barracón y abrió los ojos para mirar al «sheriff».

—¿Otra vez usted por aquí? —gruñó Fred—. ¿Qué demonios se trae entre manos?

—¿Dónde está su hermano, Fred? —preguntó Guy severamente.

Blanca Hassler asomó a la puerta de la cocina. Se había puesto un delantal y estaba mondando una patata con un cuchillo de cocina. La sorpresa de la muchacha al ver a Guy se expresó en la dilatación de sus bellas pupilas.

—¿Usted, «sheriff»? ¿Busca a Harry?

—Sí. ¿Dónde está?

—Se echó a descansar un rato

—Despiértele si está durmiendo.

Fred Hassler se puso en pie.

—¡Eh, oiga! ¿Qué significa esto? ¿Quién es usted para ordenar que nos levantemos o nos acostemos?

—Lo va a saber usted —repuso Guy con brusquedad. Se dirigió a una de las puertas que conducían a una de las habitaciones—. ¿Es aquí donde duerme su hermano?

Fred Hassler se abalanzó sobre Guy, exclamando:

—¡Maldita sea, no va a entrar usted ahí si antes...!

Guy se volvió de pronto, asestando un revés en la mejilla del muchacho cuando este se precipitaba sobre él. El golpe tiró a Fred a distancia contra la mesa del comedor. Guy entró en una pequeña habitación donde había una cama sencilla y una litera con dos camas.

Harry estaba echado en una de ellas y abrió sobresaltado los ojos al escuchar el chasquido de la persiana que arrojaba súbita luz al interior de la pequeña habitación.

—¿Eh? —exclamó.

El «clic» metálico de las esposas al cerrarse en torno a una de sus muñecas le espabiló del todo.

—¡Oiga! ¿Qué es esto? —chilló incorporándose en la cama.

Guy le sacó de un tirón de la cadena.

—Queda usted arrestado, Harry.

—¿Cómo?

Fred acababa de reaparecer en la puerta de la habitación y miró furioso a Guy.

—Usted debe haberse vuelto loco, amigo —chilló.

—Claro que estoy loco. Por eso le arresto a usted también. Andando, Harry. Salga si no quiere que le saque a rastras.

Chillando protestas y maldiciones, Harry fue arrastrado hasta el comedor.

—Traiga acá esa muñeca, Fred —conminó Guy severamente.

Blanca Hassler se interpuso entre su hermano y Guy.

—«Sheriff», usted no puede arrestar a mis hermanos sin un motivo. ¿De qué se les acusa esta vez? —protestó.

—Créame que no es por cualquier cosa, señorita Blanca. Acabo de encontrar el cadáver de Ben Cameron en el barranco, al pie del antiguo camino de acémilas.

—¡Dios mío! —exclamó roncamente la señorita Hassler, dejando caer el cuchillo que tenía en la mano.

—¿Cameron muerto, eh? —interrogó Fred—. ¿Y qué tenemos nosotros que ver con ello?

—Les detengo a ustedes dos bajo la acusación de haberle asesinado.

—¡Oh, no! —Fred Hassler se inclinó rápidamente para coger el cuchillo que su hermana había dejado caer.

Más rápido que el minero, Guy Fletcher levantó la rodilla y le aplicó un rodillazo en plena cara. Fred Hassler fue lanzado hacia atrás y al suelo de espaldas. Blanca dejó escapar un pequeño grito y Harry aprovechó el descuido de Guy para golpearle con el canto de la mano izquierda en el cuello.

Guy se tambaleó, pareciendo que iba a caer de bruces mientras Harry Hassler levantaba de nuevo el brazo para repetir el golpe.

El puño derecho del «sheriff» se hundió en el estómago de Harry. Este se dobló por la cintura a tiempo de recibir un terrible gancho del policía, que le tiró hacia atrás contra la pared.

Un tirón de Guy hizo caer a Harry de rodillas. Rápidamente puso la esposa a Fred, y los dos hermanos quedaron unidos por la misma cadena. Guy retrocedió, sacando el revólver de la funda, y encañonando a los Hassler les conminó a levantarse.

—«Sheriff», me pagará usted esto —rugió Fred tirando de la cadena para ayudar a su hermano a ponerse en pie.

—Ahórrese sus amenazas, Hassler. Si hicieron las cosas como me figuro, ustedes dos patalearán colgando por el cuello de una cuerda.

Blanca Hassler se encaró con Guy, exclamando llena de horror:

—¡Usted no creerá que mis hermanos asesinaron a Cameron!

—¿Puede decirme dónde estaban sus hermanes entre las cinco y las seis y media de la tarde del viernes, señorita Hassler?

—Sí, habían salido de caza —repuso la joven rápidamente.

—Justamente, señorita. Salieron a cazar. Y Ben Cameron fue la presa que cobraron esa tarde.

—¡No, no es verdad! ¡Ellos jamás serían capaces de cometer un acto como ese!

—Ojalá logren convencer también a un jurado, señorita Blanca. Andando ustedes, ya hemos perdido demasiado tiempo —gruñó Guy dirigiéndose a los hermanos Hassler.

## CAPÍTULO VIII

Era casi medianoche cuando, alumbrados por las linternas eléctricas, los portadores salieron del torrente y avanzaron llevando la camilla hasta la ambulancia que esperaba en la trocha.

—Vamos ya, sargento —dijo Guy.

Los curiosos se arremolinaban estirando el cuello para ver el cadáver, aunque en el más afortunado de los casos solo lograron ver los pies de Cameron asomando por debajo de la manta que lo cubría.

Los dos policías llegaron hasta la carretera, donde los automóviles de muchos excursionistas, a su regreso hacia Emporia, se habían detenido a indagar las causas de la presencia allí de los autos del «sheriff», del juez y la ambulancia municipal.

Después de arrancar, mientras Guy guiaba el auto por las peligrosas curvas, el sargento Hooker guardaba silencio a su lado, hasta que al enfilar la recta hacia las luces de Emporia habló y dijo:

—Yo estaba equivocado. El robo del dinero y la desaparición de Ben Cameron eran dos casos diferentes, independientes entre sí. El caso de la camioneta asaltada habrá terminado en cuanto se encuentre el dinero en algún escondrijo cerca de la ruta que siguieron los atracadores al huir. El caso del asesinato de Cameron quedará concluido cuando el jurado declare culpables a los hermanos Hassler.

Guy Fletcher guardó silencio.

—¿Cómo llegaste a la conclusión de que el cadáver de Cameron debía de encontrarse en el fondo del «cañón»? —preguntó Hooker.

—Después que esta mañana hablé con la señorita Hassler. Cuando supe que Cameron todavía no se había declarado a Blanca Hassler y que se llevaba bien con el viejo Hassler, me dije que Cameron no podía ser cómplice en un asalto donde el ametrallamiento y el asesinato de Hassler y los policías de la escolta formaban parte del plan. Cameron no podía hacerle eso al viejo Hassler, que era su amigo y alentaba sus esperanzas de conquistar a Blanca. Ni podía tampoco sumir en el dolor y la desesperación a la

chica que amaba, planeando el asesinato de su padre. Un hombre como Cameron habría hecho eso quizá por venganza, después de ser despreciado y humillado por los Hassler, pero eso no había sucedido. Entonces se me ocurrió que pudiera haber alguien con ganas y valor para quitar a Cameron de en medio.

—Los hermanos Hassler.

—Sí.

—¿Cómo piensas que ejecutaron el crimen?

—Ellos sabían que Cameron solía venir a caballo por el viejo sendero cuando iba a visitar a Blanca Hassler. Su propósito debió ser simular un accidente. Ambos son buenos tiradores y habían salido llevando sus rifles con el pretexto de que iban a cazar. Se apostaron en el sendero. Cuando apareció Cameron dispararon contra el caballo. Sin duda esperaban que el caballo se precipitaría en el barranco arrastrando en su caída al jinete. Pero Cameron debió tener tiempo de saltar del caballo y quedó de pie en el sendero. Entonces dispararon contra él y lo mataron. Si Cameron hubiese caído al barranco con el caballo, los Hassler habrían bajado a continuación para completar el escenario. Si el caballo tenía heridas en la cabeza, seguramente no habría sido necesario más. A nadie se le habría ocurrido hacer la autopsia a un caballo para averiguar las causas de su muerte. Si el caballo no hubiese quedado en estado que se apreciaba que tenía un agujero de bala, los hermanos Hassler hubiesen disimulado esa herida abriendo otra mayor con un cuchillo o el canto de una piedra afilada. Entonces habría parecido que el animal murió de consecuencias de la caída, y un examen minucioso sobre el cadáver de Cameron habría demostrado que este halló la muerte al caer desde ochenta o noventa metros de altura. Como el plan les salió mal y tuvieron que matar a Cameron de un balazo, entonces se vieron obligados a trasladar el cadáver hasta el final del sendero, lejos de donde cayó el caballo. Precipitaron a Cameron al abismo. Luego bajaron ellos y lo ocultaron en aquella cueva.

—Magnífico trabajo de deducción, Fletcher —murmuró Hooker resentidamente—. Mañana los periódicos dirán, con razón, que eres el mejor policía de Arizona.

—Mejor quisiera no serlo.

—¿Cómo?

—No, nada —murmuró Guy.

Rodaban por la avenida Madison, y Guy detuvo el automóvil ante la finca de departamentos donde él tenía el suyo.

—Si tú llevas el coche hasta el cuartel, yo voy a quedarme aquí, Jim —dijo a Hooker—. Estoy muerto de cansancio. No tengo ganas de entrevistarme con los periodistas ni contestar a las preguntas de la gente.

—No parece que te cause mucha satisfacción haber descubierto a los asesinos de Cameron. ¿Por qué? —preguntó Hooker.

—No lo sé, Jim. Buenas noches, hasta mañana.

Guy saltó del coche, cruzó la acera y entró en el patio del edificio.

La finca no tenía ascensor. Guy subió cansinamente la escalera, y al llegar al descansillo correspondiente a su puerta se detuvo sorprendido. Allí estaba Blanca Hassler esperándole pacientemente.

—¡Señorita Hassler!

—Llevo una hora esperándole. Estuve en la prisión para traer algunas cosas a mis hermanos y decidí venir a hablar con usted.

—No debería haberlo hecho —murmuró Guy, mirando a su alrededor, a las puertas cerradas de los departamentos contiguos—. En un pueblo tan pequeño la gente habla... En fin, entre usted.

Guy introdujo el llavín en la cerradura, abrió y encendió la luz, invitándola a entrar con un gesto. Guy entró a continuación, cerró la puerta y quedóse mirándola. La muchacha vestía un alegre vestido de tela estampada, muy descotado por la espalda y sin mangas.

A Guy, la belleza de la muchacha casi le produjo dolor.

—¿Dónde dejó su coche? —le preguntó.

—Cerca de aquí, al volver la esquina.

—¿Por qué ha venido? ¿Cree que si pudiera hacer algo por sus hermanos no lo habría hecho?

La joven se volvió y clavó en él sus furiosas pupilas. Ella estaba tan cerca de Guy, que él habría podido tocarla con solo alargar las manos.

—¡No, no le creo! —exclamó Blanca Hassler con pasión—. Usted detesta a mis hermanos. Ignoro la razón de ese antagonismo, pero usted no se ha privado de manifestarlo en cuantas ocasiones tuvo. Siempre se estaba metiendo con ellos. Mis hermanos pagaban

siempre por los demás cuando se armaba una bronca en el «saloon» o en el «dancing». Desde que es usted «sheriff» les ha arrestado por lo menos circo veces...

—Sus hermanos han sido en toda ocasión los más revoltosos en el pueblo. Puede preguntarle a cualquiera, eso lo sabe todo el mundo.

—Porque todo el mundo está contra ellos. ¡Y usted también! Mis hermanos no asesinaron a Cameron. Habían terminado su turno a las doce y salieron a cazar como hacían muchas tardes. ¡Pero no estuvieron en la senda de mulas, ni siquiera andaban por allí cerca cuando mataron a Cameron!

—Espero que puedan demostrarlo por su bien, señorita Hassler.

—¡No, usted no lo desea! ¡Usted no desea su bien ni el mío! ¡Usted nos detesta! —exclamó la joven con lágrimas en los ojos—. Y no es justo, «sheriff». ¡No es justo que por una antipatía personal haga reos a mis hermanos de un crimen tan horrible!

—Está usted en un error, Blanca. Ningún antagonismo me anima contra sus hermanos. Y en lo que respecta a usted, es cruel de su parte suponer siquiera que pudiera guardarle animosidad alguna. Nadie siente como yo haber tenido que acusar a sus hermanos de asesinato. Porque si se consigue probárseles que en efecto mataron a Cameron, probablemente les condenarán a muerte... y yo habré perdido para siempre la esperanza de hacer que me ame usted. ¡Oh sí! —exclamó amargamente Guy ante el asombro de la muchacha—. Me veo coligado a decírselo, puesto que usted cree todo lo contrario a lo que realmente es.

Blanca Hassler quedó confundida y como azorada. Le miró dolida.

—Fletcher. ¿Por qué no me dijo nunca que... que me amaba? —murmuró entrecortadamente, rehuyendo mirarle a los ojos.

—Acaso yo mismo no lo supiera hasta que hoy me di cuenta del dolor que involuntariamente iba a causarle. Es usted tan bonita y parece destinada a conseguir tan altos fines, que yo nunca me habría atrevido a confesarle mis sentimientos de no haberlo hecho ahora para defenderme de sus acusaciones.

La muchacha le miró fugazmente, como asustada. Luego se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo y volvió la cabeza para decir sobre su hombro:

—Ojalá usted me hubiera dicho eso mucho antes, Fletcher. Yo... Pero en fin, ya todo es inútil. Ahora ya no siento rencor contra usted. Creo que cumplió con lo que honradamente consideraba su deber. Pero si condenan a mis hermanos yo... yo nunca podré ser suya, aunque me hubiera gustado.

—¡Blanca! —exclamó Guy roncamente, dando un paso hacia ella.

Pero se detuvo al advertir sus lágrimas. Dejó caer los hombros con aire abatido.

La muchacha salió y cerró suavemente la puerta tras sí.

Aquella noche, antes que el cansancio y el sueño le vencieran, Guy Fletcher estuvo reflexionando largamente sobre los acontecimientos del día. Y nada le causó tanta amargura como haber sabido que Blanca le amaba cuando acababa de surgir un abismo insalvable entre los dos.

Desde esperar largos años hasta que el tiempo atenuara el dolor en el corazón de Blanca, a ayudar a los hermanos Hassler a fugarse de prisión, Guy Fletcher repasó todas las posibilidades de lograr que la muchacha fuese suya.

Pero verdaderamente, lo único que podía salvar la situación era que los hermanos Hassler fuesen finalmente inocentes del crimen que se les imputaba. Y Guy estaba tan seguro de que los Hassler habían asesinado a Cameron, que se negó siquiera a admitir esta posibilidad maravillosa.

Mas aunque se negó a admitir tan feliz posibilidad, al levantarse al día siguiente seguía pensando en ello. ¿Quién más pudo tener un móvil para asesinar a Ben Cameron? Se estrujaba el cerebro y no hallaba respuesta a esta pregunta.

Cuando aquella mañana Guy Fletcher iba por Madison Avenue hacia el Cuartel de Policía, fue repetidamente abordado por algunos vecinos de Emporia con la consabida frase:

«¿No es terrible, “sheriff”, que esos hermanos Hassler asesinaran a ese pobre muchacho?»

Durante dos días, sin embargo, la indignación de los honrados vecinos de Emporia se había cebado en Ben Cameron con los peores calificativos.

Ante la puerta del banco, Guy se encontró con míster Elbert Brighth, que venía de aparcar su automóvil en una de las calles

laterales. Brighth, director de la sucursal local del «Phoenix Central Bank», era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de cuello ancho, grandes bolsas bajo los ojos y avanzada calva, que él procuraba disimular peinando sus oscuros cabellos al través.

—Hola, «sheriff» —saludó Brighth parándose—. He sabido esta mañana lo del arresto de los hermanos Hassler y el hallazgo del cadáver de Cameron. Es terrible todo lo que está ocurriendo. ¿Quién había de decir que el pobre Cameron hallaría una muerte así?

—Usted también debió creerle complicado en el atraco a la camioneta, ¿no es así, señor Brighth?

—Sí, y Dios me perdone por haber pensado mal de él. Pero ustedes también le creían culpable. Las pruebas estaban en contra suya.

—A mí me parece más bien prematuro hablar de pruebas. Hasta aquí nos han guiado solo las apariencias, pero ya se sabe que las apariencias engañan a veces. Nos engañamos con Cameron, y puede que estemos equivocados también respecto a los hermanos Hassler. ¿Estuvo usted fuera de la ciudad el domingo, señor Brighth?

—¿Cómo dice?

—Digo que como no ha sabido de los acontecimientos de ayer hasta esta mañana...

—¡Oh, sí!, Es cierto, pasamos el domingo fuera. Mi mujer y yo salimos de jira campestre. Luego nos detuvimos en Winslow para ver una película y llegamos a casa muy tarde. ¿Siguen sin encontrar el dinero que se llevaron los atracadores?

—No, no lo hemos encontrado todavía. Pero seguimos buscando. Buenos días, señor Bright. Voy para el cuartel a ver si hay noticias.

Guy se tocó el ala del sombrero con la mano y siguió adelante hasta la calle Octava. En el cuartel encontró al sargento Hooker de mal humor.

—Guy, esto no puede seguir así. Después de la muerte de nuestros tres agentes, con el cabo Behan y dos hombres más buscando ese condenado dinero por todas las carreteras de la comarca, deberíamos nombrar un par de «deputys» para que ayudaran.

Guy se mostró de acuerdo con Hooker en que las fuerzas de policía actuales eran insuficientes para cubrir las necesidades de la

ciudad. Todavía estaban discutiendo el asunto cuando llegó el agente Lee con dos rifles.

—Son los rifles de los Hassler —dijo Hooker—. He mandado a buscarlos para añadirlos a las pruebas contra los acusados. También he contado con tu permiso para enviar al veterinario al barranco a extraer la bala que mató al caballo. Lo que pretendo demostrar es que la bala que quedó en el cráneo del animal fue disparada por uno de estos rifles. La que mató a Cameron le atravesó limpiamente y se perdió.

—¿Enviarás las armas a Phoenix, al laboratorio de la policía, para la comprobación?

—Sí, en cuanto el veterinario me traiga la bala.

—Avísame cuando esté aquí. Yo mismo llevaré los rifles y la bala a Phoenix. De paso aprovecharé para dar una vuelta por Winslow y ver cómo marchan los trabajos en busca del dinero desaparecido.

Después de esto Guy pasó a la prisión, para interrogar a los hermanos Hassler en la celda que estos ocupaban.

Halló a los Hassler abatidos, nerviosos y sin demasiadas ganas de contestar a sus preguntas. Desde luego, insistieron en su inocencia, citando los parajes que habían recorrido la tarde del viernes sospechosamente lejos del lugar donde Ben Cameron fue asesinado. Regresaron a Hole Copper bastante después de anochecido, encontrándose con la noticia de que su padre había sido asesinado por los asaltantes que se llevaron el dinero.

—Si esa es toda la coartada que pueden presentar, les recomiendo que se busquen un buen abogado —les dijo Guy, poniéndose en pie para abandonar la celda.

—No tenemos dinero —gruñó Harry—. De todos modos, si lo que quieren es cargarnos el sambenito por algo que no hicimos, eso les facilitará las cosas a ustedes.

—En este país nadie va a la horca o la silla eléctrica sin haber sido defendido adecuadamente —repuso Guy—. El Estado les procurará un abogado. Yo me ocuparé de eso. Mientras tanto, esfuércense por recordar algún detalle o circunstancia que demuestre que no estuvieron ustedes en el lugar del crimen en la hora y el día de este.

Al regresar a su oficina, Guy se encontró con el sargento Hooker

que estaba hablando con el veterinario.

—Aquí está la bala, Guy —dijo Hooker entregándole un sobre.

Guy lo tomó y miró lo que había dentro. Después humedeció con saliva el borde engomado, cerró el sobre y se lo tendió al veterinario con un ruego:

—¿Quiere poner su firma en el sobre, señor Stone? Es solo a efectos de comprobación.

Stone puso su firma y Guy guardó el sobre en el bolsillo.

Unos minutos más tarde, Guy detenía su auto ante la estación de gasolina. Llenó el depósito y se puso en camino.

Después de «Mule Pass», a partir del empalme donde arrancaba la carretera de Hole Copper, Guy redujo la marcha del coche mirando atentamente a un lado y otro.

Más de veinte veces se detuvo, bajó del auto y exploró el terrero a ambos lados de la carretera utilizando los prismáticos. Deseando llegar a Phoenix aquella misma noche, no pudo entretenerse en esta inspección tanto como hubiera deseado. Solo en aquellos lugares que por su especial configuración se prestaban a una identificación posterior a primera vista, se detuvo a explorar.

Estaba seguro de que los atracadores habían escondido el dinero en alguna parte no lejos de la carretera, para volver a buscarlo más tarde. Si Ward, Udall y Edmund no conocían bien la región, entonces probablemente buscarían un lugar que fácilmente se pudiera identificar después.

Cuando llegó al punto en el cual el incendio había detenido la circulación la tarde del viernes, Guy ya no hizo más detenciones. Atravesó a buena marcha la zona asolada por el incendio, donde todavía las brigadas trabajaban en la limpieza de la carretera, y continuó derecho en dirección a Phoenix.

Llegó a la capital del Estado cuando ya iban a cerrarse las oficinas. Depositó los rifles y la bala en el laboratorio y después estuvo largo rato hablando con el Jefe Superior de la Policía del Estado, el cual elogió mucho su trabajo, tanto por la rápida captura de los atracadores como en el esclarecimiento de la desaparición del cajero del banco.

Cuando salía del despacho del superintendente, Guy fue llamado por un sargento que traía unos papeles en las manos.

—Usted es Fletcher, el «sheriff» de Emporia —dijo el sargento,

más bien afirmando que interrogando.

—Sí.

—He sabido que se encontraba usted en el edificio y pensé que acaso le gustara recibir estos informes en propia mano. Acabamos de recibirlos por teletipo desde Washington. Se refieren a cuatro personas de las cuales ustedes solicitaron información al Pentágono.

—¡Oh, sí, lo recuerdo! Démelos. Pero de todos modos envíen copia por el conducto normal. Muchas gracias.

Guy se metió los papeles en el bolsillo y salió.

Phoenix era una capital lo suficiente grande y atractiva para un hombre joven que llegaba de un pequeño pueblo perdido al pie de las montañas, en un polvoriento agujero del Estado de Arizona, pero Guy no se sentía en verdad con humor para salir a divertirse.

Habría de transcurrir mucho tiempo antes que se consolara de la pérdida del amor de Blanca Hassler, y aún temía que no llegara a resignarse jamás.

Todo lo más que se permitió fue comer en un restaurante elegante, donde su uniforme de policía rural llamó bastante la atención.

Hasta que no se encontró en su habitación del hotel no se acordó de los informes llegados de Washington. Estos informes se referían a Ben Cameron, George Ward, Víctor Udall y Earle Edmund, pero después de lo que habían adelantado las pesquisas en el asunto del asalto y la desaparición de Cameron, habían perdido todo su interés.

Mientras esperaba el sueño en la cama, Guy examinó los papeles sin la menor curiosidad. Fue después, al comparar las fechas en que cada uno de ellos había servido en su respectiva unidad, quedó sorprendido ante la coincidencia.

¡Ben Cameron y Víctor Udall habían servido en la misma unidad, compañía y pelotón antes que Udall fuera enviado a un batallón de castigo! Y esto había ocurrido en la misma fecha... Los dos estuvieron juntos durante más de dos meses en el mismo pelotón. Luego, por fuerza tenían que conocerse. ¡Y conocerse muy bien!

Guy quedó atónito preguntándose qué podía significar aquello.

Y se dijo que de no haberse descubierto el cadáver de Cameron en el fondo del barranco esta prueba habría dado inquebrantable

robustez a la teoría de Hooker sobre la complicidad de Cameron en el atraco. Él mismo, de haberlo sabido el domingo, lo habría creído hasta el punto de aceptar sin vacilación que Cameron había huido... y en tal caso no habría sospechado de los hermanos Hassler ni explorado el fondo del «cañón» para finalmente descubrir el cadáver.

¿Sería posible que de todos modos Cameron fuese culpable?

Fatal y curiosa coincidencia hubiera sido entonces que al matar a Cameron los hermanos Hassler hubiesen vengado a su padre, cuando todavía ignoraban que este acababa de ser asesinado por una ráfaga de ametralladora.

Fatal también la curiosidad e impaciencia del propio Guy, porque de haber conocido el contenido de aquellos informes unas horas antes, no habría pensado en la posibilidad de que Cameron hubiese muerto a manos de los hermanos Hassler. Entonces, estos continuarían en libertad. El cuerpo de Cameron se habría podrido allá en la escondida cueva. Y él, Guy Fletcher, hubiera acabado quizá por conquistar el amor de Blanca casándose con ella.

Este pensamiento enfureció a Guy consigo mismo. ¿Por qué demonios se habría precipitado en detener a los Hassler? Aunque en el propósito de ellos estaba cometer un asesinato, al fin y al cabo no habían hecho sino tomar justa venganza en su víctima.

Dando vueltas en el lecho, y en la mente barajando todos aquellos insoportables pensamientos, la noche se le fue a Guy sin haber pegado ojo.

Irritado, apenas advirtió la luz del amanecer filtrándose por las rendijas de la ventana, saltó de la cama y se vistió.

Como quiera que había pagado su estancia por adelantado, no tuvo siquiera que entretenerse en averiguar el importe de su cuenta. Salió del hotel, tomó el coche que había dejado estacionado en la calle y se puso en camino de regreso a Emporia.

Antes de volver a Emporia, sin embargo, Guy se proponía dar una vuelta por la misma ruta que había seguido la tarde del viernes persiguiendo a los «gangsters».

Desde el sábado por la mañana, durante todo el domingo y el lunes, la policía de Winslow, con dos agentes de Emporia y el «sheriff» y un comisario de Campo Verde, buscaban infructuosamente el dinero. El dinero tenía que aparecer para serle

devuelto a la «Copper Dating Co», pero, aparte de esto, Guy tenía ahora un interés muy particular en dar con él.

Si al encontrarlo faltaba una cantidad importante, entonces no tendría más remedio que admitir la complicidad de Cameron, dando por cierto que este se dirigía a buscar su parte del botín cuando fue detenido por las balas de los hermanos Hassler en el sendero del «cañón».

Tomando la carretera de Prescott, Guy volvió a cruzar por la zona destruida por el incendio forestal hasta el empalme de la carretera a Mormon Lake.

Era aquel tramo de camino tan malo que habían cruzado ya de noche cuando perseguían a los atracadores.

Llevaba Guy recorridas unas ocho millas dando tumbos por el mal camino, cuando divisó dos coches de la policía detenidos junto a la cuneta. Al acercarse Guy, el cabo Behan le hizo señas para que se detuviera.

Cerca de allí, junto al camino, pastaba un rebaño de ovejas entre los saguaros y la salvaje flora del desierto. El pastor, con las riendas del caballo en la mano, estaba hablando con un sargento de la policía de Winslow y el «sheriff» de Campo Verde.

—¿Cómo va eso, cabo? —preguntó Guy sacando la cabeza por la portezuela—. ¿Llegaron hasta aquí sin haber dado con el dinero?

—Hemos encontrado el saco donde iba el dinero, «sheriff». Para ser más exactos, ese pastor lo descubrió cuando pasaba por aquí con su ganado.

—¿Y el dinero?

—No había dinero, «sheriff». Solo papeles.

—¿Cómo? —saltó Guy—. ¿Qué quiere decir?

—Recortes de periódico, señor Fletcher. No había más que eso.

Guy empujó la portezuela y saltó a la carretera. Se acercó al lugar donde el sargento de Winslow tenía en la mano un saco de lona.

—Quiero ver ese saco —dijo Guy. Y lo arrancó con brusquedad de las manos del sargento.

Miró en su interior. Luego metió la mano y sacó un puñado de recortes. Miró fijamente al pastor.

—¿Cuándo encontró el saco?

—No hacía ni diez minutos que lo había encontrado cuando vi

aparecer los coches de la policía.

El sargento gruñó:

—Curiosa coincidencia, ¿no es eso, amigo? Usted encuentra el saco, y en ese punto y momento llegamos nosotros. Luego el saco resulta contener solamente periódicos. ¿Qué hizo usted con el dinero?

—Stanley, dile a este sargento quien soy yo —gimió el pastor dirigiéndose al «sheriff» de Campo Verde.

—Yo respondo por la honradez de Barnes —aseguró el «sheriff» gravemente—. Le conozco de toda la vida y me consta que es incapaz de hacer una cosa tan fea.

—Esperen ustedes —dijo Guy. Tomó uno de los recortes y lo examinó—. Dejen en libertad a Barnes. No fue él quien puso los recortes en el saco.

## CAPÍTULO IX

El sargento Hooker levantó el saco de lona y miró las letras pintadas con trepa: «Copper Dating Co». Luego dejó el saco y tomó un fajo de recortes.

—¿Qué significa esto, Guy? —preguntó levantando sus ojos hasta el rostro del joven «sheriff».

—Saca tus propias conclusiones, sargento. En vez del dinero, lo que encontramos dentro del saco fueron esos recortes.

—¿Quieres decir que...?

—Que todo lo que los atracadores encontraron en el saco fueron papeles sin valor.

—¿Entonces, el dinero...?

—El dinero no llegó a salir del banco, Hooker. Eso es todo.

Jim Hooker se dejó caer en su silla lanzando un silbido.

—Espera que logre asimilarlo, Guy. Esto es tan inesperado...

Guy Fletcher sacó unos papeles del bolsillo.

—Supongo que ya habrás recibido los informes del Ejército respecto a Cameron, Ward, Udall y Edmund.

—Sí. Encontré esos informes sobre mi mesa al llegar esta mañana aquí a la oficina.

—Tú tenías razón, Jim. Cameron y Udall se conocían. Habían estado juntos algún tiempo en la misma unidad, en Corea. Tal vez se vieron después en alguno de los viajes de Cameron a San Francisco, cuando sometieron a operación a la señora Cameron. En algún momento, Cameron se puso de acuerdo con su antiguo amigo para robar el dinero de la nómina de la Compañía Dating. Udall buscó a dos de sus compinches y se vinieron para acá para ejecutar el golpe según Cameron lo había planeado. Al menos hasta aquí todo parece bastante claro. Lo que ocurrió con el dinero, y por qué en vez de dinero los ladrones encontraron papeles en el saco, solo podemos averiguarlo por deducción.

—Hassler y Cameron estaban de acuerdo —dijo Hooker acariciándose la barbilla—. ¡Sí, eso es! Cameron y Hassler contaban con que los ladrones no se entretendrían a mirar lo que había

dentro del saco. Una vez sometido el robo, Udall y sus compañeros no iban a volver a reclamar al banco, demostrando que les habían engañado poniendo recortes de periódico por dinero.

—No volverían a reclamar por el dinero. En cambio es seguro que regresarían para ajustarle cuentas a Cameron —objetó Guy. Sacudió la cabeza negativamente—. No, Hooker. Siempre he creído que eres un buen policía, aunque demasiado perezoso para poner a trabajar tu imaginación. Este no es un caso pasional, donde por lo general basta con buscar hombre celoso o engañado para dar con el criminal. El golpe fue planeado con una maestría excepcional. Cameron, si fue él quien preparó el golpe, no dejó nada al azar. La cosa no es tan sencilla, pues y para dar con la solución hay que poner a contribución por lo menos un esfuerzo mental tan prodigioso como el que derrochó el criminal para robar el dinero.

—¿De veras? —gruñó Hooker frunciendo el ceño—. Yo pienso que el golpe de suerte que te permitió capturar tan pronto a los asesinos se te ha subido a la cabeza, muchacho. Todo es sencillo, y no veo la necesidad de embrollarlo imaginando cosas que no existen. Cameron y Hassler estuvieron en complicidad para engañar a los atracadores y quedarse con el dinero.

—¿Todo está claro, eh? —gruñó Guy—. ¿Te has fijado en los recortes?

—¿Qué hay de particular en ellos?

—Nada, excepto que fueron cortados de revistas bursátiles. Los recortes se prepararon en el mismo banco.

—En efecto, fueron preparados por Cameron en el mismo banco. ¿Qué tiene eso de extraño?

—No es tan sencillo preparar todo ese negocio en un banco pequeño, en presencia del director y otros empleados. No puedo explicarte lo que experimento, Jim, pero tengo el convencimiento de que hay algo más profundo y oscuro que un simple acuerdo entre dos cajeros para engañar a unos pistoleros profesionales. En primer lugar, Hassler era un hombre honrado.

—Muchos cajeros son honrados hasta que huyen con una maleta llena de dinero.

—¿Y qué me dices de la muerte de Cameron?

—A Cameron lo asesinaron los hermanos Hassler. Y ahora conozco el móvil de ese crimen.

—¿No es demasiado que Fred y Harry mataran a Cameron solo porque este cortejaba a Blanca Hassler?

—No le mataron por eso. Harry y Fred estaban en el secreto de lo que iba a ocurrir. Después que Hassler salió en la camioneta llevando este saco de recortes, Cameron salió con el dinero y se fue a casa. Buscó un caballo para ir a la mina. Llevaba el dinero consigo para repartirlo con su cómplice. Los hermanos Hassler le esperaron en el sendero y le asesinaron tal y como tú supusiste, intentando hacer pasar su muerte por un accidente. Iban de granuja a granuja, y nada más que eso.

Guy quedose mirando a Hooker con el ceño fruncido. De pronto alargó la mano hacia el teléfono, lo descolgó y aplicó el auricular a su oído.

—¿A quién vas a llamar? —preguntó Hooker.

En este momento contestaba la telefonista de la centralilla.

—Señorita Jackson, póngame con el Cuartel de Policía de Phoenix, Departamento de lo criminal, laboratorio de investigaciones.

—¿Qué te propones, Guy? —interrogó Hooker.

—Voy a apostar mi sueldo de un mes contra el tuyo.

—¿A qué, Guy?

—A que la bala que mató al caballo no fue disparada por ninguno de los rifles de los Hermanos Hassler.

—¿Quién la disparó entonces?

—Espera. Después que te haya ganado esta apuesta, apostaré contigo de nuevo a que adivino quién la disparó.

Hooker guardó sombrío silencio.

Después de una breve espera contestaron al otro extremo de la línea. Mientras la operadora de la centralilla de Phoenix establecía conexión con el laboratorio, Guy tendió el teléfono a Hooker.

—Toma, pregúntalo tú mismo.

Hooker tomó el aparato y lo aplicó a su oído.

—¿Laboratorio de investigación? Aquí el sargento Hooker, de la policía de Emporia. ¿Es usted, teniente Rodgers? Le llamo a propósito de la bala que mi colega llevó...

La voz que hablaba desde el extremo opuesto de la línea interrumpió a Hooker. Este afirmó con la cabeza.

—Sí, eso mismo. ¿Han examinado ustedes las balas? De acuerdo,

le escucho.

Guy miraba al rostro de Hooker. Por la transfiguración de este supo enseguida cuál era la respuesta,

—Bien, eso era todo. Muchas gracias —murmuró Hooker. Colgó el teléfono, miró sombríamente a Guy y dijo—: Tú ganas. Las balas disparadas con ambos rifles no concuerdan en estriado ni calibre con la que mató al caballo.

Guy sonrió y Hooker chilló, irritado:

—¿Y ahora quieres decirme qué diablos llevas en la cabeza?

—Te lo voy a decir. Tú también interrogaste a la señora Cameron. ¿Qué fue lo que Ben le dijo a la señora Cameron cuando iba a salir hacia Hole Copper?

—Pues le dijo... eso, que se iba.

—Que iba a Hole Copper a llevar un encargo del banco, eso fue lo que dijo.

—Sí, ahora lo recuerdo. Ben Cameron dijo a su madre que iba a llevar un encargo del banco. Supongo que fue el primer pretexto que se le ocurrió.

—¿Por qué, Jim? Cameron no tenía que dar ningún pretexto a su madre, ya le había hablado de que estaba enamorado de Blanca Hassler. ¿Por qué dar un pretexto... y un pretexto tan extraño por añadidura? Yo te lo diré. Cameron salió realmente para cumplir un encargo del banco. Llevaba a la mina el dinero que Hassler no se llevó en el saco. Y ahora, Jim, mete esos recortes en el saco y vamos a ver a míster Brighth.

—No sigo del todo tu onda, Fletcher. ¿Qué le vas a decir a señor Brighth?

—Él nos va a contestar unas cuantas preguntas, Jim. Andando, vamos.

Guy salió de la oficina sin esperar a Hooker. Cuando salía a la calle se encontró de frente con Blanca Hassler que se disponía a entrar. Guy la saludó alegremente.

—¡Hola, señorita Blanca! ¿Viene a ver a sus hermanos?

La chica le miró sorprendida.

—Sí, si me lo permiten.

—Venga usted con nosotros. Vamos al banco y es posible que necesitemos un testigo.

—¿Qué dice? —exclamó Blanca estupefacta.

—Sus hermanos no asesinaron a Ben Cameron. De eso se trata, de demostrar su inocencia.

Blanca Hassler casi prorrumpió en un grito de alegría. Guy tiró de la portezuela del auto aparcado ante el cuartel y empujó dentro a la muchacha sin demasiada cortesía. Hooker salía llevando el saco. La muchacha lo identificó.

—¡Es el saco de papá! ¿Han encontrado por fin el dinero?

—Hemos encontrado algo mejor que dinero —repuso Guy mientras ponía el auto en marcha.

Hooker se metió en el auto, tomando asiento junto a Blanca. El coche arrancó y dobló hacia la calle Séptima para salir a Madison Avenue.

—¿Así, pues, han encontrado al verdadero asesino de Cameron? —preguntó Blanca Hassler.

—Respecto a Cameron, temo que hayamos sobreestimado sus cualidades de hijo abnegado —dijo Guy—. Un buen hijo no es siempre un buen ciudadano. Si Cameron pudiera disculparse, supongo que diría que lo hizo por su madre. De todos modos, él estuvo de cierto complicado en el asalto a la camioneta.

—¡Oh no puedo creerle! —exclamó la joven.

—Sí, créalo usted —gruñó Hooker frunciendo las pobladas cejas.

El banco quedaba al doblar la manzana. Guy echó pie a tierra y pasó por delante del capó para reunirse con Blanca y Hooker en la acera. Guy tomó a la muchacha por el brazo y la arrastró consigo hasta el interior del edificio.

Detrás del mostrador había tres empleados, dos de ellos vecinos de Emporia y conocidos de Guy y de Hooker. El tercero era el nuevo cajero llegado para ocupar la vacante dejada por Cameron.

Whipple, uno de los empleados, saludó a los policías.

—Queremos ver a míster Bright. ¿Está en su despacho? —inquirió Guy Fletcher.

—Sí. Esperen un momento y les anunciaré.

—No se moleste, Whipple. Conocemos el camino.

Guy cruzó el vestíbulo y empujó la puerta correspondiente al despacho del director.

Bright comunicaba por teléfono y dio la vuelta en su silla giratoria encarando a los visitantes que se le entraban por la puerta sin anunciarse.

Al ver el saco que Hooker traía en la mano, el rostro de Bright se demudó.

—¿Conoce usted este saco, señor Bright? —preguntó Guy cogiendo el saco de las manos de Hooker y dejándolo sobre la mesa.

Bright colgó el teléfono. Su mano temblaba ligeramente y tuvo que hacer dos intentos antes de conseguir poner el aparato sobre la horquilla en su lugar justo.

—¿Han encontrado el dinero? —preguntó.

—¿Usted cree que hay algo en este saco, señor Bright?

—¿Qué quiere usted decir, «sheriff»?

Guy volcó el saco sobre la mesa.

—Esto es todo lo que los atracadores se llevaron, Bright. Recortes de periódico.

Bright guardó silencio tragando saliva penosamente.

—¿Dónde está el dinero, señor Bright? —preguntó Guy.

—¡Cómo! ¿Qué se figuran ustedes? —protestó Bright.

—Siga usted disimulando, Bright, aunque no creo que pueda hacerlo por mucho tiempo. ¿Sabe que me sorprende una cosa? Yo en su lugar hubiera huido después de saber que los atracadores habían sido capturados. Usted sabía que buscábamos este saco... que más tarde o más temprano lo habríamos de encontrar. Creo que también usted lo estuvo buscando. El domingo debió resultar una jornada muy cansada para usted y su esposa, anda que andarás a lo largo de la carretera preguntándose dónde demonios habrían tirado los ladrones el saco. ¿No fue así, señor Bright?

La frente de Bright se había cubierto de pequeñas gotitas de sudor. Introdujo el índice en el cuello de la camisa y lo pasó por este como si le ahogara.

—Le aseguro que no sé de qué habla, «sheriff». ¿Por qué había de buscar yo ese saco?

—Tal vez porque en él estaba la prueba de su pecado, señor Bright. Los cincuenta y siete mil dólares de la Compañía Dating nunca salieron de este banco. Tres famosos «gangsters» arriesgaren su vida y la perdieron en la inútil empresa de robar un dinero que no existía. Desde luego, al asegurar que ese dinero no salió de este banco, quiero decir que no salió en el saco de Frederick Hassler.

—¿Por qué me cuenta eso a mí? —dijo Bright—. El dinero salió de caja. Si Hassler y Cameron se pusieron de acuerdo para sustituir

el dinero por papeles, eso no es cuenta mía.

Blanca Hassler iba a protestar indignada cuando Guy la detuvo con un gesto.

—¿Quieres llamar a los empleados, Hooker? Solamente a Whipple y Baicard.

Hooker abrió la puerta que comunicaba el despacho del director con la oficina y llamó a los dos empleados. Estos entraron en el despacho y quedaron mirando de Bright a los policías.

—Señor Whipple —interrogó Guy—. ¿Se encontraba usted Presente cuando en la tarde del viernes el señor Hassler vino a retirar el dinero para el pago de la nómina?

Whipple miró sin comprender a Bright y afirmó:

—Sí. Sí, señor.

—Cuéntenos en todos sus detalles cómo se llevó a cabo la operación.

—Bueno, pues Hassler llegó como siempre, nos saludó y se puso a charlar con nosotros mientras esperaba la llegada de la camioneta y los guardas que habían de escoltarle hasta Hole Copper. Mientras estaba allí fuera con nosotros salió el señor Bright y lo llamó a su despacho. Hassler entró en el despacho y permaneció un largo rato aquí hablando con el señor Bright. Mientras tanto llegó la camioneta y yo mismo fui a avisar a Hassler que le estaban esperando.

—Perfectamente, siga. ¿Qué ocurrió después?

—El señor Bright me rogó que le dijera a Cameron que entrara en el despacho.

—Y Cameron entró, por supuesto.

—Sí. Poco después volvió a salir, fue a la caja fuerte y sacó cincuenta y siete mil dólares, que contó como de costumbre. Volvió al despacho con el dinero. Poco después el señor Hassler salía con el saco del dinero. Dio el saco a los guardas y él montó en la parte delantera con el conductor, porque dije que con aquel calor se asfixiaría si le encerraban en la cabina acorazada. ¿Fue así, Baicard?

—Sí, en efecto —repuso el aludido—. Recuerdo que el agente Mac Comas dijo en chanza algo alusivo a si Hassler le consideraba digno de confianza al entregarle el dinero.

—Justamente —aseveró Whipple—. Yo me encontraba en aquel momento junto a la puerta y creo que Baicard estaba a mi lado.

Eran más de las cinco y esperábamos a que la camioneta se marchara para cerrar.

—Y la camioneta se marchó.

—Sí.

—Y eso es todo, ¿no? Gracias; pueden ustedes volver a su trabajo.

Guy esperó a que los empleados hubieran salido para entonces encararse de nuevo con Bright.

—Así fue cómo ocurrió, Bright, justamente como yo me figuraba. Nadie, excepto usted, Hassler y Cameron vieron lo que ocurría con el dinero. Cameron y Hassler han muerto y no pueden venir a declarar, pero usted está aquí y tendrá que admitir que los cincuenta y siete mil dólares no llegaron a entrar en el saco del cajero Hassler. ¿Qué ocurrió, Bright? Usted sabía que la camioneta iba a ser asaltada. Cameron se lo había confesado a última hora, después de arrepentirse de lo que había estado planeando. Usted tranquilizó a Cameron. Le dijo que prepararían un truco para burlar a los ladrones si estos asaltaban la camioneta. Entonces convenció a Hassler para que sustituyera por recortes de periódico los billetes de banco. Y Hassler aceptó de buena fe, dejó los billetes y tomó los recortes, previo haberle asegurado usted que Cameron llevaría el dinero en propia mano aquella tarde a la mina... Corríjame si en algo me equivoco, señor Bright...

Guy se interrumpió mirando a Bright, pero este, apretando fuertemente los labios, se limitó a guardar silencio y seguir sudando por todos sus poros.

—Está bien, continúo —dije Guy secamente—. Después que se fue la camioneta usted ordenó a Cameron que tomara el dinero. Cameron lo repartió por sus bolsillos o hizo un paquete con él. Nadie iba a verle al salir, porque Whipple y Baicard ya se habían marchado cerrando la puerta, y Cameron salió por la puerta pequeña que da a la Calle Octava. Apenas salió Cameron subió usted a su casa, cogió su rifle y lo envolvió en una tela escondiéndolo en su automóvil. Rápidamente se dirigió en su auto hacia «Mule Pass». Al llegar al punto donde la vieja senda sale a la carretera, usted escondió el auto, sacó el rifle y empezó a bajar por el sendero hasta que vio llegar a Cameron. Usted se escondió en una revuelta del sendero, apuntó cuidadosamente y disparó. No era su

intención matar a Cameron de un balazo, sino matar al caballo para que este cayese al barranco arrastrando consigo a su jinete...

Bright, bañado en sudor frío, se agitaba en su sitio como atacado por una legión de hormigas. Guy Fletcher continuó implacable:

—Si las cosas hubiesen salido como usted esperaba, la muerte de Cameron debería parecer un accidente. Usted bajaría al barranco en busca del dinero. Si era visible la herida de bala en la frente del animal usted alteraría el aspecto de esa herida para que pareciese causada por la caída. A Cameron le harían la autopsia después de muerto, ¿pero a quién se le ocurriría hacerle la autopsia a un caballo? Desdichadamente para usted, el plan no le salió redondo. Cameron pudo saltar del caballo y ponerse a salvo. Entonces usted no tuvo más remedio que apuntarle a Cameron y disparar...

—¡No, yo no lo maté! —saltó Bright asiéndose desesperadamente a los brazos del sillón.

—¡Sí, usted lo asesinó! —chilló Guy apuntándole con el dedo inflexiblemente—. El plan no le había salido como esperaba. Tuvo que cargar con el cadáver de Cameron, llevarlo más lejos y arrojarte al barranco. ¡Y luego usted descendió al barranco para ocultar el cadáver en la cueva donde yo lo encontré!

—¡No, no! —gritó Bright saltando en pie—. ¡Yo no lo asesiné, lo juro!

—¿Fue entonces su cómplice, señor Bright? ¿Fue Stephen López quien lo asesinó? —bramó Guy Fletcher inclinándose sobre la mesa.

—¡Sí, fue López quien lo mató! Yo ni siquiera bajé hasta el sendero. Me quedé en la mina... escuchando, hasta que oí aquellos dos horribles tiros.

Bright dejó escapar un gemido y se dejó caer desmadejado en el sillón giratorio. Puso los codos sobre la mesa, escondió la cabeza entre las temblorosas manos y sollozó:

—Yo había tomado cincuenta mil dólares de los fondos del banco para poner en explotación el yacimiento de uranio... ¡Fui un estúpido, sí, un estúpido! La mina estaba rindiendo buenos beneficios y yo podría haber restituido aquel dinero a la caja con muy poco tiempo más. Caí en la tentación de apoderarme de aquellos cincuenta y siete mil... ¡parecía todo tan fácil! El asesinato estaba previsto en los planes de los amigos de Cameron. Hassler moriría... los asesinos jamás se atreverían a volver... y si volvían no

tendrían a quién hacer preguntas, ya que Cameron habría muerto también.

Una tos nerviosa sofocó la gimiente voz de Elbert Bright. Guy se volvió a mirar al silencioso y sombrío Hooker y a la aterrada y estupefacta Blanca Hassler.

—Ponle las esposas y llévalo a la prisión, Jim. Yo voy en busca de López a la mina.

—Será mejor que lleves a alguien contigo, Guy. López es un fulano muy peligroso —advirtió Hooker, asintiendo.

—No necesito ayuda. Hay gente trabajando allí. ¡Ah, y no tardes demasiado en poner en libertad a los hermanos Hassler!

Guy salió del despacho, cruzó el vestíbulo y salió a la calle inundada de sol. El día le pareció más brillante y más lleno de color y alegría que nunca. Saltó al auto, lo puso en marcha y aceleró enfilando la Avenida Madison.

## CAPÍTULO X

Era el filo del mediodía cuando bajo un sol de fuego Guy Fletcher avistó la mina.

En «La Vulcano», la pala cargadora y el compresor de aire guardaban momentáneo silencio mientras los mineros, desparramados bajo la sombra de los pinos, abrían los cestos de su comida y se ponían a almorzar.

La nueva camioneta de López estaba ante la cabaña de troncos resguardada del sol por la copa de un corpulento pino. Guy fue a detener su auto junto a la camioneta en el momento que López aparecía en la puerta de la cabaña dando bocados a un empadado.

—Hola, «sheriff». ¿Qué le trae por aquí? —saludó el mestizo.

—Parece que llego en buena hora —observó Guy mirando en derredor.

—Sí, entre a tomar un bocado y un trago de cerveza. El sol pica que es un gusto ahí afuera.

Guy siguió al mestizo al interior de la cabaña. En esta, un hombre se puso en pie dejando su bocadillo sobre un plato en la mesa.

El hombre era un tal Cárdenas, un mejicano algo pariente de López o que presuponía el parentesco por lo muy unidos que siempre andaban. Al mejorar la fortuna de López, la de Cárdenas había experimentado también cierto auge. Ahora, por lo que Guy sabía, Cárdenas hacía de capataz en la mina de su pariente, un trabajo sencillo y no demasiado penoso que procuraba a Cárdenas un jornal diario como nunca lo había tenido por su afición a cambiar frecuentemente de patrono.

—Siéntate, Cárdenas. No te molestes por mí —dijo Guy al mejicano y se volvió hacia López—. Está bien, Stephen. Voy a procurar ser lo más breve posible. ¿Sabes? He averiguado que me mentiste el domingo cuando estuve aquí a tomarte declaración.

—¿En qué cosa, mi amigo? —preguntó López entornando sus pesados párpados.

—Tú me dijiste que habías oído un disparo en el sendero la tarde del viernes, entre las seis y media de la tarde, ¿recuerdas?

—Sí, me acuerdo.

—Pues fueron dos disparos los que escuchaste, López. Dos disparos, no uno solo como me dijiste.

—Bueno, puede que fueran dos.

—¿Puede? ¿Quieres decir que no lo sabes?

—Pruebe usted a disparar un tiro allí en el «cañón». Por el eco parecerá que está disparando una sección de fusileros.

—El caso es que estos dos disparos no podían confundirse, López. No sonó uno como si sonaran dos, sino dos como si sonaran cuatro, ¿lo vas entendiendo?

Guy estaba mirando las paredes de la habitación. En este momento, sobre la baja puerta de la cabaña, alcanzó a ver un rifle suspendido de dos clavos sobre el dintel. Se acercó a la puerta, estiró los brazos y cogió el rifle.

—Un cuarenta y cuatro —murmuró Guy—. Justamente del calibre de la bala que mató al caballo de...

En ese momento vio repentinamente un taburete que caía sobre él. Aunque trató de esquivarlo, era demasiado tarde para escapar al golpe. Vio cómo estallaba ante sus ojos una luz en forma de estrella, viva y fugaz.

No se sintió caer al suelo, mas cuando abrió los ojos poco después estaba tendido sobre el piso. Escuchó el rumor de un automóvil al arrancar y entonces recordó. Hizo un esfuerzo para incorporarse. Entonces se vio ante él el cañón de su propia pistola que le apuntaba entre los ojos.

Detrás de la pistola vio el moreno rostro de Cárdenas haciendo muecas nerviosas.

—No intente seguir a López, «sheriff» Si lo hace dispararé.

El acento era poco firme y Guy comprendió que no le sería difícil asustar al mejicano. Se incorporó tocándose la frente, apreciando un chichón y una herida que le sangraba sobre la ceja.

El automóvil se alejaba. Guy vio afuera su propio auto, pero la camioneta de López había desaparecido.

—Escucha, Cárdenas. ¿Te das cuenta que te metes en un bonito lío amenazándome con un arma y dando protección a un fugitivo de la ley. López ha cometido un asesinato. Mató a Ben Cameron en el

sendero y le voy a detener. Dime ahora qué piensas hacer.

—Stephen es mi primo, tengo que ayudarlo.

Guy tendió la mano.

—Vamos, muchacho, devuélveme mi pistola antes que me enfade.

—¡No puedo! ¡López me mataría si yo no...!

Guy arrancó de una manotada la pistola que empuñaba Cárdenas. Con el revés de la otra mano le propinó un papirotazo y lo tiró al suelo de espaldas.

—Y ahora reza para que tu primo no se me escape, porque lo ibas a pasar muy mal —rezongó Guy mientras salía corriendo hacia su automóvil.

La camioneta de López corría a buena distancia doblando una de las curvas del sinuoso camino, dejando atrás una nube de polvo. Mascullando maldiciones, Guy puso su auto en marcha y arrancó ante la mirada de asombro de los mineros que no acertaban a comprender ni sospechaban siquiera lo que ocurría.

—Le alcanzaré en la carretera —se dijo Guy cuando enfilaba el estrecho y polvoriento camino—. Pero no debo dejar que me saque demasiada delantera.

El camino, abierto recientemente y solamente utilizado por los camiones que iban hasta la mina, no era el más apropiado para un coche grande dotado de una suspensión muy sensible a los baches. Guy saltaba en el asiento tocando el techo con la cabeza, mientras toda la carrocería crujía y resonaba como una carreta de buhonero.

Tomando a gran velocidad las rampas y ciñéndose a las curvas sin retirar el pie del acelerador, Guy fue salvando obstáculos y avanzando por el camino, viendo siempre delante la camioneta, hasta que estando cerca de la carretera general divisó una nube de polvo que venía en dirección contraria.

El camino era angosto. López tendría que detenerse o salirse del camino, acaso para no poder volver a entrar en él.

Cuando el vehículo estaba más cerca, Guy advirtió que era un auto pintado de blanco y negro de los de la policía. López también lo vio. Repentinamente se detuvo y saltó a tierra empuñando el rifle, echando a correr a campo traviesa.

El auto de Guy y el auto que llegaba de la carretera se detuvieron al mismo tiempo delante y atrás de la camioneta de

López. Guy saltó a tierra y echó a correr en persecución del mestizo sin esperar a ver quién venía en su ayuda. López corría hacia unas rocas que formaban un montículo a corta distancia del camino, aparentemente con la intención de hacerse fuerte allí.

Guy sabía que el mestizo no tenía escapatoria, como también sabía que un hombre acorralado en estas condiciones difícilmente se dejaría capturar.

El primer disparo de López al llegar a las peñas, pegó en la roca delante de Guy y rebotó aullando como un demonio junto al oído del esforzado «sheriff». Guy era valiente como el que más, pero no estaba por jugarse estúpidamente la vida, ahora que tan dichoso se sentía de saberse joven vivo y sano.

Se tiró de bruces al suelo y se deslizó arrastrándose hasta un tocón de pino que quedaba allí cerca. Apenas había alcanzado este resguardo cuando otra bala pegó en el tronco y arrancó una astilla de madera.

Aquel López era un buen tirador de rifle. Ya lo había demostrado al matar al caballo de Cameron de un certero balazo en la cabeza y al propio Cameron de un balazo en el corazón.

Mientras Guy estaba acurrucado tras el tocón escuchó voces y ruidos de pasos a sus espaldas. Volvió la cabeza y vio a dos hombres que corrían agazapados hacia él. López disparó y la bala levantó el polvo a los pies de uno de los que llegaban.

Eran los hermanos Hassler.

Harry se tiró al suelo detrás de una roca. Fred siguió corriendo en zigzag y alcanzó otro tocón que quedaba a la derecha de Guy.

—¡Hola! —saludó Fred alegremente agitando una mano.

López disparó y la bala arrancó el sombrero de la cabeza de Fred, que se apresuró a esconderse mejor.

—Vayan con cuidado con ese tipo —dijo Guy—. Tira bien y se defenderá mientras le quede un cartucho.

—No se escapará.

—No, no se escapará, pero tampoco hay demasiada prisa en cogerlo. No arriesgando la vida de ninguno de ustedes, ¿me entienden?

López sacó la cabeza sobre una roca. Disparó entonces Harry. La bala arrancó una nubecilla de polvo de la peña y obligó a López a esconderse. Los dos Hassler llevaban rifle, mientras que Guy solo

tenía su revólver, inútil a la distancia que se encontraba el mestizo.

—Fred —llamó Guy—. Déjeme su rifle y vuelva usted atrás para coger la «metralleta» que hay debajo del asiento de mi coche. Yo le protegeré con mi fuego.

—Está bien, jefe. Allá va.

Fred Hassler arrojó su rifle por el aire y Guy lo atrapó al vuelo. Otra bala se clavó con sordo chasquido en el tocón.

La próxima vez que López volvió a sacar la cabeza, Guy disparó y volvió a disparar accionando velozmente la palanca del «Winchester» que apoyaba en el tocón. El plomo marcó nubecillas de polvo sobre la roca que protegía al asesino. Harry corrió unas yardas agazapado y llegó hasta el tocón que su hermano acababa de abandonar para correr hacia el camino.

Hasta que Fred regresó con la «metralleta» estuvieron intercambiándose espaciados disparos entre el sitiado y los sitiadores. Harry avanzó veinte yardas protegido por el fuego de Guy y Fred llegó hasta el tocón.

—Le cambio la «metralleta» por el riñe —dijo Fred.

Guy le lanzó el rifle y atrapó en el aire la «metralleta» que le arrojaba el muchacho. El considerable peso de aquella arma inspiró mayor confianza en Guy. Mientras los hermanos Hassler obligaban al mestizo a permanecer oculto con sus disparos, Guy empezó a moverse lentamente hacia la izquierda para rodear a López por detrás.

López le descubrió y le envió un disparo que arrojó contra la cara de Guy piedrecillas y tierra.

Maldiciendo en voz baja, Guy enfiló la «metralleta» y lanzó una ráfaga que obligó a López a esconderse de nuevo.

Los hermanos Hassler avanzaron, corriendo otras treinta yardas hasta que los disparos del mestizo les obligó a detenerse y buscar la protección de las rocas.

Guy siguió moviéndose, saltando rápidamente de una roca a otra.

Así alcanzó una posición desde la cual vería a López de perfil si este se enderezaba para disparar contra los hermanos Hassler.

López, advirtiendo este peligro, abandonó su refugio para buscar otro más ventajoso. Guy disparó y López rodó detrás de una roca, probablemente herido.

—¡Sal de ahí, López! —gritó Guy—. Te tenemos cercado. No puedes escapar.

No hubo respuesta. Los Hassler corrían hacia las rocas, uno en línea recta y el otro por la derecha para rodear a López por aquel lado. Harry desapareció de la vista de Guy, que solo podía ver ahora a Fred llegando al pie de las rocas.

De pronto vio Guy una figura que erguía sobre la peña más alta, enfilando con su rifle a Fred que estaba debajo y no le había advertido. Guy apuntó y apretó el gatillo, pero el último cartucho había quedado atascada y el arma no funcionó.

—¡Cuidado, Fred! —gritó desesperado.

Fred levantó los ojos. Sonó un disparo, pero no de Fred,

López soltó el rifle y se precipitó desde lo alto de la roca al suelo. Harry salió por detrás de una peña con el rifle empuñado...

Dejando escapar un suspiro de alivio, Guy se acercó al jugar donde los dos hermanos estaban contemplando a López,

—¿Está muerto?

—No, parece que aún vive —respondió Fred. Miró a su hermano y sonrió—. Buen tiro, Harry.

—Vamos a llevarle a mi coche —dijo Guy.

—Está bien, lleve usted los rifles.

Guy echó a andar hacia el camino cargado con las armas. Fue entonces cuando descubrió una esbelta figura de mujer junto a los coches. Era Blanca Hassler. La muchacha salió corriendo a su encuentro y se detuvo de repente como avergonzada.

—¿Qué demonios hace usted aquí? —gruñó Fletcher.

—El sargento soltó a mis hermanos tan pronto como llegamos al cuartel. Como en aquel momento no había guarda allí, Hooker nos preguntó si queríamos venir a echarle una mano... y vinimos.

—Bien que lo hicieran ellos, pero usted debió quedarse en el pueblo. Este no es sitio para una mujer.

—De acuerdo, aprenderé la lección. La mujer del «sheriff» no debe moverse de la cocina aunque su marido ande a tiros por el monte con atracadores y cuatreros.

Guy la miró azorado.

—Veo que ha recobrado el buen humor. Se burla de mí.

—No esperaba que dijera eso —contestó la muchacha ofendida.

Los Hassler llegaban en este momento llevando al desvanecido

López. Lo metieron en el coche de Guy. Mientras forcejeaban con el herido, algo se le cayó al suelo a Fred. Cuando López ya estaba acomodado en el amplio asiento posterior, Fred se inclinó, recogió del suelo el objeto y lo frotó contra la manga de su camisa limpiándolo de polvo.

Se trataba de una estrella de «deputy».

—¡Eh, oiga! —exclamó Guy—. ¿De dónde sacó usted eso?

—El sargento nos las impuso —dijo Harry y mostró orgullosamente la que llevaba prendida sobre el pecho—. Como no tenía gente disponible, echó mano de nosotros.

—Pero no les nombraría comisarios, ¿eh?

—Sí, nos dio el nombramiento. Dijo que juraríamos el cargo después.

Guy miró a Blanca. La muchacha se rio y él se echó a reír también.

—Está bien, vamos —dijo Guy—. López se está desangrando. Aparten esos coches de ahí para que yo pueda pasar.

Guy fue el primero en llegar a Emporia haciendo sonar su sirena por Avenida Madison, provocando una paralización total de tráfico hasta que detuvo su auto ante el cuartel de policía. Para entonces ya había allí agentes que trasladaron rápidamente al herido a una celda mientras Hooker telefoneaba al doctor.

Los hermanos Hassler llegaron cuando Hooker colgaba el teléfono del mostrador de recepción y se volvía hacia Guy.

—Buen trabajo, «sheriff». Bright completó su declaración después que le encerramos. Todo ocurrió más o menos como tú adivinaste.

—¿Por qué no lo cuenta, y nos enteramos nosotros? —sugirió Fred Hassler—. La verdad es que todavía no sabemos por qué nos han soltado.

—Ben Cameron había conocido en Corea a un tal Udall, delincuente habitual en su ciudad natal de San Francisco, autor de numerosos robos por escalo y atracos a mano armada. En Corea, parece ser que Udall convenció a Cameron para que le ayudara a perpetrar un robo en uno de los almacenes del ejército. El asalto fracasó y Udall fue cogido, pero Cameron logró escapar. Udall se negó a confesar quién había sido su compañero y fue llevado a un batallón de castigo, donde conoció a otros compinches de su calaña,

entre ellos Ward y Edmund. Cameron regresó a los Estados Unidos, murió su padre y su madre enfermó. Cameron tuvo que abandonar sus estudios y aceptar un empleo de auxiliar en un barco de Phoenix que un amigo de su padre le proporcionó. Por su buena conducta, Cameron fue destinado como cajero a la sucursal de ese banco aquí, en Emporia. Las cosas no le iban bien al muchacho. Su madre exigía muchos cuidados, tuvo que ser operada por dos veces y se vio obligado, a pedir prestado al banco. Sus jefes le concedieron un pequeño préstamo, dinero que el muchacho tenía que devolver deduciéndole una cantidad de su sueldo cada mes. Como su sueldo no era muy elevado, y tenía que ir devolviendo el dinero prestado y su madre exigía más y más cuidados, Cameron llegó a verse en tan comprometida situación que tuvo que echar mano a la caja del banco y desfalcar un par de miles de dólares...

—Siempre se empieza por poco —comentó Fred. Su hermana le lanzó una mirada de censura y el muchacho se calló.

—Cameron probablemente pensaba restituir aquel dinero —prosiguió Hooker—. Pero pasó el tiempo y ocurrió lo que tenía que ocurrir. Bright descubrió el desfalco. Llamó a su casa a Cameron y le habló. Le dijo lo que había descubierto, suficiente para que el muchacho perdiera su empleo y se viera en la calle con una madre enferma y sin saber a dónde acudir. Bright prometió a Cameron silenciar lo ocurrido y cubrir de su propio bolsillo ese pequeño desfalco si Cameron a su vez se avenía a prestarle un favor. Todo consistía en que Bright necesitaba retirar cincuenta mil dólares de la caja del banco para financiar una prospección minera que un tal López le ofrecía en asociación. Bright estaba seguro de poder reintegrar ese dinero en un año y para ello había de contar con la colaboración del cajero. Cameron accedió...

—Ya la cosa se iba complicando —comentó Fred, pero esta vez fue una mirada de Guy lo que le hizo callar.

Hooker continuó:

—Un día, hace algunos meses, Cameron se encontró en Phoenix a un viejo amigo; Udall. Este le llevó a divertirse con chicas, le presentó a sus camaradas y trastornó al muchacho mostrándole una vida fácil que cualquiera podría lograr con un poco de audacia. Cameron se sintió audaz y habló a Udall de la nómina de la Compañía Dating. Se sentaron las bases del futuro golpe y Cameron

regresó a Emporia, donde al reanudar su vida de sacrificios se enfrió su entusiasmo y temió por el fracaso de su plan. Hasta que luego de demorar dos o tres meses el golpe, llegó el día que se decidió. La víspera se entrevistó con sus cómplices en un lugar no determinado Udall le hizo saber que en los planes de la banda entraba eliminar al cajero de la mina y a los dos policías para evitar futuras complicaciones. Cameron se aterró, pero no fue capaz de negarse a participar en el atraco después de lo mucho que había hecho esperar a sus amigos...

—Es fácil de comprender el terror de ese infeliz —dijo Guy interrumpiendo a Hooker—. Frecuentando el trato de los Hassler se había hecho amigo del viejo y acabó enamorándose de Blanca.

—Nunca sabremos lo que pasó por Cameron. La víspera del asalto, y ya a avanzadas horas de la noche, fue a ver a Bright a la casa de este. Le dijo lo que pasaba y le rogó que sin descubrirle a él diera parte a la policía. Bright le prometió que así lo haría y le envió a casa. Al día siguiente, Bright había madurado su plan. Era una ventaja saber que los atracadores asesinarían a todos los testigos de la camioneta, pues Hassler nunca podría volver a delatarle después que emprendiera aquel último y fatal viaje de regreso a la mina. Respecto a Cameron, iba a librarse también de él. Cameron le había pedido algunas pequeñas cantidades de dinero, y Bright se lo había dado entendiendo que esta era una manera discreta de hacerle chantaje. En efecto, Cameron habría podido enviar a Bright a presidio denunciando el importante desfalco de este. Bright le temía y decidió eliminarle. No podía confiar en aquel tonto pusilánime y cobarde. Cuando llegó Hassler al banco, Bright ya había preparado a Cameron. A este le dijo que la policía estaba avisada, pero que nosotros considerábamos imprescindible que todo se realizase en apariencia como si nada sospecháramos. Hassler subiría a la camioneta como de costumbre y en el sitio de costumbre. Más adelante, en la subida del puerto, un detective sustituiría a Hassler y otros agentes se agregarían a la camioneta. Cuando habló con Hassler, por el contrario, Bright quitó importancia a la cosa. Le dijo a Hassler que la policía temía que la camioneta fuese a ser asaltada aquella tarde, que se habían tomado todas las medidas oportunas, y que entre estas figuraba sustituir el dinero por periódicos viejos. Todo lo que Hassler y los policías

tenían que hacer era detenerse, levantar los brazos y dejar que los atracadores se llevaran el saco. Lejos los bandidos de la camioneta y ya sin peligro para los ocupantes de esta, los policías escondidos daríamos caza a los atracadores. Cameron se encargaría de llevar el dinero a la mina por el viejo sendero para que los mineros no dejaran de cobrar como esperaban.

—Aún ahora —dijo Guy—, me parece imposible que Bright lograra salir adelante con tan diabólico plan.

—La forma en que se sucedieron los acontecimientos, demuestra que el plan estaba bien trazado. Todo lo que tuvo que hacer fue hablar con Hassler y con Cameron por separado. Hassler era un hombre crédulo que conocía a Bright de muchos años y confiaba en la honradez de las personas. Cameron era un hombre asustado y un manojo de nervios. Apuesto que ni siquiera llegó a enterarse de lo que le decía Bright. Prueba de que fue engañado, la tenemos en el hecho de que aceptara llevar el dinero a la mina. Puede que después de los malos días que había pasado, llegara incluso a sentirse orgulloso de la confianza que Bright depositaba en él. Mal sabía que Bright le estaba adelantando con su coche mientras él iba satisfecho por la senda. Bright recurrió a López para asesinar a Cameron, y López lo ejecutó como Bright le ordenara, excepto que Cameron no cayó con el caballo y lo tuvo que matar de un balazo.

—Con todo —observó Guy—, el fallo de esa parte del plan vino en ayuda de Bright. Al desaparecer Cameron todos creímos que este era cómplice de los atracadores.

—Y luego que apareció el cadáver de Cameron, nos cargaron a nosotros el muerto y Bright volvió a respirar tranquilo —dijo Harry con resentimiento.

Guy negó con la cabeza.

—No. Bright no pudo tener un momento de tranquilidad desde el momento que supo que habíamos dado caza a los bandidos. Sabía que más pronto o más tarde encontraríamos el saco lleno de recortes, con lo cual todo se descubriría. Bright derrochó mucho ingenio y tuvo una suerte fantástica, excepto en una cosa. El incendio forestal entorpeció la fuga de los atracadores y gracias a eso les pudimos coger.

—Gracias también a la tenacidad de un «sheriff» excepcional que no dejó ni un minuto, equivocándose a veces, pero siempre

marchando adelante hasta que alcanzó la meta —dijo Hooker sonriendo.

Se volvió hacia los hermanos Hassler.

—Ustedes no han prestado juramento todavía. Vengan conmigo a ver al juez.

Fred y Harry salieron de la oficina siguiendo a Hooker. Al quedar solos, Guy miró a Blanca e hizo una mueca.

—No pudimos salvar a su padre, pero no sabe cuánto me alegro de haber salvado a sus hermanos. Y ahora que ese obstáculo ha desaparecido... ¿podrá quererme usted?

—Ya le quería de hace tiempo. El «sheriff» de Emporia era el único hombre que me habría gustado tener a mis pies, y fue el único que nunca me hizo el amor.

—¿Que dirán sus hermanos de esto?

—¡Oh, ellos han encontrado lo que buscaban! Ahora podrán andar de pelea a cada momento. Y no les meterán en la cárcel por eso, sino que encima les pagarán un sueldo.

Guy Fletcher interrumpió la risa de Blanca Hassler cerrándole los labios con un beso.

FIN



## LA PELICULA ES UNA CINTA DE SUEÑOS

Pero estos sueños se fabrican en unos complicados laboratorios cuyos secretos muy poca gente conoce.

Leyendo este libro comprenderá lo que cuesta y lo que significa hacer una película, penetrando, al mismo tiempo, en los secretos de esta gran industria que produce obras de arte.

# MARABU ZAS

# 4.000 años de piratería



¡Fascinantes historias de los piratas! Morgan, "el terrible"; Avery, "el afortunado"...

Bandera negra, libertad y sangrientos abordajes.

Pero detrás de la leyenda, con su perfume de brisas tropicales, hubo algo más: unas causas políticas, unos códigos, unas consecuencias históricas.

En estas páginas, junto a las aventuras apasionantes, encontrará usted todo lo que de la piratería generalmente se silencia.

**MARABU ZAS**

**PEQUEÑOS LIBROS  
DE GRAN CONTENIDO**



# **LAS RELIGIONES**

Desde las más primitivas y bárbaras idolatrias, hasta la Revelación cristiana, el hombre ha recorrido insólitos caminos en su ansia de vivir eternamente. Curiosa, dramática, terrorífica, enigmática o sublime, la historia de las religiones explica, a través de la evolución de culturas y sociedades, muchos aspectos desconcertantes del mundo de hoy.



**COLECCION**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

# LOS GANGSTERS



**ROBERT S. ROWLAND**

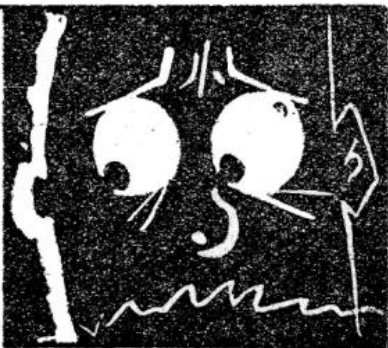
Lucky Luciano, el "amo" indiscutible; Frank Costello, cuyos "negocios" producían miles de millones; Al Capone, el gran organizador del hampa. Tres de los muchos nombres que jalonan la alucinante historia del gangsterismo.

Desde las primeras maniobras de la "mafia" en tierra americana, hasta las actuales infiltraciones en el sindicalismo, pasando por los rugientes años de la ley seca, he aquí el cuadro completo del "racket" y sus siniestras figuras. Un panorama aleccionador, cuya contemplación suspende el ánimo.

## MARABU ZAS

---

# Supere SU timidez



La timidez es la más cruel  
de las prisiones.

Nos encierra en nosotros  
mismos, nos obliga a pre-  
senciar encadenados có-  
mo el éxito, el amor, el  
dinero y los mejores do-  
nes de la vida, desfilan  
más allá de nuestro al-  
cance.

¿Por qué someternos a  
semejante tortura?

En pocas páginas, po-  
niendo en juego los enor-  
mes recursos de la sicoló-  
gía moderna, y sin ape-  
nas esfuerzo por nuestra  
parte, este volumen nos  
traerá una nueva y em-  
briagadora libertad.



MARABU

ZAS

# FIRMAS QUE REPRESENTAN A EDITORIAL BRUGUERA, S. A. EN LOS PAISES QUE SE CITAN

---

- REPÚBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera Argentina  
SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-  
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Ce. Ltda. - Aparta-  
do 1.924 - SAN JOSE.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B  
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO  
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y  
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717  
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales. - 12 Calle número 5-42  
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17  
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,  
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 188 - ASUN-  
CIÓN.
- PERU:** "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegua, 336  
LIMA.
- PUERTO RICO:** Mattias Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN  
JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-  
te, 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.465  
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-  
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.

**veterano  
tiene eso  
un veterano  
sabor**

VETERANO ES DE OSBORNE  
VETERANO ESO ES COGNAC



**EDITORIAL BRUGUERA. S. A.**

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. \* Impreso en España - Printed in Spain